

Justicia criolla:



El crimen del extranjero

Nacho Solórzano

JUSTICIA CRIOLLA
EL CRIMEN DEL EXTRANJERO

Nacho Solórzano

Contenido

Capítulo I: Escena del crimen

Capítulo II: Una triste historia

Capítulo III: Investigación técnica e imparcial

Capítulo IV: Plan de carrera

Capítulo V: Pesadillas

Capítulo VI: Alta hospitalaria

Capítulo VII: Confesión

Capítulo VIII: Cabos sueltos

Capítulo IX: Misión cumplida

Epílogo

Capítulo I

Escena del crimen

Ni treinta años de servicio en la Policía ayudaron al comisario Édgar Augusto Duarte Pereira a reprimir el espasmo de náusea ante la escena repugnante que quedó al descubierto cuando levantó la sábana blanca que disimulaba un bulto de forma alargada. La víctima, de sexo femenino, yacía sobre una mancha negra que contrastaba con el arenoso suelo de tono más claro de la orilla del río, ligeramente oscurecido por la lluvia que había caído durante toda la tarde, la misma que había dado lugar a una noche apacible y llena de estrellas que desentonaba con el horror de la escena.

La desnudez de la muchacha, la postura indecente y las heridas y hematomas en áreas del cuerpo normalmente privadas atestiguaban que su agresor había cometido un crimen vergonzoso, empeorado por la garganta rebanada de oreja a oreja, seguramente para acallar sus gritos. El lado derecho de la cara, que parecía dormir apaciblemente, contrastaba con el lado izquierdo, horriblemente hinchado y amoratado, a tal punto que el ojo se distinguía apenas como una rayita bordeada de finos vellos. Tenía la boca cubierta de sangre que había brotado copiosamente de la nariz, a su vez doblada en un ángulo humanamente imposible, claramente rota por un impacto con algún objeto contundente.

A pesar de todos los vejámenes, el cadáver parecía delatar el cuerpo de una joven mujer; sin embargo, los gritos desgarradores de la madre —«¡Mi hija, mi hija! ¡Aaaay *m'hija!*!»—, que llegaban desde detrás de los arbustos que ocultaban la escena, mostraban que se trataba todavía de una niña. Así lamentaba doña Celia la impensable pérdida de su hija mayor, Marta, de dieciséis años. Los vecinos hacían esfuerzos por contenerla mientras que los policías antimotines, que habían llegado al lugar para contener la ira y la indignación popular, no quitaban los ojos de la muchedumbre. De pie, cortando la carretera, a unos doscientos metros de la escena del crimen, cubiertos con chalecos antibalas y cascos blindados, y armados con macanas de madera y escudos de plástico, estaban listos para atacar, y matar de ser necesario, a aquellos conciudadanos suyos, a los que el deber les exigía proteger. Enfrente tenían una muralla de habitantes del pueblo, armados con escopetas, armas de mano, palos y piedras, dispuestos a no dejarse pasar por encima. La tensión entre ambos bandos se sentía en el aire, pesada, como una tormenta a punto de estallar.

Policías y pobladores estaban concentrados sobre la carretera que corría paralela al río, y que atravesaba la aldea, a unos quinientos metros de la entrada de la misma. Ya dentro del pueblo, se transformaba en calle principal y sobre ella, a unos cien metros de la subestación de Policía, que todavía ardía luego de que los pobladores le prendieran fuego durante los disturbios de la tarde y que nadie se apresuraba a apagar, una segunda barrera de antimotines se encontraba frente a un grupo menor de habitantes. Los cadáveres de los dos policías vapuleados por la turba enardecida y los de los tres bochincheros que los agentes habían logrado abatir antes de ser ellos

mismos asesinados yacían frente a la subestación. Al lado de los agentes, una mancha de sangre y dos trazas largas proveniente de ella mostraban que alguien había sido arrastrado en dirección a los policías. El herido, cuyo rescate había sido el punto de partida de los disturbios, iba ya en camino al hospital de la cabecera del departamento en una ambulancia. A unos cincuenta metros calle arriba de la subestación ardían los restos de un carro incendiado por la turba en su furia.

Aquel herido rescatado por los policías era el hombre que la población creía responsable del crimen. La turba lo había linchado y lo habían dejado, dándolo por muerto, junto a los policías que lo custodiaban cuando habían sido obligados a retroceder por el contingente de antimotines completamente equipados que se había abalanzado sobre ellos. Para sorpresa de los oficiales, a pesar de las graves heridas, el presunto asesino estaba todavía con vida, aunque inconsciente, y habían logrado sacarlo del pueblo para transferirlo a la ambulancia.

Mientras tanto, al otro lado del pueblo, el comisario intentaba hacer sus constataciones o, más bien, pretendía memorizar lo mejor posible la escena del crimen, pues los pobladores no habían permitido que llevara ni siquiera un lápiz y una libreta para tomar notas, ni pensar en una cámara. El cadáver se encontraba a no más de diez metros de la carretera, oculto por una hilera de espesos matorrales que crecían a lo largo de la vía ocultando el río de la vista de los pasantes. La barrera vegetal se detenía a unos tres o cuatro metros del agua, donde comenzaba una leve pendiente que marcaba el borde del río cuando este estaba lleno. Era en esta especie de playa, cubierta de una fina mezcla de tierra y arena de color normalmente beis, pero que se oscurecía al estar mojada, donde el cadáver había sido descubierto por los pobladores luego de haber constatado la desaparición de la muchacha.

El policía se agachó para ver mejor la escena del crimen mientras se ponía un par de guantes de látex. Miró sobre su hombro y sacó un hisopo, cuya cabeza de algodón estaba cubierta con un pequeño tubo de plástico que se cerraba en un extremo para proteger las muestras así tomadas. Abrió el tapón hermético y empujó la barita dejando al descubierto la cabeza. Lo acercó a la intimidad de la muchacha para recoger una muestra, pero el clic de un arma que se amartillaba detrás de él lo hizo detenerse en seco.

—*Chonte* morboso. Ver y no tocar fue el trato en que quedamos, ¿no?

El comisario, que se había detenido en seco en la maniobra, ni siquiera se dignó en volver a ver al muchacho que le apuntaba con el arma. Más que asustado estaba indignado, y no por que le apuntaran con un arma por la espalda, sino porque lo trataban de «chonte», el término despectivo usado en la región para referirse a los policías.

—Necesito muestras para que las analice el laboratorio. Ustedes dijeron que querían que metiéramos en la cárcel al que hizo esto, entonces déjenme trabajar.

—La mamá se opone a que le pongás una mano encima a su hija y, si ella lo hace, nosotros también. De todas formas, el hijueputa que hizo eso ya se quedó tieso. Así que... —el comisario sintió el acero del arma en el cuello—. Ver y no tocar.

Duarte suspiró porque a pesar de no estar en lo más mínimo impresionado con el tono amenazante de aquel muchacho, que seguramente no tenía ni idea de a quien se dirigía, sabía muy bien reconocer una partida perdida cuando veía una, en especial al encontrarse del lado

equivocado de un arma de fuego en manos de un inexperto. A su interlocutor no le faltaba razón: una de las condiciones para que los enardecidos pobladores le dejaran entrar a ver el cadáver era que no llevara nada y otra era, efectivamente, «ver y no tocar». En lugar de poner el hisopo en el cuerpo de la muchacha, lo metió en la arena al lado del cadáver, lo sacó, lo cerró y se lo metió de nuevo al bolsillo.

—Podría ser mi hija —dijo el comisario más para sí mismo que para continuar la conversación con el pistolero. En efecto, desde que había levantado la sábana una imagen perturbadora se había fijado en su mente: la cara de su hija de quince años en aquel cuerpo martirizado. Sintió el arma despegarse de su cuello.

—Podría haber sido mi hermana —replicó la joven voz detrás de él en un tono comprensivo. El comisario escuchó el ruido del martillo que volvía a su lugar.

—¿Y están seguros de que fue ese hombre el que le hizo eso?

—Aquí todos nos conocemos y él es el único que no es de aquí que andaba en el pueblo. No puedo creer que tus cuates se lo hayan llevado vivo, pero del hospital no sale ese hijueputa. Visto como lo dejamos.

—Pues, si fue él, qué bien que le hayan quebrado el culo. Yo lo que tengo que hacer aquí es asegurarme de que... —un ruido de pasos le indicó que se había quedado hablando solo— las pruebas confirmen que fue él para que no los vengán a chingar a ustedes luego —pronunció las últimas palabras en un susurro, para sí mismo. Durante toda la conversación no había logrado apartar la vista del cuerpo de la muchacha, en la que no dejaba de ver la cara de su hija.

Tal era el clima en el cual el comisario Duarte Pereira debía conducir su indagación. Él era el único investigador de la Policía Nacional al que la población de Arretenango había permitido llegar hasta la escena del crimen. La autorización había llegado después de casi seis horas de negociaciones conducidas por un representante de la Procuraduría de los Derechos Humanos llegado desde la capital por helicóptero.

Varias flores habían sido depositadas sobre la mancha de sangre en la que el cuerpo yacía y algunas veladoras habían sido encendidas por parientes y amigos de la víctima, lo cual mostraba que la escena del crimen había sido tan violada como la pobre muchacha y que lo que se podía encontrar en los alrededores no solo podía venir del asesino, sino también de aquellas bienintencionadas personas o incluso de los chuchos que vagaban por allí. Un tufo a amoníaco, que se mezclaba con el olor a sangre y el hedor a descomposición que comenzaba a emanar del cuerpo, delataba que hasta algún gato errante había dejado ya su contribución.

—Una investigación técnica e imparcial —se repitió el comisario, en un susurro, la instrucción que le había dado el representante de la Procuraduría, al tiempo que negaba con la cabeza—. Se me hace que nos la vamos a tener que echar como en los tiempos de la contrainsurgencia.

La reflexión se refería a aquellos años, los de la época más dura de la guerra civil, cuando la forma de «investigar» era elegir al culpable, plantar las pruebas y luego presentarlas en un simulacro de juicio, que no era más que un intercambio interminable de expedientes entre funcionarios judiciales que, a veces intimidados pero la mayor parte del tiempo corruptos,

terminaban por fallar en favor de la autoridad acusadora o de quien quiera que fuera que hubiera dado la mordida más grande. La presunción de inocencia había sido en aquellos tiempos una utopía, ya que la función de los mal llamados jueces era simplemente justificar los abusos innumbrables que en nombre de la lucha contrainsurgente cometían las fuerzas del orden, convertidas en el aparato opresor del Estado. No era raro en aquellos tiempos que los pobres miserables que tenían la desgracia de cruzarse en el camino de la temida maquinaria judicial fueran presentados como criminales degenerados en lugar de políticos, sindicalistas o simples ciudadanos perseguidos, a veces por sus ideologías y otras por el simple hecho de haber cruzado una mirada con la persona equivocada.

A pesar de las evidentes dificultades, la «investigación técnica e imparcial» era una de las condiciones que habían sido acordadas entre el representante de la Procuraduría de los Derechos Humanos y los líderes de la muchedumbre para detener los disturbios generados por la cólera de los vecinos, que había empeorado luego del rescate del pobre infeliz acusado del crimen, lo que había frustrado sus intenciones de quemarlo en la calle principal del pueblo. La furia colectiva se había enardecido aún más al darse cuenta de que los policías no habían rescatado un cadáver, sino un herido de gravedad que había sido puesto en una ambulancia en dirección al hospital de Chepiltenango, cabecera del departamento donde se encontraba Arretenango.

—¡Chepe! —gritó el comisario al cabo José Guamuch, su asistente, por la radio—. Decile a los técnicos forenses que ya ni vengan porque no vale la pena. De todos modos, no los van a dejar pasar y solo se van a arriesgar a que estos cabrones les quiebren el culo.

—De acuerdo, comisario, yo les digo —contestó su asistente, el cabo José Guamuch, con una voz apenas distinguible entre la estática de la radio.

—Voy a levantar todo lo que encuentre aquí que pueda servir y yo se los paso al rato. Entretanto, subite a la patrulla y llévate un par de muchachos y se me ponen en La Cumbre y no me dejan pasar a nadie hasta nuevo aviso —respondió el comisario en referencia al punto donde se derivaba aquella carretera secundaria, al lado de la cual había sido encontrado el cadáver. La carretera que cortaba el país de este a oeste bifurcaba en aquel punto, conocido en la región con ese nombre, pues a partir de allí la carretera descendía abruptamente llegando al valle por donde pasaba el río. En lugar de cruzarlo, la carretera hacía un viraje a la izquierda y lo seguía, atravesando varios pueblos de los cuales Arretenango era el primero. Una barrera en La Cumbre bloquearía efectivamente toda la región.

—Entendido, comisario, vamos en camino —replicó el cabo—. ¡Fuera!

El comisario se agachó para observar la escena más de cerca. La luz temblorosa de las veladoras era la única iluminación con la que contaba para buscar evidencias. Su lámpara sorda se la había reventado en la cabeza a un tipo que, en el pleito con la muchedumbre, se había acercado peligrosamente a su pistola. Poco importaba, porque aquella búsqueda estaba lejos de ser la prioridad en su mente. La prioridad era salir de allí con vida y para ello debía dar la sensación de que la investigación era seria. Luego de dos minutos de observación, se puso de pie y comenzó a caminar lentamente alrededor de la muerta pensando en lo contrariada (¿o quizás contenta?) que su mujer estaría si salía de allí con los pies por delante. Aquellos movimientos sazonados con una expresión de profunda reflexión no eran más que una improvisada coreografía

para que los vecinos, que estaba seguro lo observaban, se calmaran y lo dejaran salir de allí andando.

Un pequeño bulto oscuro en los matorrales sacó de su mente el imaginario rostro compungido de su mujer y despertó sus instintos de detective. El bulto estaba debajo de los matorrales, en la sombra. Sigilosamente y mirando sobre su hombro, tomó una veladora y la acercó para ver mejor: eran unas bragas cubiertas de lodo. Cortó una barita de un matorral y con ella recogió la prenda. Con la mano libre se registró los bolsillos y en uno de ellos encontró una bolsa de plástico vacía que hasta hacía unas horas había contenido los panes con frijoles que le habían servido de almuerzo. Metió la prenda íntima en la bolsa, la cerró y se la volvió a guardar en el mismo bolsillo del que la había sacado.

Puso cuidadosamente la veladora en su lugar, complacido de haber encontrado una pieza de evidencia. Ni siquiera se molestó en buscar el arma del crimen, o más bien las armas del crimen, pues lógicamente había al menos dos: un objeto contundente con el cual le habían desfigurado la cara a la muchacha y el arma cortante con la que había sido degollada. En todo caso, no perdió tiempo en buscarlas, pues supuso que, estando tan cerca del río, allí habrían ido a parar. Luego de una vuelta más alrededor del cuerpo, lo cubrió de nuevo con la sábana para ya no tener que soportar la horrible visión y se sentó sobre una piedra. Sacó un cigarro y lo encendió: había que matar el tiempo para dar la impresión de que se estaba haciendo una investigación ejemplar.



Allí esperó hasta que oyó como poco a poco la muchedumbre se disolvía. Cuando ya solo se escuchaban unas pocas voces, salió de entre los matorrales hacia la carretera. Los pocos vecinos que quedaban se habían sentado en grupos. De uno de ellos se oían todavía los gemidos de la madre de la víctima, de otro se escapaban algunas exclamaciones que significaban que las apuestas a los dados ya habían empezado y las exclamaciones incoherentes que se escapaban de un tercer grupo indicaban que alguien había abierto un botellón de ron barato. Aprovechando que los pobladores estaban distraídos, el comisario se dirigió rápidamente en dirección a donde estaban sus colegas, atravesó a zancadas rápidas los cien metros de tierra de nadie que separaban a los vecinos de los policías y se dirigió directamente hacia donde el delegado de la Procuraduría y el alcalde auxiliar de Arretenango lo esperaban. Uno de sus hombres le tendió el cinturón que tenía la cartuchera donde estaba su arma y otros elementos de su equipo reglamentario. Conforme se lo ponía alrededor de la cintura, sintió una sensación de alivio, como si hasta ese momento hubiese estado desnudo delante de todo mundo y ahora se sintiera completamente vestido.

—Terminé con la escena del crimen —dijo dirigiéndose al alcalde auxiliar—. Voy a llamar al forense para que venga a traer el cadáver y que lo trasladen a la morgue del hospital de Santa Catalina...

—¿Está usted loco? —le increpó el alcalde auxiliar con un triste pero firme tono—. Esta gente... Nosotros lo único que queremos es darle cristiana sepultura a la muchacha y que se haga justicia contra el maldito ese que la mató. —Puso un dedo índice en gesto amenazador a dos centímetros de la nariz del comisario—. Si se la llevan a ella, nos llevan a todos, pero no por las buenas, se lo aseguro —dijo en un tono que exudaba pena y amenaza al mismo tiempo.

—Nos calmamos, señores, nos calmamos —intervino el delegado, viendo la rabia en la mirada del comisario y conociendo la reputación de este último—. Don eh... Gustavo, perdone, se me olvidó por un segundo, la autopsia es parte de una investigación profesional y fue a eso a lo que nos comprometimos, pero —se dirigió al comisario— también es cierto que esta gente no está para escuchar razones.

—Pero, de todas formas —dijo el alcalde auxiliar—, ¿de qué sirve la autopsia si todos sabemos ya de qué murió y quién lo hizo? Además —alzó su índice derecho en dirección al pueblo, donde un grupo de hombres se acercaban con un carro tirado por un escuálido caballo sobre el cual había una austera caja de madera—, allí vienen ya los empleados de la funeraria con la caja. Dejémosles hacer su trabajo y terminemos de una vez con esta noche... —No pudo terminar la frase porque la voz se le ahogó en un nudo que se le había formado en la garganta.

Los otros dos asintieron con la cabeza. El alcalde auxiliar entonces caminó en dirección al grupo donde se hallaba doña Celia para decirles que podían recoger el cuerpo de su hija. Aprovechando que la atención se centraba en el alcalde auxiliar, en doña Celia y en los empleados de la funeraria, el delegado de la Procuraduría y el comisario Duarte empezaron a caminar lentamente en dirección opuesta a la aldea, hacia los camiones que estaban estacionados al lado de la carretera, unos cuantos metros más lejos. Una seña de la mano derecha del comisario bastó para que el contingente antimotines los siguiera. Le lanzó una mirada al oficial que estaba más cerca, quien de inmediato entendió que tenía que avisar a sus compañeros, apostados en el centro del pueblo, para que procedieran a retirarse también.

—Tengo que interrogar a los testigos —dijo el comisario hablándose más a sí mismo que al delegado mientras ambos se acomodaban en el asiento delantero de uno de los camiones, al lado del chófer.

—Lo entiendo y no lo envidio —respondió el delegado—. Solo sea muy cuidadoso y tenga mucho tacto, que esta gente no está para andar jugando con ella.

El comisario asintió con la cabeza. Idealmente hubiera tenido que empezar los interrogatorios allí mismo, antes de que los testigos se dejaran influenciar por los chismes que seguramente comenzarían a circular.

—Tiene razón, mejor lo dejo para mañana, cuando estén más calmados.

—Yo que usted, lo dejaba para pasado mañana porque acuérdesse que mañana es el entierro y van a ponerse sensibles otra vez. Lo último que queremos es tener que regresar mañana en la noche a rescatarlo a usted también.

Duarte asintió con un aire pensativo. Acto seguido dio la orden al chófer de ponerse en marcha, lo que este cumplió de inmediato, aunque tuvo que detenerse en seco cuando los gritos provenientes de atrás le indicaron que no todos sus compañeros estaban ya dentro de la parte de carga del camión. Duarte aprovechó el corto momento de silencio para hablar por la radio.

—¡Chepe! ¿Cómo está todo allá arriba?

—Hay unos cuantos de periodistas aquí que quieren bajar, pero están tranquilos, comisario

—dijo la voz del cabo sobre la familiar estática.

—¿Hasta qué hora tenés el turno?

—Dos de la tarde de mañana, comisario.

—Quedate allí entonces toda la noche. Mañana hacia mediodía te mando a alguien para que te releve. Vamos a mantener el tope al menos hasta pasado mañana. ¡Fuera!

—Entendido, comisario. ¡Buenas noches y fuera!

Esta vez el camión se puso en marcha en la dirección opuesta a Arretenango, rumbo a la comisaría de Chepiltenango.

Capítulo II

Una triste historia

*«Los Altos, tierra de montañas
a la que tu herencia te ata;
que, si estás lejos, la extrañas
pero que, si estás cerca, te mata»*

Tal había sido la respuesta que la premiada poetisa había dado al periodista cuando este le había pedido que improvisara unos versos para describir a Los Altos, su país. Ella residía en el exilio, luego de que su último compendio de poesía fuera declarado «subversivo» por las autoridades, y había regresado clandestinamente solo para asistir al funeral de su madre, descendiente directa de una de las primeras familias españolas que se habían establecido en el país al inicio de la colonia. El periodista se había enterado de que venía y había logrado conseguir una entrevista, durante la cual ella había hecho la improvisación como respuesta a una pregunta. El pequeño poema había resultado profético, pues después del entierro la autora había salido en un vehículo hacia la frontera, pero nunca había llegado. Una desaparecida más... Una de tantas, que sería seguida pronto por el osado periodista, que se había atrevido a publicar la entrevista.



Los Altos es un pequeño país en América Central, resultado de la desintegración de la república que se proclamó en el istmo después de la independencia de la madre patria, misma que lograron en la primera mitad del siglo XIX. A pesar de que los libros de historia venden el hecho de que la independencia se logró sin derramamiento de sangre como un gran logro de los próceres, en la práctica aquel movimiento fue simplemente una escapatória para que los ricos terratenientes establecidos durante la colonia dejaran de pagarle impuestos a la Corona española, aprovechando la debilidad de esta durante un período convulso en Europa —uno más— que vio a la nación insular perder gran parte de su imperio.

El país tiene unos paisajes portentosos, en el que altos volcanes se alternan con cordilleras y valles ideales para el establecimiento de pueblos. Además, abundan los lagos y ríos que se echan en el océano que no solo resultan en paisajes soñados para cualquier pintor, sino que hacen que la tierra sea extremadamente fértil. La combinación del clima tropical con el suelo volcánico y montañoso hacen de Los Altos un lugar casi paradisiaco. Seguramente fueron esos atributos los que durante milenios atrajeron a diversas comunidades indígenas, que luego fueron subyugadas por los españoles durante la conquista.

Los conquistadores europeos se habían repartido el territorio, incluyendo a la gente que en

ella vivía, como si de bienes se tratara. La condición era, sin embargo, que la tierra le pertenecía a la Corona y que las funciones principales de los colonos eran trabajarla en nombre del rey, enviándole a este lo que le correspondía en forma de impuestos, y cristianizar a los «salvajes». Ese sistema feudal había resultado en una clase compuesta principalmente por criollos —los descendientes de los conquistadores originales— que se volvían más y más ricos y los que despectivamente eran llamados «indios» —los habitantes originales de la tierra— que eran mantenidos en la ignorancia y el miedo para asegurarse la mano de obra barata, casi esclavizada, que produjera las riquezas para los terratenientes y el rey.

Cuando la inestabilidad se había apoderado de Europa, y luego de varios conflictos independentistas en otras regiones del continente americano que habían debilitado el control que España ejercía sobre sus colonias, los criollos decidieron lanzar un movimiento independentista que, con unas pocas reuniones políticas sostenidas durante apenas unos meses, rompió con tres siglos de dominio español. La recién ganada soberanía resultó en que los descendientes de los conquistadores transformaron los derechos de explotación acordados por el monarca español en títulos de propiedad privada, poniendo con ello la inmensa mayoría de las tierras —el principal medio de producción en una sociedad eminentemente agraria— entre las manos de una pequeña minoría privilegiada de la población mientras que, para la inmensa mayoría principalmente indígena, lo único que cambiaba era el nombre del opresor.

Cuando el hambre no aprieta, los ideales florecen y eso es lo que pasó entre la clase criolla alteña: ya antes de la independencia, al igual que en toda Centroamérica, los pudientes se habían dividido en dos grupos, los conservadores y los liberales. Cada uno de los bandos estaba convencido de poseer la verdad absoluta asumiendo que los contrarios estaban completamente equivocados y tachándolos de enemigos mortales. Así pues, inmediatamente después de la independencia, serían los conservadores quienes se harían con el poder en casi todo el istmo, situación que había conducido a algunas revueltas encabezadas en apariencia por indígenas, pero manipuladas por criollos liberales. Ninguna había triunfado políticamente y todas habían resultado en sendos baños de sangre, principalmente entre los pueblos autóctonos, que eran utilizados como carne de cañón.

Los Altos no era excepción: siendo mayoritariamente liberal, estaba gobernado por conservadores. Durante aquel período, dos revueltas habían terminado en fusilamientos públicos de los dirigentes indígenas, pero sin remontar hasta los incitadores criollos. Sin embargo, después de casi veinte años de unión forzada con los otros Estados centroamericanos, los dirigentes liberales de Los Altos habían aprovechado la guerra interna que terminaría por destruir la República Centroamericana para establecer un país independiente en el cual las políticas liberales tuvieron un gran impulso: la introducción del divorcio y la separación entre la Iglesia y el Estado son algunos ejemplos que remarcar.

No obstante, la igualdad entre criollos e indígenas no sería una de aquellas políticas. Los conservadores se aprovecharon entonces para ganarse la buena voluntad de algunos líderes de aquellas etnias olvidadas y lanzaron una revolución que triunfó. Una década y media más tarde, fueron los liberales los que aprovecharon el olvido, por parte de los gobernantes conservadores, de la mayoría indígena para lanzar su propio movimiento, solo para ser depuestos de nuevo por sus oponentes diez años más tarde.

El ciclo continuó durante poco más de medio siglo, al cabo del cual daba la impresión de que el país había tenido más revoluciones que un motor desbocado. Mientras tanto, a cada cambio de Gobierno, los países de la región que tenían la tendencia opuesta inmediatamente comenzaban crisis diplomáticas, que en algunas ocasiones daban lugar, incluso, a guerras entre los antiguos miembros de la federación. Aquellos vaivenes habían llevado al, quizás, único acuerdo que había logrado cerrarse entre conservadores y liberales: la necesidad de tener un ejército, que fue creado por el Gobierno resultante de la última gran revolución conservadora.

El ejército se convirtió rápidamente en un reflejo de la sociedad alteña: la oficialidad, compuesta exclusivamente por descendientes de criollos y de otros inmigrantes europeos, y la tropa, reclutada por medio de un servicio militar obligatorio y formada casi exclusivamente por indígenas. A pesar de esa desigualdad inicial, los soldados, una vez reclutados, eran entrenados en los diferentes oficios y profesiones que útiles a la institución armada, lo que ocasionó que, por primera vez en la historia del país desde la colonia, los miembros de las comunidades nativas del país tuvieran acceso a una cierta educación y a armamento.

Al cabo de una década, fieles a la rutina histórica, los liberales lanzaron un nuevo movimiento revolucionario. Esta vez habían logrado conseguir el apoyo de muchos líderes indígenas a quienes habían prometido acceso a la propiedad de la tierra y una nueva constitución que les reconociera más derechos. El Gobierno conservador había entonces ordenado al ejército reprimir aquel levantamiento, pero sin medir las consecuencias adecuadamente: la tropa, mayoritariamente indígena, recibiría la orden de masacrar a sus propios hermanos.

El ministro de Defensa, un astuto militar de carrera importado de un poderoso país vecino y que era, además, conservador y ambicioso, intuyó un conflicto sangriento con un riesgo importante de que la tropa abandonara sus puestos y se sumara a la rebelión. Esto podría resultar en la desarticulación del ejército y, por lo tanto, en la pérdida de los privilegios del ministro y sus allegados que incluso se arriesgaban a terminar fusilados. Argumentando la salvaguarda de la seguridad nacional y el orden público, el ministro decidió asumir el poder por la fuerza derrocando al presidente civil. Fue así como Los Altos, en la primera década del siglo XX, tuvo su primer golpe de Estado, que dio lugar a la primera dictadura al mando de un oficial militar, para colmo, de origen extranjero.

Las revoluciones y contrarrevoluciones fueron remplazadas entonces por un dictador que gobernó el país con mano de hierro por más de veinte años y que no conocía la tolerancia por el desacuerdo político o la crítica. En consecuencia, lanzó una permanente campaña de represión contra defensores de ideologías opuestas a las suyas, periodistas que reportaban sucesos en forma diferente a la línea oficial y cualquier otro individuo o sector de la población donde se percibiera cualquier «disidencia» por ínfima que esta fuera. Aquella represión, sin embargo, no impidió que el Gobierno gozara de cierta popularidad, al haber impuesto en la sociedad la ley y el orden lo que dio a la población una sensación de estabilidad y tranquilidad y permitió una cierta prosperidad.

La primera dictadura duró hasta que el para entonces conocido como «generalísimo» fuera depuesto por su propio ministro de Defensa, a través de un nuevo golpe de Estado originado por la demencia que el líder supremo sufría y que le incapacitaba para gobernar pero que él hasta su muerte negaría. Un nuevo dictador tomó entonces el poder; si el primero había sido aceptado por

la población como alguien que había impuesto orden en la inestable política alteña y propiciado prosperidad para los «ladinos» —nombre dado a la nueva raza resultado de la mezcla entre los antiguos criollos y los indígenas locales).

El nuevo líder se distinguió desde un inicio por la barbarie con la que atacó a sus rivales políticos y que superaba a la de su predecesor: cualquier persona que manifestara opiniones contrarias al régimen, fuera sospechosa o simplemente denunciada de hacerlo, era candidata a desaparecer o ser asesinada en público. Además, había arrendado prácticamente la mitad de la superficie del país a compañías agrícolas extranjeras que explotaban sin miramiento los recursos del país, incluyendo a su población. Mientras tanto, los indígenas seguían prácticamente igual que en los tiempos de la colonia, ignorantes y hambrientos, lo cual se había vuelto una estrategia política para mantenerlos tranquilos y prácticamente esclavizados en las tierras de sus ancestros, que pertenecían ahora a las pocas pero ricas familias establecidas como terratenientes.

A mediados del siglo XX la sociedad alteña se hartó de tanta violencia de Estado y una nueva revolución explotó. Esta vez, una verdadera revolución del pueblo contra la tiranía. El movimiento fue tan rápido que el dictador apenas tuvo tiempo de reunir a su familia, coger un cofre con poco más de cincuenta kilos de oro, que pertenecían a la reserva nacional pero que él mantenía bajo su cama para casos de emergencia, y huir hacia la frontera con otro de los Estados centroamericanos. El país que le acordó refugio era gobernado por un militar amigo, que no por amigo le perdonó la comisión del veinte por ciento del oro por otorgarle el asilo. Allí, el exdictador logró instalarse con su familia y el resto de «su» fortuna y terminar su vida apaciblemente criando caballos de carreras.

Mientras tanto, en Los Altos, la revolución había resultado en el establecimiento de un régimen constitucional y democrático, del que surgió el primer presidente civil electo en sufragio universal, proceso que incluía a mujeres e indígenas. Aquel presidente había impulsado algunas reformas y, al cabo de sus cinco años de mandato, había entregado el gobierno a su sucesor, democráticamente electo también, quien se había lanzado en una campaña para corregir lo que él percibía como injusticias sociales. Sin embargo, en pleno inicio de la Guerra Fría, y luego del *lobby* intensivo de aquellas compañías agrícolas extranjeras que aún tenían bajo su control grandes superficies del territorio alteño, el Gobierno de la gran nación de Norteamérica había etiquetado al presidente de Los Altos como «comunista» y con la ayuda de algunos aliados locales había montado una guerra de «liberación» (para entonces «revolución» era una palabra asociada al comunismo que resultaba inadmisibles para los patrocinadores del golpe), que había resultado en la renuncia del presidente civil y la imposición de un nuevo Gobierno militar.

Nuevo Gobierno, sí, pero con viejas mañas: represión de los oponentes y, en la práctica, de cualquiera que expresara una opinión divergente de la del jefe de Estado o de sus allegados. De hecho, muchos de aquellos parásitos aprovechaban su cercanía al dictador o a otros militares de alto rango para denunciar a muchísimos ciudadanos que tenían cualquier tipo de diferencia con ellos, la mayoría de las veces sin relación con la política o las ideologías. El resultado fue un lento pero constante baño de sangre que se extendió más allá de aquella primera presidencia y que engendró algo que se convertiría en un trazo cultural de la sociedad alteña: el miedo. Miedo a decir lo que fuera por temor a desaparecer como víctima del régimen. Los progenitores empezaron a pasar a su descendencia la cultura del silencio, derivada del miedo a las potenciales represalias.

Una de las condiciones del patrocinador norteamericano de la liberación, aparte de la conservación de los privilegios para las empresas y ciudadanos de aquel país, había sido que se instaurara en Los Altos la democracia o algo que pudiera presentarse de esa forma a los contribuyentes norteamericanos. El jefe de Estado y sus allegados se apresuraron a cumplir aquella condición creando una constitución que introducía elecciones periódicas además de un parlamento y un corte de justicia, en el papel, independientes. Aquellos, en apariencia, grandes cambios habían hecho que el patrocinador se quedara contento y apuntara sus armas a otros territorios más problemáticos para sus intereses. Entonces, los militares en el poder se dieron a la tarea de asegurarse que el Estado no se les escapara de las manos: con hábiles y a veces violentas operaciones, lograron hacerse con el control de los dos partidos mayoritarios del país, de forma que ambos presentaban siempre candidatos provenientes de las fuerzas armadas o afines a ellos. Además, en un sistema que había prohibido la reelección del presidente de la República, el poder se aseguró que todos los expresidentes tuvieran un retiro de oro una vez terminado su mandato. Así fue como se instauró en Los Altos una nueva dictadura, pero esta vez no de un dictador, sino de una institución: el ejército.

Las mieles del poder eran dulces, pero no alcanzaban para todos los militares. Así que dentro de la institución comenzaron a formarse bandos, unos más contentos que otros. Uno de ellos, descontento, complotó para dar un golpe de Estado contra el tercer presidente de la dictadura y para su desgracia fue descubierto. Las represalias fueron implacables: de los seis dirigentes del movimiento solo dos lograron escapar y refugiarse en las montañas, mientras que sus cómplices habían sido fusilados. Ocultos, y con algunos soldados que los habían seguido con su equipo, aquellos dos hombres lanzaron los primeros ataques guerrilleros contra el ejército alteño. Al principio para conseguir comida y luego identificándose con facciones comunistas para obtener financiamiento de los poderes extranjeros afines a esa ideología. Así empezó una guerra no tan civil en Los Altos.

El ejército, al sentirse amenazado, había lanzado una campaña contrainsurgente inmisericorde. Después de que los guerrilleros entraran en alguna aldea para proveerse de alimentos y para hacer propaganda, venía el ejército acusando a la población local de apoyar al «enemigo» y las represalias eran terribles: los soldados sacaban a los pobladores a punta de fusil de sus casas y los concentraban en un punto en el que, luego de violar a todas las mujeres adultas y adolescentes, los forzaban a cavar su propia fosa y a entrar en ella. Luego, los soldados los rociaban de plomo con sus armas automáticas. Dejaban a tres o cuatro pobladores para que se ocuparan de la terrible tarea de tapar la fosa en la que yacían sus propios familiares muertos o agonizando y para que contaran la historia de forma que otras comunidades no tuvieran la idea de apoyar la insurrección.

Aquellas masacres no hicieron más que convencer a la población de que el ejército era su enemigo y muchos de los supervivientes, parientes y amigos de las víctimas terminaron por unirse a la guerrilla. El efecto conseguido fue completamente el opuesto al buscado: la población rural, la principal víctima de aquellos «ejemplos», en lugar de alejarse de los insurgentes, se acercó a ellos y las filas guerrilleras crecieron a tal punto que terminaron siendo una fuerza, si no equiparable al ejército, al menos lo suficientemente grande como para oponerse a aquel significativamente. Hacia el fin del cuarto gobierno de la dictadura militar, la insurgencia lanzó un ataque contra la capital que el ejército solo logró repeler cuando la gran nación del norte había enviado aviones desde un portaaviones estacionado en el mar Caribe a bombardear las posiciones

más avanzadas de los insurgentes.

Sin embargo, no toda la población estaba del lado de los guerrilleros. Muchos pueblos y aldeas seguían viendo a los soldados como héroes que los protegían de los malvados guerrilleros. La propaganda y una tradición conservadora enraizada desde los inicios del país los impulsaban a apoyar al ejército, cuyas patrullas pasaban por aquellos poblados para procurarse alimentos, descanso e incluso un poco de gloria. Los guerrilleros, entendiendo esto, comenzaron entonces una nueva estrategia: los comandos insurgentes entraban en aquellos pueblos pro ejército una vez este se había retirado y sacaban a los pobladores a punta de fusil de sus casas; luego, los concentraban en un punto en el que forzaban a los pobladores a cavar su propia fosa...

Después de quince años, el conflicto armado había degenerado en algunos combates esporádicos y muchos ataques a la población civil que habían forzado casi a la quinta parte de la población a buscar refugio en los países vecinos, creando una crisis humanitaria enorme. La mayor parte de víctimas y desplazados pertenecían a las diferentes etnias indígenas del país que constituían en su conjunto la mayoría de la población. Irónicamente, en medio de aquel clima hostil, Los Altos «eligió» a su primer presidente indígena.



El ejército, como dictador, había evolucionado: las necesidades de material humano para mantener a raya a la insurgencia habían hecho de la institución armada uno de los vehículos, si no el único, que permitía a los indígenas escalar en la estructura social del país. Así muchos de los estudiantes de la Academia Militar que producía la oficialidad eran indígenas. Aunque eran minoría, en contraste con la población general del país donde los indígenas eran mayoría, una vez graduados, el ejército los absorbía y los incorporaba al deber de la misma forma que a los oficiales de otros orígenes. Así pues, aquellos oficiales desarrollaban una lealtad a toda prueba hacia la única institución que los había reconocido como iguales.

El clima político de la nación del norte de América, que como los frentes fríos que bajan de la misma región afectan la meteorología en los países de Centroamérica, comenzó a cambiar y una preocupación creciente por los derechos humanos comenzó a instalarse. Estos dejaron de ser vistos como una tendencia comunista para ser considerados una necesidad. El alto mando del ejército alteño, oliendo el peligro a sus prebendas, tomó la brillante decisión de que el próximo presidente sería un indígena. Para ello, habían elegido al oficial de más rango que cumplía con aquella necesidad étnica: un coronel que fue puesto en uno de los dos partidos controlados por las fuerzas armadas y, como era de esperarse, ganó la elección con el cuarenta por ciento de votos de vivos más quince por ciento de votos de muertos.

Aquella elección le había aportado al ejército un respiro de la presión nortea pero, al mismo tiempo, le trajo un inesperado beneficio que se convertiría en un regalo envenenado: la derrota militar de la guerrilla. El nuevo presidente, cuyo primer acto al frente del poder había sido mandar a retiro a todos los generales del ejército e inmediatamente proclamarse a sí mismo como el único general, comprendía a la perfección la situación social y se dio cuenta de que para derrotar a la insurgencia no bastaba con vencer a los guerrilleros en el campo de batalla o con destruir su aprovisionamiento atacando a la población civil: también había que atacar a los ideólogos de aquel movimiento que se encontraban principalmente en las grandes ciudades,

específicamente en la capital. Fue así como la represión en Los Altos se volvió generalizada. Fue en aquellos años en los que la más grande poetisa que hubiera producido el país había sido forzada al exilio y que había desaparecido después de acudir a las exequias de su madre sin importar su distinguido linaje.

El presidente industrializó la represión para hacerla más eficaz: los combates en el campo y la represión de la población civil que apoyaba a la guerrilla en la provincia estarían a cargo del ejército, mientras que la represión en las ciudades estaría a cargo de la Policía. Debido a que la confianza en esta última era limitada, creó un grupo de «agregados policiales», cuya función oficial era coordinar las acciones de la Policía con la población para combatir mejor la delincuencia. Pero, en realidad, eran militares infiltrados que tenían como objetivo controlar a los policías y secuestrar civiles y torturarlos para conseguir información sobre las actividades de los insurgentes activos o de aquellos ideólogos en las zonas urbanas. Por ello, la población les dio el apodo de «acarreadores».

La estrategia represora había funcionado: los principales dirigentes de la insurgencia se ocultaron en el exilio en un país vecino, lo que los distanció de sus tropas. La cabeza política insurgente se desprendió entonces del cuerpo militar y esto generó caos entre las filas guerrilleras. Las deserciones se multiplicaron y, poco a poco, lo que había sido un cuerpo militar sofisticado y organizado se convirtió en una banda de delincuentes hambrientos cuyo principal objetivo era conseguir sustento para el día.

Fue en esos años que Édgar Augusto Duarte Pereira, apenas graduado de la educación media, había ingresado en la Academia de la Policía. Los cadetes entraban ya ganando un salario, modesto, cierto, pero suficiente para mantener a un joven soltero e incluso ayudar un poco a su madre viuda después del asesinato de su padre, también policía, a manos de uno de aquellos comandos insurgentes sin control que deambulaban por el país cometiendo crímenes disfrazados de acciones de guerra. El entrar en la vida ganando un poco de dinero y la perspectiva de hacer justicia por su padre lo habían empujado a saltar sobre la oportunidad que la expansión de la Policía le abría. Al cabo de seis meses de entrenamiento, el flamante oficial Duarte era asignado a la cuarta comisaría de la ciudad capital, donde empezaría una larga y trabajosa carrera que le vería subir los escalones jerárquicos poco a poco, pero por «mérito propio», hasta llegar al grado de comisario.



El caos reinante resultaba en que la población indígena del país se volviera más y más pobre: la violencia había generado falta de actividad económica lo cual había dado lugar a la falta de empleo. El hambre era omnipresente y la situación en general desesperada hasta que un buen día alguien se dio cuenta de que el desorden podía servir para algo: nadie supo quién empezó ni exactamente cuándo, pero de repente diferentes plantaciones discretas de aquellos frutos y hojas que se fuman, inhalan o inyectan y que son ilegales empezaron a aparecer en el país como medio de supervivencia de una población desamparada.

Algunos comandantes guerrilleros en el terreno, al verse aislados de sus ideales, sin recursos y en plena decadencia, se reconvirtieron en guardias de aquellas plantaciones y del tráfico del fruto de las mismas hacia la gran nación del norte, país que tenía el poder de las armas y del

dinero pero también la debilidad de su descomposición social. Lo más irónico era que, en muchos casos, los guerrilleros eran los guardianes, pero los dueños de las plantaciones eran miembros del ejército: dos acérrimos enemigos reunidos por la perspectiva de jugosos beneficios.

La victoria militar sobre la guerrilla fue un gran logro del ejército, pero el establecimiento del narcotráfico impulsó a la gran nación del norte a exigir más cambios en Los Altos. Sin embargo, El Indio, como era conocido despectivamente el presidente, determinó que él no se iba tan fácilmente. Decidió entonces derogar la Constitución que tan buenos resultados les había dado a sus predecesores y proclamó una nueva que le reconocía el derecho a reelegirse hasta su muerte. Convocó las elecciones y, como era de esperar, ganó por una mayoría abrumadora de difuntos; pero, al día siguiente de asumir su nuevo mandato, la condición que limitaba su reelección fue cumplida cuando la bala de un francotirador le atravesó el cráneo en el patio de su mismísima residencia oficial.

El Indio había querido proteger su posición al no incluir una línea de sucesión clara en la nueva constitución. Después del magnicidio, la incertidumbre se apoderó del Estado y fue así como una junta había tomado el poder. Estaba compuesta por el ministro de Defensa, un civil, que era miembro de una de las históricas familias del país, y un antiguo general de aquellos que había despedido el fallecido dictador.

En menos de un año el civil había sido asesinado, el exministro era embajador en la gran nación del norte y el general comenzaba una nueva dictadura. De corta duración esta vez, pues al cabo de tres años un nuevo golpe de Estado lo derrocaba, dejándole el poder a un nuevo militar. La brevedad de la dictadura no impidió que el general impulsara una renovada campaña de terror contra sus opositores, los restos de la guerrilla y la población que apoyaba por las buenas o por las malas a los revolucionarios.

Ya cansados de tanta locura en su traspatio, la gran nación del norte exigió al nuevo jefe de Estado que se pusiera punto final a la inestabilidad. A este le correspondió entonces la dolorosa obligación de convocar las primeras elecciones libres en el país en casi cuarenta años para crear una nueva constitución que reemplazase la dictadura militar. La única condición impuesta era institucionalizar los privilegios que se había otorgado a sí misma la clase castrense durante los años que había mantenido el control del país. Así fue como la democracia llegó finalmente a Los Altos.



El miedo prevaleciente en todos los estratos de la sociedad alteña hacía que la población evitara buscar a la autoridad, fuera policía, ejército o funcionario del Estado, para pedir ayuda en caso de problemas. El temor se había vuelto un aspecto cultural que no cambió con el establecimiento del nuevo poder democráticamente electo. Aquel miedo constante abrió las puertas a que una delincuencia generalizada se instalara en el país. Narcotráfico, pandillas, asesinos, ladrones, secuestradores... Todos ejercían sus «profesiones» desde la impunidad o, peor, patrocinados por aquellos que estaban en el poder.

En aquel ambiente había asumido sus funciones el primer presidente de la joven democracia de Los Altos. Para llegar al poder había prometido el oro y el moro, sabiendo de antemano que

sería imposible cumplirlo todo. Pero aquello no tenía importancia alguna: después de varios años de exilio, el candidato quería sinceramente componer el país. Una vez ganó las elecciones se topó con la realidad de que las únicas personas que sabían cómo hacer funcionar el Estado eran los antiguos funcionarios de la dictadura militar y entonces, contrario a sus promesas de revolución, decidió lanzarse en un ejercicio de lenta evolución.

Convencido de que la lentitud en el avance de su programa de gobierno le costaría la única reelección que la Constitución permitía a los mandatarios, el nuevo presidente decidió concentrarse en la que para entonces había pasado de ser un sueño imposible a la más fácil de las promesas que había hecho durante la campaña: lograr la paz con la guerrilla. Más de treinta años de guerra y de desgaste habían resultado en que los caudillos en el exilio no habían dado ni una sola orden a sus tropas en el campo de batalla en años y estaban ansiosos por volver al país y sumarse a un nuevo proceso político que por primera vez les abría las puertas del poder. Entonces, luego de dos años de reuniones en lujosos hoteles, principalmente en Francia que se había constituido garante del proceso, la solemne firma de paz había tenido lugar en el palacio presidencial de Los Altos menos de un año antes de las elecciones.

El evento diseñado para asegurarle un segundo mandato al presidente casi le costó el puesto, por no decir el pellejo: un grupo de militares indignados, que veían el proceso como la destrucción del legado del ejército al frente del Estado, intentaron dar un golpe antes de que la firma se oficializara. Sin embargo, el presidente, en hábil negociación, les había prometido permitirles continuar con sus negocios «farmacológicos» durante el resto de su mandato a cambio de que no se sublevaran. Los militares aceptaron el trato sin darse cuenta de que, de hecho, el Gobierno no tenía ni la capacidad ni la voluntad de detener aquel negocio: la Policía no tenía los recursos y el presidente, ahora menos idealista y más pragmático, venía de comprar su primera finca llena de plantas «medicinales».

La otra consecuencia de la firma del acuerdo de paz fue que los líderes guerrilleros habían vuelto al país y habían ordenado a sus hombres deponer las armas. Menos del diez por ciento de combatientes se había presentado a los centros de recolección para entregar su equipo. Del resto, muchos se quedarían en sus trabajos como guardias de las plantaciones de drogas a tiempo completo mientras que otros se lanzarían a otros «negocios», como los secuestros o los asaltos a bancos. Aquellas temibles bandas criminales se alimentaban también de antiguos soldados bien entrenados que habían sido despedidos por el ejército una vez realizada la reducción de la institución, establecida en el armisticio. Todo ello resultó en una delincuencia incontrolable amparada por la ausencia de una aplicación efectiva de la ley consecuencia de una corrupción generalizada en el Gobierno. En medio de todo este caos, pero con la firma de la paz como principal argumento de venta, el presidente logró su reelección para un segundo mandato.

Otro acuerdo de paz imponía el establecimiento de una Comisión de la Verdad histórica supervisada por un importante organismo internacional de corte pacifista. El trabajo de la comisión era investigar de manera imparcial los hechos horribles que habían sucedido durante cerca de cuarenta años de guerra civil. Durante más de dos años la comisión investigó y documentó masacres, secuestros, asesinatos políticos y otras atrocidades, así hasta compilar un reporte de más de mil páginas. El día antes de la presentación de dicho reporte el comisionado en jefe había sido encontrado muerto en su bañera con suficiente heroína en el cuerpo como para matar a un caballo de mediana talla.

El hecho fue catalogado por las autoridades como una sobredosis accidental autoinfligida. El ya subcomisario Duarte Pereira no pudo evitar preguntarse, al leer el periódico al día siguiente, quién habría sido la pitonisa que había informado a su jerarquía pues había recibido órdenes de montar un perímetro de seguridad alrededor de la casa del comisionado horas antes de que este se soltara en su supuesto frenesí de adicto. Las instrucciones eran claras: aportar datos sobre cualquier movimiento, pero con prohibición estricta de intervenir. Eso sí, cuando había informado de que dos hombres habían entrado en la casa ya entrada la noche saltando la verja que daba a la calle y que habían salido aproximadamente una hora después, le había llegado la orden de retirarse en toda discreción.

Estaba terminando de leer el artículo cuando recibió una llamada de su superior para que se presentara de inmediato en la comisaría central para una reunión. Al cabo de cinco minutos, había salido con órdenes estrictas de olvidar lo que había visto la noche anterior, una promoción al grado de comisario, y una amenaza sobre él y su familia en caso de que se le ocurriera contar algo. De haber sabido lo que aquel informe nefasto para su carrera diría sobre él, Duarte se habría encargado del comisario personalmente y mucho antes de que se publicara.



Durante el segundo y último mandato que le otorgó la Constitución, el presidente se había dedicado a enriquecer, no solo a su persona, sino a la gran mayoría de los altos funcionarios de su Gobierno. Los ministros se sucedían en sus puestos, hacían unos cuantos negocios turbios —las licitaciones públicas para contratos de servicios al Estado eran vehículos predilectos para coleccionar comisiones y sobornos— y luego se retiraban a vivir pensiones de sueño, muchas veces en el extranjero. Los pocos funcionarios honrados que quedaban fueron paulatinamente marginados a puestos operativos donde poco o nada podían influir sobre las decisiones y eran obligados a manejar aquellos contratos que llegaban ya sin posibilidades de hacer ningún bien por la sociedad. Más de alguno de aquellos estoicos y honestos servidores públicos terminó en la cárcel sirviendo como chivo expiatorio cuando alguno de sus jefes se había pasado de listo y las irregularidades habían estallado en escándalos mediáticos.

Las elecciones pasaron dejando un nuevo presidente que había ganado prometiendo públicamente acabar con la corrupción, pero con la intención de enriquecerse a sí mismo y a su entorno. Cuando su gobierno se acercaba a su fin y viendo que se arriesgaba a perder la reelección se le ocurrió mandar a la cárcel a su predecesor, que había terminado su mandato siendo inmensamente impopular, bajo cargos de tráfico de drogas. El movimiento le salió mejor que lo calculado porque resultó que el exmandatario había producido y mandado narcóticos a la gran nación del norte, la cual se lo llevó para enjuiciarlo donde se le condenó a más de cincuenta años de prisión. Además, el objetivo de la movida fue alcanzado pues, gracias a un excelente cálculo de tiempos y movimientos hecho por los asesores de *marketing* que llevaban su campaña, su popularidad logró un pico que coincidió con el evento electoral y así consiguió la reelección.

Aproximadamente un año antes de las elecciones, el presidente había designado de un dedazo al que sería candidato por su partido. Este nombramiento había derivado en el descontento de muchos mandos medios del Gobierno, de ministros para abajo, que querían también recoger los dulces de la piñata. El resultado había sido un gran número de partidos políticos, todos manejados

como negocios privados de los funcionarios que proponían cada uno a su secretario general, aunque la mejor palabra para describirlos era «dueño», como candidato a la presidencia.

Al mismo tiempo, los eventos como los de Arretenango, a pesar de haber sido de una violencia extrema, no eran raros en Los Altos, dada la cultura del silencio e impunidad imperantes: las víctimas de crímenes, los que fueran, no los denunciaban o por que el autor era alguien bien conectado o por el convencimiento de que las fuerzas del orden no actuarían a menos que se amenazara a algún influyente. Pero eventualmente la gente había empezado a hartarse de aquella situación. Finalmente, convencidos de que la Policía y el sistema de justicia no servían para nada, muchas comunidades habían comenzado a tomar la ley en sus manos, especialmente en las zonas rurales del país. Cada vez era más común que cuando alguien cometía algún delito, si los pobladores lograban atraparlo, se le aplicara el llamado «castigo tradicional» de inmediato, sin molestarse en un proceso judicial.

El castigo, aunque en apariencia salvaje, estaba bien definido: el primer robo se castigaba con azotes; el segundo, con la amputación de una mano. Los crímenes mayores, como las violaciones y los asesinatos, se castigaban con linchamientos, donde los sospechosos eran golpeados salvajemente y luego quemados vivos o muertos, esto último si eran afortunados. Cuando la Policía intentaba intervenir en aquellas situaciones no era raro que los agentes terminaran siguiendo los pasos de los acusados, pues los pobladores los consideraban cómplices.

Fue así como el, para entonces, ya comisario Édgar Augusto Duarte Pereira se encontró en aquella pequeña playa al lado del río, todavía húmeda por la lluvia y la sangre de la víctima, en medio de una campaña electoral, en la cual el combate a la delincuencia era uno de los temas candentes, y con la aparentemente imposible tarea de realizar una investigación técnica e imparcial.

Capítulo III

Investigación técnica e imparcial

Dos días después de los bochinches en Arretenango, el comisario Duarte Pereira iba en camino al pueblo para comenzar con los interrogatorios. El día anterior había sido de mucha actividad en la aldea, pues la víctima del crimen y los tres pobladores muertos en el combate campal con la Policía habían sido sepultados entre grandes muestras de dolor. Los otros seis cristianos que habían quedado tirados en el pueblo eran tres heridos de gravedad que se recuperaban ahora en el dispensario de la comunidad. Dos de ellos habían podido irse a su casa de inmediato y el otro no se había quedado tirado por herido, sino por borracho y se había despertado gritando palabrotas a diestra y siniestra cuando unos camilleros habían intentado levantarlo para darle atención médica. Los cuerpos de los dos policías víctimas de los enfrentamientos habían sido retirados por las fuerzas del orden con toda discreción y entregados a sus familias como dos héroes más de los muchos que caían en Los Altos todos los años.

El alcalde auxiliar, Gustavo Cardona, estaba ya a la espera del funcionario de Policía al que había dado cita en su casa. Don Tavo, como era conocido, era uno de los notables del pueblo: un agricultor de éxito, de padre ladino y madre indígena, hablaba tanto español como la lengua nativa del lugar. Su éxito, así como su constante preocupación por la comunidad, le había ganado el respeto de esta. Por ello había sido electo tres veces alcalde auxiliar, el representante del alcalde en el pueblo que, en razón de su reducido tamaño, no tenía uno propio. Luego de un amable, aunque triste, saludo en el zaguán, le dijo al comisario con un tono lúgubre:

—La gente me ha estado preguntando por la famosa investigación que prometió el delegado de la Procuraduría anteanoche.

El comisario no le respondió, solamente se limitó señalar con el índice de su mano derecha la pesada maleta plateada que llevaba en la otra. Don Gustavo, sin entender muy bien lo que aquel gesto significaba y sin atreverse a interrogar más al malencarado policía lo invitó a desayunar. Una vez sentados a la mesa, el alcalde auxiliar se excusó para ir a lavarse las manos y dejó a Duarte solo. Mientras esperaba, volteó la vista hacia una mesita baja que estaba en una esquina, en la cual había un ejemplar del periódico *El Observador Alteño* del día anterior. Este tenía una foto de la subestación de la Policía incendiada y el titular «Disturbios en Arretenango dejan 5 muertos» en la primera plana. Sin poderse contener, Duarte tomó el periódico y se puso a leerlo. En la segunda página encontró la nota asociada al titular:

«En el día de ayer por la tarde y extendiéndose hasta la noche, un cruento enfrentamiento tuvo lugar en Arretenango, que dejó como resultado trágico la muerte de tres lugareños y dos oficiales de la Policía Nacional. Además la subestación policial local, al igual que un carro

estacionado en los alrededores, fueron incendiados por la turba. La razón del enfrentamiento fue el salvaje asesinato de una menor de dieciséis años cuyo cuerpo fue descubierto hacia las ocho de la noche no lejos del río que pasa cerca de la comunidad.

La víctima fue reportada desaparecida por su madre quien al ver que no regresaba de la escuela a la hora acostumbrada fue a buscar ayuda a la subestación de la Policía Nacional ubicada en el pueblo. Al no obtener una respuesta favorable de los guardianes del orden, se dirigió a los líderes de la comunidad quienes organizaron de inmediato una búsqueda que resultó en el descubrimiento del cadáver. Testigos de la escena indicaron que la víctima había sido violada y que el cuerpo presentaba señales de tortura.

Después del encontrar la occisa, los pobladores lincharon a un hombre a quien acusaban del crimen, acción durante la cual incendiaron la comisaría de la Policía y dieron muerte a dos oficiales que intentaron prevenir el hecho. En la confusión tres lugareños resultaron muertos y se reportaron seis heridos. Sin embargo, la muerte del sospechoso fue evitada gracias a la intervención de los policías antimotines que llegaron al lugar en compañía de un representante de la Procuraduría de Derechos Humanos llegado de la Capital.

El sospechoso fue trasladado seriamente herido al hospital de Chepiltenango, donde permanece recluido, según fuentes, en estado de coma y con vigilancia policiaca. Lo único que se sabe de él es que se trata de un forastero quien estaba de visita en el pueblo por razones que se desconocen. Hay rumores incluso de que se trataría de un ciudadano extranjero.

Al cierre de esta edición, una delegación compuesta por un representante de la Procuraduría de los Derechos Humanos, un comisario de la Policía Nacional y el alcalde auxiliar de Arretenango han logrado llegar a un acuerdo para permitir el ingreso de los detectives de la Policía y del Ministerio Público para proceder a las investigaciones necesarias».

El artículo estaba acompañado con una foto de la subestación en llamas y otra de los tres participantes de la reunión de la noche del crimen. Había también una foto —señalaba el diario— del documento de identidad de la víctima: una muchacha morena y de pelo negro largo, con los ojos y el nombre cubiertos con líneas negras para proteger el anonimato al que obligaba la ley alteña cuando se trataba de menores. La foto también mostraba los hombros de la joven tapados por el huipil distintivo de la región.

—¿Ya vio? ¡Nos hicimos famosos! —le dijo el alcalde auxiliar al comisario cuando este levantó la vista del periódico después de finalizar de leer el artículo. Había vuelto silenciosamente, como un fantasma, con un plato con panes de manteca y un pocillo de café, cortesía obligatoria con quienquiera que visitara una casa en la región. Puso el plato y el café en la mesa al lado de una jarra de leche recién ordeñada y se sentó frente a Duarte, con la mesa entre ellos.

—Qué vergueo más gordo —dijo el comisario hablándose más a sí mismo que a Cardona—. ¿Lograron al fin hablar con el director de la Policía para ver lo de la subestación? —El comisario se refería a un acuerdo alcanzado la noche de los bochinches sobre las condiciones para reabrir la

subestación que había sido quemada durante los disturbios.

—¡Ay, Dios! Eso si está complicado, fíjese usted. El director dice que recibió orden del ministro de Gobernación de retirar la subestación de aquí hasta que haya garantías para su retorno. Me preocupa que vayamos a terminar volviéndonos en un nido de *mareros*. ¿Usted no podrá echarnos una manita?

El alcalde auxiliar se refería a las llamadas «maras», pandillas del crimen organizado que se dedicaban a extorsionar comercios y empresas, al tráfico de droga, secuestro y cuanta actividad delictiva que les pudiera aportar algún beneficio. Pueblos pequeños como Arretenango habían resistido al embiste de este flagelo y se mantenían como lugares tranquilos para vivir gracias a una combinación de poco interés de las pandillas, las leyes tradicionales estrictamente aplicadas a los criminales y la presencia de la Policía. Duarte y Cardona siguieron con su conversación sobre este tema mientras comían.

—Bueno y cambiando de tema, ¿cuál es el plan para hoy? —preguntó el alcalde auxiliar luego de tragarse su último bocado de pan remojado en café.

Sin molestarse en responder a la pregunta, el comisario terminó su desayuno, tomó su maleta y sacó un bloc de notas junto con un bolígrafo. Finalmente, fijó la mirada directamente en los ojos del alcalde auxiliar.

—¿Entonces? —le dijo—. ¿No quedamos en que me iba a ayudar para investigar?

El tono seco del comisario le recordó a Cardona a quien tenía enfrente. No le había conocido antes de la noche del crimen pero la reputación del comisario Duarte Pereira le precedía, sobre todo después de que su nombre hubiera salido mencionado en el reporte de la Memoria Histórica compilado al final de la guerra. Un escalofrío le recorrió la espalda al cruzar la mirada penetrante e inexpresiva del policía. Se aclaró la garganta antes de responderle.

—Eh... Pues mire, yo le hice una lista de gente a la que puede entrevistar. Yo creo que le puede servir. —Aprovechando la oportunidad para bajar los ojos, se metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó una hoja doblada en cuatro, tamaño carta, que tendió al comisario. Este ni siquiera se molestó en abrirla, solo la metió entre las páginas de su bloc.

—Me será de utilidad, aunque ya se quién es la persona con la que quiero empezar.

—¿Quién? —preguntó el alcalde auxiliar haciéndose un poco el loco y asustado por lo que venía.

—Pues ya que estamos aquí cómodamente sentados.

—Eh... ¿¡Yo!? —preguntó Cardona con los ojos desorbitados y tartamudeó—: ¿Y, y, y yo po... por qué comisario? ¡Si yo no hice nada!

—Tranquilo, don Gustavo —lo calmó el comisario, aunque intrigado por la reacción que sus palabras habían generado en el alcalde auxiliar. Para calmarlo, le puso la mano en el hombro de una forma amigable, pero Cardona reaccionó dando un salto en la silla—. Calmado, hombre,

¡Cualquiera dirá que no tiene la conciencia tranquila! Le recuerdo que fue usted quien nos llamó. Solo por eso ya me costaría considerarlo a usted sospechoso.

—Es cierto, es cierto —respondió Cardona tranquilizándose, al menos en apariencia, y sirviéndose maquinalmente un vaso de leche, la mitad en el vaso y la mitad en la mesa—. Pero entonces, ¿qué me quiere preguntar? —interpeló Cardona llevándose el vaso a la boca y metiéndose la mitad del contenido entre el pecho y la espalda y la otra mitad en la camisa.

Un policía de tanta experiencia como Duarte no podía dejar escapar la sorprendente reacción del alcalde auxiliar al simple hecho de ser cuestionado sobre sucesos que habían pasado en la comunidad de la cual era representante y que había, en principio, presenciado. Hizo una nota en su bloc al respecto pensando en volver al alcalde auxiliar si la investigación así lo ameritaba. Por el momento, consideraba a Cardona como un mero testigo privilegiado.

—Primero que nada, permítame... —Duarte sacó de la maleta una pequeña grabadora y la encendió—. Ahora sí. Por favor, diga su nombre, edad y profesión y si autoriza que esta entrevista sea grabada.

—Gu... Gustavo José Cardona, único apellido, cuarenta y tres... No, perdón, cuarenta y cuatro años, es que mi cumpleaños acaba de pasar, agricultor y alcalde auxiliar de Arretenango —balbuceó con la voz quebrada—. Ah, y sí, puede grabar sin pena.

—La primera pregunta que tenía que hacerle ya me la respondió con la lista que me acaba de dar. La segunda es a qué hora tuvo usted noticia por primera vez de lo que estaba pasando.

—Pues yo no estaba aquí, fíjese. Fue mi mujer quien me llamó hacia las tres y media de la tarde al celular para decirme que *la* Celia andaba buscando desesperadamente a su hija y que la Policía no quería meterse porque todavía no llevaba veinticuatro horas de desaparecida. Yo le respondí que le dijera a mi patojo que organizara a sus amigos para salir a buscarla. De hecho, *m'hijo* está en la lista que le acabo de dar, aunque me comentó que ya había hablado con usted.

Duarte sacó el papel de su bloc, lo desdobló y lo leyó rápidamente. Solo había tres nombres escritos en él y, efectivamente, Francisco Cardona era el primero. El comisario suspiró y frunció el ceño extrañado de lo que decía el joven Cardona, pues durante la noche de los sucesos él no había hablado con nadie antes de dirigirse al alcalde auxiliar. Con nadie, excepto...

—Aquí solo hay tres nombres. ¡No me joda! ¿No me va a decir que solo tres personas vieron lo que pasó con el gentío que andaba en la calle antenoche? Además, ¿su hijo dice que ya habló conmigo? Usted es hoy la primera persona con quien hablo y el día del relajo solo me dirigí a usted y... —El comisario soltó un suspiro indicando que entendía cuándo había hablado con Francisco Cardona— a un hijo de puta que me llegó a poner una pistola en la nuca, dizque, para proteger la honra del cadáver.

—¡Ay, comisario! —dijo moviendo los ojos de un lado a otro incómodamente buscando una salida para no tocar el tema de su hijo—. Esta es una de esas situaciones en las que todo el mundo ve algo pero, al mismo tiempo, nadie ve nada. Los tres que aparecen en la lista —mi hijo, la madre de la víctima y el patojito— son los únicos que tienen una historia interesante que contar, o al menos es lo que dicen las malas lenguas del pueblo. El resto, todos cuentan más o menos la

misma historia que, como podrá imaginarse, se parece muchísimo a la que está publicada en el periódico —señaló con la barbilla el ejemplar que el comisario había dejado sobre una silla—. Me imagino que los periodistas deben de haber entrevistado a los mismos. Se que a mí y a mi hijo nos preguntaron, aunque la historia del patojito no aparece...

—¿Patojito? —interrumpió el policía. ¿Qué niño? Aquí solo aparece «Diego» como tercer nombre de la lista. ¡No tiene ni siquiera apellido! ¿Quién es?

—Eh, sí... Sí, es cierto, no le puse el apellido porque sinceramente no me acuerdo. —El alcalde auxiliar tragó saliva—. Pero yo sé dónde vive, no se apure, yo lo llevo. —Viendo la mirada inquisidora del comisario continuó—. Me dijo mi comadre, que dice que lo oyó en la carnicería, que el patojo había visto un carro parqueado a la orilla de la carretera a Santa Catalina durante la mañana, pero no sé más.

—De acuerdo, don Gustavo, muchas gracias, eso es todo por el momento —dijo Duarte apagando la grabadora. Para alivio del alcalde auxiliar, la pista del niño parecía haber hecho que el comisario se olvidase de su hijo—. ¿Me puede llevar donde el Diego ese?

El alcalde auxiliar asintió con la cabeza y apuró lo que le quedaba de leche; luego, los dos hombres se pusieron de pie y se dirigieron a la puerta; el comisario siempre aferrado a su maleta.



Los dos hombres salieron de la casa y se dirigieron al carro de don Gustavo, un pickup de doble cabina azul y algo destartado. Al cabo de unos minutos, Duarte notó que iban saliendo del pueblo, en dirección a Santa Catalina, el pueblo vecino, que por tamaño era el más importante de la región, donde se concentraban los principales servicios: las administraciones, el dispensario y las escuelas que atendían a la región.

—¿A dónde vamos? —preguntó el comisario intrigado.

—A Santa Catalina —respondió don Gustavo y antes de que el comisario pudiera replicar añadió—: es que no son ni las once y Diego estará todavía en clases y, como usted sabrá, nosotros no tenemos escuela en Arretenango, entonces los pobres patojos tienen que ir hasta allí.

—Me parece increíble que en estos tiempos todavía no tengan escuela todas las aldeas del país —dijo el comisario hablando más para sí que para Cardona, pero este aprovechó para hacer conversación y evitar que se instalara un silencio incómodo o, peor aún, que el comisario le hiciera más preguntas relacionadas con el caso.

—¿Qué más quisiéramos! Hace años que pedimos apoyo al Ministerio de Educación, pero siempre tienen otras prioridades. En Arretenango somos apenas unos mil habitantes, no más, y por eso el ministerio cree que es mejor dejar que nuestros pobres patojos caminen hora y media de ida y hora y media de vuelta hasta Santa Catalina para poder ir a la escuela. De hecho, todo este vergüeo comenzó por eso: parece ser que a la muchacha la secuestraron en el camino de vuelta, después de las clases.

El comisario se quedó pensativo. Lo que el alcalde auxiliar acababa de decirle le hacía plantearse varias preguntas lógicas: si todos los niños y jóvenes iban a la escuela y entraban y salían a la misma hora. ¿No era lógico que se fueran y se regresaran todos juntos? ¿O en grupos separados? ¿Cómo era posible entonces que una de las alumnas de la escuela hubiera sido secuestrada sin que nadie hubiera visto nada? Le participó sus dudas a don Gustavo.

—Pues, a decir verdad, no se comisario. Me imagino que el niño le dará alguna respuesta. Quizás y valga la pena aprovechar el viaje y entrevistar a los maestros. —Al comisario le pareció una excelente idea, pero no se molestó en decirlo. Se sumió de nuevo en sus reflexiones y otra pregunta se le escapó casi sin querer.

—Mire usted, y ese hombre, al que verguearon, ¿por qué se le metió a la gente en la cabeza que él fue quien mató a la muchacha?

El alcalde auxiliar se aclaró la garganta, suspiró y se tocó rápidamente la nariz con el dedo índice y pulgar de la mano derecha, de tal forma que con la palma de la mano se cubrió por un instante la boca; luego, sacó de un compartimento de la portezuela un par de lentes oscuros y se las puso. Sentía su pulso acelerarse en el cuello y de repente tomó conciencia de lo mojada que tenía la espalda de sudor. Era para él un alivio tener la excusa de conducir para no tener que apartar la vista y mirar al comisario a los ojos.

—Pues, eh..., hum..., co... —tosió de una forma forzada— como le dije en la casa, yo ni estaba aquí cuando todo empezó; pero eh..., lo que se dice en el pueblo es que él era el único forastero que andaba aquí en ese momento. Además, como le decía, en Arretenango somos bien poquitos, así que nos conocemos todos y nadie cree, yo incluido, que haya podido ser alguien del pueblo. Por si eso fuera poco, en Arretenango casi no hay hombres. Los patojos ni esperan a llegar a los dieciocho años para agarrar sus tanates y jalar pa'l norte de mojados. Por eso, digo yo, la gente se imaginó que tuvo que ser forzosamente alguien de fuera.

Los gestos y las dudas de don Gustavo no pasaban desapercibidos para el experimentado policía, por tanto decidió empujar un poco más el improvisado interrogatorio.

—Así que le cayeron así por así, sin pruebas ni nada...

—¡Tanto como sin pruebas tampoco! —interrumpió don Gustavo—. Allí es donde entra lo que el Dieguito este, al que vamos a ver ahorita, contó: el carro que vio en el camino parece ser que era verde y el fulano tenía uno de ese color. De eso sí le doy fe porque de un tiempo acá él venía seguido al pueblo en ese carro.

El comisario se quedó pensativo de nuevo. En otra época había pasado unos años trabajando en el Departamento de Tránsito de la Policía Nacional. Por ello sabía muy bien que acusar a alguien basándose únicamente en el color de su vehículo era una locura. En el país había ya más de un millón de carros de todo tipo y era entonces razonable suponer que los carros de un color determinado, el que fuera, podrían ser fácilmente decenas de millares. No necesitó hacer esta objeción porque don Gustavo aclaró de sí mismo lo que acababa de decir.

—Estará usted pensando que en el país hay muchísimos carros verdes, pero como le dije antes, en Arretenango somos bien poquitos y carros hay todavía menos y, que yo sepa, nadie en el

pueblo tiene un carro verde porque hace años hubo una compañía de taxis operando en Santa Catalina y los carros eran verdes y desde entonces a cualquiera que anda en un carro de ese color lo chingan diciéndole que anda manejando taxi.

—Pero entonces —replicó el comisario frunciendo el entrecejo y rascándose el bigote— ¿Dónde quedó el carro verde del sospechoso?

—Quemado —respondió simplemente Cardona—. ¿Se acuerda que antenoche había un carro quemándose cerquita de la subestación de la Policía? Pues, de hecho, estaba enfrente de la única casa de huéspedes del pueblo, donde los policías vinieron a buscar al hombre ese para resguardarlo en la carceleta de la comisaría cuando se dieron cuenta de que la marabunta venía a por él. De dicha a la Filo se le prendió el foco y llamó a los chon... a sus compañeros.

Un resoplido de frustración se le escapó al comisario. ¡Qué esmero había demostrado la población de Arretenango en destruir las evidencias para una investigación que les interesaba tanto! Sin embargo, algo retuvo su atención de todo lo que le había contado el alcalde auxiliar.

—¿La Filo?

—Ah, sí —respondió el alcalde auxiliar—. Filomena... no me acuerdo del apellido ahorita, pero en el pueblo la conocen como doña Filo. Es la dueña de la casa de huéspedes de la que le hablé. Y aquí entre nos, la chismosa del pueblo. Nada pasa aquí sin que la Filo se entere y nada de lo que ella sepa se quedará en secreto por mucho tiempo, aunque eso sí, se regará corregido y aumentado porque la vieja tiene un talento para lanzar bolas que ni le cuento.

Duarte no respondió. Se limitó a sacar de su maleta su bloc de notas, anotó el nombre y lo rodeó con un círculo triple. La chismosa del pueblo era exactamente el tipo de testigo que le interesaba muchísimo en aquellas circunstancias. Alguien con las orejas bien paradas y dispuesta a hablar. Cuando levantó la vista se dio cuenta que ya pasaban entre las primeras casas de Santa Catalina.



La escuela de Santa Catalina era un edificio rústico, con paredes hechas de bloques de concreto sin repellar ni pintar, techo de lámina de zinc y ventanas sin vidrios. Había sido construida, gracias a la contribución de un generoso artista alteño, quien había viajado al extranjero para hacerse famoso y que había remplazado las galeras de lámina de zinc con suelo de tierra.

Las aulas se levantaban todas alrededor de un patio central que, dependiendo del clima, oscilaba entre dos estados de la materia: polvoriento y enlodado. Cuando los dos hombres entraron por el portón que daba al patio central se sentía una calma de cementerio porque los alumnos estaban concentrados escribiendo sus exámenes de fin de año. Se dirigieron hacia una esquina del patio, donde un letrero en madera vieja y escrito a mano indicaba «Dirección» al lado de la entrada de una sala más pequeña que las de clase. Sentada en el escritorio, la directora se afanaba preparando formularios de preinscripción para el año entrante. Dado que era el último día del ciclo lectivo, los estudiantes tenían que llevarse los formularios aquella misma tarde para que

sus padres los llenaran y los mandaran de vuelta cuanto antes para asegurarles lugar a sus hijos el año siguiente.

La profesora Cristina Poc Aguirre tenía unos cincuenta años, cabello negro surcado de líneas plateadas, tez morena y ojos negros. Vestía el traje típico de la región, que consistía en un huipil blanco con flores rojas alrededor del cuello y a guisa de falda llevaba un corte de tela tejida a mano enrollado alrededor de la cintura que le caía hasta los tobillos y estaba decorado con pequeños cuadrados dibujados con líneas blancas sobre un fondo azul verdoso. Levantó la mirada al escuchar los golpecitos que el alcalde auxiliar de Arretenango había dado en el letrero, única forma de hacer ruido para anunciarse ante la falta de puerta.

—¡Buenos días, don Gustavo! ¡Qué gusto de verlo por acá! Hace tiempo... ¿Y quién es el caballero que lo acompaña? —dijo la directora levantándose de su escritorio y tendiendo la mano para saludar.

—¡Buenos días, «seño» Cristina! —respondió Cardona estrechando la mano de la profesora—. De veras que hace tiempo que no nos veíamos. Desde que Pancho sacó tercero, creo. Este es el comisario Duarte, el encargado de la Policía en la región.

El policía extendió la mano hacia la directora diciendo un lacónico «encantado» al cual ella correspondió estrechando la mano y con leve movimiento de cabeza. Su expresión se había tornado sombría.

—Ya me imagino a qué debo su visita. Debe de ser por lo que le pasó a la pobre... —Un sollozo contenido le impidió pronunciar el nombre de la que hasta hacía apenas un par de días había sido su alumna.

—En efecto —respondió el comisario con un tono seco—. Estamos aquí para platicar con un niño de nombre Diego y con cualquier otro que haya tenido contacto con la muchacha el día de su muerte.

—Diego Pérez, me imagino —dijo la maestra viendo a Cardona, quien asintió con la cabeza—. Por allí me enteré, de hecho, que ese patojo andaba diciendo que había visto algo. Con gusto se lo iba a buscar de una vez, pero está en un examen. ¿Lo pueden esperar unos minutos?

El comisario no respondió y, sin ser invitado a hacerlo, se sentó en una de las dos sillas que estaban frente al escritorio de la directora, dando a entender que aceptaba la espera. Don Gustavo dudó un instante, pero se quedó de pie al ver la mirada reprobadora de la maestra. Antes de que hubiera tiempo a que se instalara un silencio incómodo o una conversación irrelevante, el comisario sacó de su maleta la grabadora y el bloc de notas y tomó palabra.

—Entretanto quiero hablar con cualquier maestro que haya tenido contacto con la occisa el día del crimen.

—Con mucho gusto —respondió la «seño» Cristina en un tono que delataba que comenzaba a irritarse ante la grosería del comisario—. La muchacha tuvo examen de Matemáticas conmigo ese día. Así que estoy a su disposición. Tomen asiento —dijo en un tono irónico, indicando a Cardona la otra silla frente a su escritorio. La profesora rodeó la mesa y se sentó muy derecha al borde de

su silla. El comisario puso su grabadora en marcha sin siquiera preguntar si la interrogada estaba de acuerdo con la grabación.

—Decline su nombre, edad y oficio.

—Cristina María Poc Aguirre, cincuenta y dos años, maestra de educación primaria y directora de la escuela rural número doscientos veinticuatro, en Santa Catalina.

—¿Me puede decir cuál es su relación con la menor asesinada?

—Soy directora de la escuela a la que asiste... asistía, y además era su profesora de matemáticas y de ciencias naturales.

—¿Puede decirme qué horario de clases tenía?

—Normalmente de ocho de la mañana a una de la tarde, pero el día que... Bueno, ese día, ella salió un poco más temprano porque tuvimos examen de fin de curso y ella terminó antes de que se agotara el tiempo. Me preguntó que si se podía ir porque tenía que ir a estudiar para el examen del día siguiente y yo le dije que estaba bien, que se fuera.

El comisario hizo una nota en su bloc al lado de una de las que había hecho en el carro. La profesora acababa de aclarar la duda que le había asaltado en el carro: la muchacha iba sola porque había terminado el examen. El hecho de que se tratara de un cambio aleatorio, producto del horario flexible de la época de evaluaciones, abría la posibilidad de que la muchacha hubiera sido la víctima de un crimen oportunista en lugar de un ataque dirigido; simplemente se había encontrado en el lugar equivocado a la hora equivocada.

—¿Y usted la vio irse? —preguntó el comisario—. ¿Se fijó qué hora era?

—Debe haber sido hacia la once y media de la mañana. El examen estaba programado para terminar a las doce. Ella fue la primera en irse y, ¡ah! ¡Espéreme! ¡Se me olvidaba!... —La maestra metió la mano en una gaveta del viejo escritorio y sacó un fajo de papeles del que sacó uno que tenía el nombre de la víctima en la cabecera y se lo presentó triunfalmente al comisario apuntándole una nota en rojo—. ¡Once treinta y siete! Yo había decidido darles un bono por tiempo a los muchachos para este examen por lo que anoté la hora a la que cada uno de los que terminaron antes me entregó su examen. Ella fue la primera.

El comisario se quedó viendo al papel mientras pensaba. La investigación comenzaba a tomar forma después de todo. Tomó su bloc de notas y en la segunda hoja escribió, arriba, «Cronología» como título y abajo anotó la hora de la salida de la escuela. También apuntó lo que Cardona le había dicho en el carro sobre que se tardaba hora y media a pie en llegar de Arretenango a la escuela.

—¿No notó nada extraño? —preguntó el comisario a la directora—. ¿Algún desconocido en los alrededores de la escuela? ¿Alguien esperando en actitud sospechosa?

—Nada, comisario, nada. —La profesora se tragó el nudo de la garganta—. Yo todavía tenía alumnos haciendo el examen, así que me quedé sentada en el escritorio. Lo último que vi de ella

fue su pelito largo hasta la cintura pasando por la puerta... —La profesora no pudo continuar, ahogada por el llanto.

Duarte parecía tener el tacto suficiente para dejar que la profesora se calmara con la ayuda de don Gustavo, pero en realidad estaba pensando. La muchacha entonces había salido de la escuela. Dado que la madre había reportado la desaparición cuando no la vio regresar, dedujo entonces que lo que le había sucedido había sido entre la escuela y Arretenango. Eso restringía entonces la zona de búsqueda al tramo de carretera que separaba Santa Catalina de la aldea. Asumiendo, por supuesto, que la muchacha no se hubiera desviado en el camino.

—¿Puede describirme la personalidad de la víctima? —preguntó el comisario sobresaltando a los otros dos, que parecían haberse olvidado de que él estaba allí.

—¿Por dónde empezar? Una patoja buena, humilde y trabajadora. Buena estudiante. Soñaba con ser maestra para ayudar a otros niños de la región. Además de estudiar, ayudaba a la mamá con las verduras que vendían en el mercado...

—¿Novio? —interrumpió el comisario de un tono seco sin siquiera levantar la mirada del bloc en el que tomaba notas.

—¡Ah no! ¡Eso sí que no!

Ambos, comisario y directora, se quedaron viendo a don Gustavo, que había acompañado su vehemente respuesta con un golpe sobre el escritorio; y este se había tambaleado peligrosamente haciendo que un bote con lápices y lapiceros se volteara y dejara caer su contenido. La mirada colérica empañada de lágrimas se transformó de inmediato en una mirada esquiva, como la del niño al que sorprendieron con la mano en el cubo de galletas.

—Eh, eh, es que... Eh, bueno... —balbuceó el alcalde auxiliar mientras se agachaba a recoger dos lápices que habían terminado en el suelo—. Me lo dijo la mamá el día que desapareció, cuando vino a buscarme... Eh, cuando vino a buscar a mi hijo para pedir ayuda. ¡Es que fue lo primero que le pregunté! —se justificó al cruzar la mirada inquisidora del comisario—. Cuando la vi, quiero decir, así como a usted, lo primero que se me ocurrió fue que la muchacha se hubiera fugado con algún novio. Es por eso por lo que pregunta, ¿no?

El comisario no se dignó responder. Lentamente desvió su mirada sospechosa hacia la maestra y se quedó mirándola fijamente. Esta tardó un segundo en entender que él esperaba todavía su respuesta.

—Ah, ¿el novio? No, no que yo sepa. No entre los alumnos en todo caso y fuera la verdad es que yo la veía poco porque yo vivo aquí en Santa Catalina. Así que, respecto a Arretenango, me remito a la opinión de Gustavo que, aparentemente, la conocía mejor.

El comisario tomó unos segundos para terminar sus notas, apagó la grabadora y metió todo en la maleta. El bullicio que comenzaba a escaparse de las aulas y que lentamente invadía el patio le indicó que los exámenes habían terminado y pidió ver a Diego.



La directora condujo a los dos hombres a un aula ubicada en la esquina opuesta del patio, de cuya puerta salía un flujo de niños platicando animadamente sobre el examen que acababan de tener, algunos de ellos comparando notas para ver si las respuestas eran las correctas. La profesora se dirigió a uno de ellos, moreno, bajito, delgado, con el pelo negro parado en la coronilla y los ojos del mismo color, llenos de malicia inocente, que denunciaban a esos niños traviesos incluso antes de que dijese una palabra. La directora lo llamó por su nombre, a lo cual pegó un salto de sorpresa.

—¡Yo no hice nada, «seño» Cristina, se lo juro! —dijo el niño dirigiendo sus ojos asustados de uno a otro de los hombres. Su voz denotaba una inquietud frívola, esa del niño chispudo que, acostumbrado a los castigos por sus múltiples travesuras, intenta siempre escaparse echando algún cuento.

—Pues por una vez le creo —replicó la profesora—. Estos señores están aquí para hablar con usted sobre lo que anda contando que vio anteaer.

—¡Ahhh! —exclamó el niño, y cambió el falso tono asustadizo por un aire de importancia, dirigido más a sus compañeros, que guardaban un profundo silencio, con las orejas bien paradas, y se habían detenido en seco a la salida de clase—. Haberlo dicho antes, «seño» Cristina. ¿Qué puede hacer su servidor por ustedes?

A punto estaba la directora de soltarle un grito como recompensa por el sarcasmo, pero el comisario la interrumpió para pedirle ir a un lugar más privado. Ella los dirigió hacia la clase vacía e invitó al comisario a sentarse en el escritorio del maestro. Mientras este sacaba su grabadora y su bloc de notas de la maleta, ella se dirigió a la puerta a espantar a los muchachos con los ademanes de quien se quiere quitar de encima una nube de zancudos.

—Decline su nombre, edad y oficio —dijo el detective sin siquiera levantar la vista para ver al niño.

—¿Eh? —respondió el niño alzando las cejas y volviendo a mirar a la directora, que se había unido a ellos.

—Diga cómo se llama y cuántos años tiene. —Y luego se dirigió a Duarte—. Respecto al oficio, comisario, está claro que es estudiante.

El policía, tomado por sorpresa, asintió con la cabeza. Aquel hombre, que hubiera podido hacer confesar a una cebra que era un burro en pijama, tenía una experiencia extremadamente limitada interrogando niños. Era aquella una parte del oficio de policía que delegaba en alguna de sus subalternas cada vez que se presentaba.

—¡Ahhhhh! —dijo Diego abriendo la boca más de lo necesario para pronunciar el monosílabo y dándole una entonación de burla—. Me llamo Diego y tengo once años.

El comisario levantó lentamente la mirada y la clavó en los ojos de la criatura. Era una mirada capaz de intimidar al más curtido de los asesinos.

—Nombre completo —dijo el comisario con una voz calmada, bien medida, que denotaba la amenaza en cada sílaba.

—Diego José Pérez —respondió el niño rapidísimo, sin rastro del tono de burla.

—Bueno, Diego, por allí me contaron que el día que mataron a la muchacha en Arretenango vos habías visto algo interesante.

Repuesto ya del primer susto, Diego decidió probar su suerte de nuevo y lanzarse en una nueva provocación.

—¿Y por qué tendría yo que contarle a usted todo eso? —preguntó el niño alzando las cejas y pasándose el dedo índice y pulgar a los lados de la boca, como si tuviera un bigote que aplanar—. Yo a usted ni lo conozco y mi mamá me ha dicho que no hable con extraños.

La directora notó el resoplido del comisario y las dos manos que se apoyaron en la mesa que anunciaban que lo que seguía no sería lindo de ver. Para tranquilizar las cosas le hizo una seña con la palma de la mano extendida al policía y se dirigió al niño.

—Diego, esto no es un chiste ni uno de sus jueguitos de siempre. Este señor es un policía y está investigando el asesinato de anteayer. Así que, por favor, respóndale y no le cuente babosadas porque este señor no lo va a mandar de plantón al patio durante un período de clases.

El niño, alarmado, comenzó a hablar; casi a rezar.

—Ese día vi que los policías habían sacado a un tipo de donde doña Filo, luego se lo llevaron a la cárcel y allí llegó la gente a sacarlo pa' macanearlo...

—¡No! —rugió el comisario—. ¡Todo eso ya lo sé! Lo que quiero es saber algo de un carro que dicen que viste en el camino entre Santa Catalina y Arretenango.

—¡Ahhhh! —respondió Diego adoptando de nuevo su tono que hacía sentir a los adultos que se estaban burlando de ellos—. Lo hubiera dicho antes. Pues ese día, cuando yo venía pa' la escuela vi un carro parqueado a la orilla de la carretera.

—¿Y por qué te llamó la atención ese carro?

—Porque yo venía de ese lado de la carretera y me tocó atravesarme para poder pasar porque el carro estaba parqueado. Me tocó pasar por el lado el que no hay banquetta ni cuneta ni nada, así que tuve que caminar en la pura tierra y, como había estado lloviendo, había un lodazal y vine con los zapatos todos chucos.

—¿Y a qué horas fue eso?

—Ay, pues no me acuerdo. —La mirada del comisario fue suficiente para que el niño empezara a rascarse la cabeza y a pensar en voz alta—. Ese día tenía examen de Sociales y la «señora» Norma nos puso el examen a las once, así que yo salí de la casa como a las nueve y media para llegar a tiempo, después me paré a bajar unos nísperos de un palito que está por allí...

—Entre diez y once de la mañana —respondió el comisario a su propia pregunta e hizo una anotación en su cronología—. ¿Y cómo era el carro?

—Era una camioneta chiquita verde, de esas que tienen una puerta que se corre y que no tienen ventanas atrás, solo delante. Adentro había un hombre, sentado al timón.

—¿Podés describir a ese hombre? —preguntó el comisario.

—No le vi la cara, fijese, porque se la estaba tapando con el periódico que estaba leyendo. —Diego sacó de su morral un cuaderno grande, tamaño oficio, y se sentó sobre un pupitre, puso los codos sobre la mesa y abrió el cuaderno, sosteniendo un lado con cada mano, delante de su cara—. Así, mire, así estaba sentado el hombre con el periódico. La cara no se le veía por el parabrisas y las ventanas de los lados reflejaban, como si fueran espejos. Pero en el pueblo dicen que era el hombre ese al que macanearon. Parece que tenía un carro así.

—Lo que digan en el pueblo no me interesa. Me interesa lo que vos viste. ¿Habías visto ese carro antes? ¿En Arretenango?

—Pues desde un par de días antes del relajo había un carro parecido parqueado enfrente de doña Filo...

—La casa de huéspedes, Comisario —aclaró don Gustavo.

—¿Era el mismo? —preguntó el comisario ignorando el comentario del alcalde auxiliar.

—No sé —respondió Diego, que comenzaba a darse cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Cómo que no sabés? ¿No decís que vos los viste pues?

El niño ya no sabía qué hacer. Quería ayudar pero, al mismo tiempo, aquel tipo que estaba frente a él tenía algo diferente, algo que le impedía manipularlo como normalmente hacía con los adultos. Levantó los ojos y dirigió la mirada primera a la «seño» Cristina y luego a don Gustavo implorando ayuda. El alcalde auxiliar, que se mantenía de pie a medio metro detrás del comisario, asintió ligeramente con la cabeza, gesto que no pasó desapercibido por Diego.

—Sí, era el mismo carro —musitó el muchacho.

El comisario apagó la grabadora y la guardó, junto con su bloc de notas, en la maleta. Se dirigió a la directora para preguntar dónde estaba el baño y salió del aula sin siquiera dar las gracias por la información. Diego se puso a arreglar su morral mientras la directora y el alcalde auxiliar caminaban hacia la puerta del aula susurrando.

—Vi lo que hizo —dijo la maestra—. ¿Por qué lo hizo, don Gustavo? Esta declaración de Diego puede meter en problemas a alguien.

—¡Ay, «seño»! Recuérdese como terminó el papá del patojo por no colaborar con los policías. ¿Ya encontraron el cuerpo, por cierto? —preguntó con un tono sarcástico dado que la respuesta era ampliamente conocida en la región.

—Pero eran otros tiempos...

—Tal vez —la interrumpió don Gustavo—. Pero este hombre es de la vieja escuela y tiene muchísima presión encima por aclarar todo este asunto. Él anda buscando a quien las paga y no a quien las debe. Lo mejor para Diego y su familia es que le diga lo que él quiere oír. Además, el hombre ese se va a morir por la paliza que le dimos... eh... que le dieron en el pueblo, así que ¿qué más da?

La «seño» Cristina ya no tuvo tiempo de responder porque en ese momento el comisario volvió y secamente le dijo a don Gustavo que se fueran y a Diego que los siguiera porque ese día lo iban a llevar en carro a su casa en Arretenango. El niño agarró su morral y, resignado, siguió a los dos hombres fuera de la escuela.



Durante el viaje de vuelta de Santa Catalina a Arretenango, Duarte le pidió a Diego que le mostrara el lugar exacto donde había visto el carro sospechoso. Diego lo mostró con una precisión digna de un GPS, gracias a un árbol particular que, por alguna razón, le era muy familiar al niño. Se detuvieron para que el comisario hiciera una inspección detallada del sitio: las lluvias torrenciales habían borrado cualquier huella de un vehículo que hubiera podido estacionarse allí y solo trazas de barro seco quedaban como vestigio de los lodazales que Diego había descrito.

El Comisario bajó su misteriosa maleta plateada del carro, sacó de ella unos guantes de hule, como los que usan los doctores, y se los puso. Luego extrajo una pala pequeña, escarbó un poco poniendo cada palada en una bolsa plástica, que selló con cinta roja, y escribió unos datos en ella siguiendo escrupulosamente los procedimientos que los instructores españoles le habían enseñado en el curso de detectives de la Academia de la Policía. El niño y el alcalde auxiliar observaban la escena con la misma mirada atónita y los dos pensaron exactamente lo mismo: «Este mira mucha tele».

Llegando a Arretenango, los dos hombres dejaron al niño frente a la puerta de su casa y el comisario le pidió a don Gustavo que lo llevara a la casa de la víctima. Allí entrevistó a la madre en un interrogatorio en el que la infeliz señora rompió varias veces en llanto, pero que solo confirmó lo dicho por la directora de la escuela y por don Gustavo y no le dejó ninguna nueva pista. Al contrario, fue la confirmación de que, tal como los otros dos le habían dicho, la madre no le conoció nunca un novio a la muchacha.

Acto seguido volvieron a la casa del alcalde auxiliar donde encontraron a Francisco, el hijo mayor de don Gustavo. Era él quien había organizado a los vecinos en grupos para la búsqueda y fue justamente el suyo el que tuvo el dudoso privilegio de realizar el descubrimiento del cadáver y a él en particular le había tocado la dolorosa obligación de avisar a la madre. El muchacho, de unos dieciocho años, estaba todavía afectado. Quizás por el shock de haber encontrado a la muerta o por la borrachera que se había puesto en la noche de los eventos, no tenía mucho que contar. Cuando se le preguntó sobre la escena del crimen, respondió que lo único que había hecho al ver a la víctima en aquel estado deplorable fue vomitar. Se disculpó también con el comisario por el susto que le había metido con la pistola y por haberlo tratado de chonte, pero le explicó que era la madre de la víctima la que le había pedido que defendiera la honra de su hija a toda costa, aun si

ya estaba muerta. Al comisario no le faltaron las ganas de sacar su pistola y ponérsela en la cara solo para emparejarse, pero continuó interrogándolo sobre la turba que había incendiado la subestación de la Policía y matado a dos de sus colegas. La marinada de neuronas en aguardiente barata había hecho con su memoria lo que la lluvia con el lugar en el que Diego había visto el carro estacionado: no se acordaba de prácticamente nada y, sobre todo, de nada útil.

Terminada la entrevista con Francisco, el comisario se despidió del alcalde auxiliar y se fue en su propio carro a la calle principal del pueblo. Se estacionó frente a la carrocería quemada del vehículo, que había ardido el día de los disturbios, y se puso a explorarla con detenimiento. Nadie se había molestado en apagar el incendio y el carro había ardido hasta que todo se había consumido. Lo que quedaba era una carcasa metálica grisácea con algunas marcas de óxido, cubierta con costras de plástico fundido por aquí y por allá. De su maleta el comisario extrajo una cámara y se puso a sacar fotos de los restos del vehículo. Metió el dedo en el agujero de la puerta trasera, donde antes había una manija, pero justo antes de abrirla una voz chillona detrás de él le hizo voltearse sobresaltado, con la mano en la empuñadura de la pistola.

—¿Quién es usted? ¿Viene a llevarse eso? ¿Cuándo se lo lleva? ¡Me lo quita de allí rapidito porque está cabalito enfrente de mi casa! Faltaba más...

—Policía, señora. ¡Identifíquese!

La cabeza regordeta, el amplio busto, las enaguas enormes y su baja estatura daban a la mujer la silueta de un hombre de nieve. Era morena y tenía la cara pintada con sendos círculos de maquillaje rojo en las mejillas, los labios cubiertos de un color rojo intenso y los párpados pesados con sombra de ojos morada. Llevaba la falda cubierta con un delantal de cuadritos a la escocesa, en el cual se puso a frotarse nerviosamente las manos al toparse frente a frente con el comisario, quien mantenía todavía la mano sobre el arma.

—Filomena María González Urrutia, para servirle, y soy la dueña de esta casa. —Señalando la casa algo destartalada frente a la cual estaba estacionado el carro quemado. La parte delantera tenía trazas negras que mostraban la altura que las llamas habían alcanzado.

—¿Doña Filo?

—Ah, ¿ya con confianzas? ¿Que acaso nos conocemos? —respondió la mujer haciendo una mueca que, según ella, era una sonrisa seductora pero que, en realidad, le daba el aspecto de uno de esos payasos asesinos que salen en las películas de horror. Al comisario, que ni los criminales más curtidos lograban intimidar, sintió un escalofrío en la espalda, del cual se repuso casi de inmediato.

—Eh... Me llamo Édgar Duarte y soy comisario de la Policía Nacional. Estoy a cargo de la investigación del asesinato que sucedió aquí en el pueblo hace un par de días...

—¡Ay, Dios, «usté»! Qué cosa más horrible de veras. Mire que yo tengo como treinta años de vivir aquí y no había visto nunca nada como eso. Pero pase, pase, que aquí adentro platicamos más a gusto.

Doña Filo dirigió al policía al comedor de su casa y desapareció en la cocina para buscar

algo que comer. Mientras tanto Duarte se puso a observar el lugar: el comedor tenía paredes de adobe y techo de lámina de zinc, y la luz del sol se colaba por varias goteras, lo que le daba a la casa un aspecto lúgubre. La construcción era vieja: se veía que algunas paredes se mantenían de pie de puro milagro y solo esperaban el próximo temblor fuerte para ocasionar alguna desgracia. Doña Filo lo sacó de su observación cuando puso en la mesa un canasto de pan dulce, una jarra de café y dos tazas. El comisario le mostró con una mano la silla frente a él para que se sentara, como si hubieran estado en su casa y no en la de ella, mientras que con la otra sacaba de la maleta la grabadora y el bloc de notas. La señora se sentó mientras se seguía frotando las manos en el delantal.

—Por allí me contaron que usted alquila cuartos, ¿cierto?

—Cómo no, señor agente, sesenta reales la noche...

—Comisario —corrigió Duarte—. No ando buscando ningún cuarto para quedarme, sino información sobre todo el lío que pasó aquí antenoche.

—Ay, pues mire, don comisario, yo no es que haya visto mucho, porque no estaba aquí. Andaba en Santa Catalina. Lo que supe fue que el patojo de don Gustavo, Panchito, andaba reuniendo a todos los muchachos para buscar a la hija de la Celia que, según decían, había desaparecido. Me contaron que Beto, el hijo de don Juan, Federico, el hijo de doña...

Se iba dando cuenta de que la testigo no era fiable porque en los pocos minutos que llevaba en su compañía ya estaba leyendo en ella como en un libro abierto: era el tipo de persona que estaba demasiado aburrída con su propia vida y que intentaba hacerla más interesante metiéndose en la de los demás. De todo lo que ella le dijera que «había visto» la mitad posiblemente eran habladerías que le habían llegado en el mercado o en la panadería. El título de la «chismosa del pueblo» no le venía nada mal.

—Todo eso ya lo sé. Ya hablé con Francisco Cardona y él me dio todos los detalles de la organización de la búsqueda y el descubrimiento del cuerpo. Además, no me interesa lo que usted haya oído. Me interesa lo que haya usted visto. Quiero que me cuente sobre el hombre ese al que la población intentó linchar antenoche culpándolo del crimen. Me dijeron que estaba hospedado aquí y que de aquí mismo se lo habían llevado los policías que resultaron muertos también.

—Ay, sí, esos pobres muchachos. Me siento algo culpable porque fui yo la que los llamé para que sacaran al otro de aquí porque me dio miedo que me quemaran la casa. Y ellos vinieron a traerlo y se lo llevaron para esconderlo en la comisaría... Pero bueno, culpa mía no fue, ¿verdad? Ellos estaban haciendo su trabajo... Bueno, da igual —se interrumpió ella misma al ver la cara de impaciencia del policía—. El muchacho ese se quedaba aquí una vez por semana y siempre me pedía que le diera el mismo cuarto y que le pusiera sábanas del mismo color... Algo raro el muchacho, pero guapo. Hubiera visto el berrinche que me armó una vez porque había cambiado una cómoda de esquina, pero fíjese que el cuarto estaba agarrando humedad en esa esquina y ni que la dejara allí... Pero bueno, lo arreglamos regresando la cómoda, y él hasta me ayudó y me dejó una propina por la molestia cuando se fue.

—¿Y desde cuándo es que venía tan seguido?

Doña Filo se tragó una champurrada de un bocado y, con la boca llena y escupiendo migajas sobre toda la mesa, respondió:

—Desde hace unos seis meses, fijese. Él me contó que había abierto un restaurante de lujo en... en alguna parte, pero que los productos de aquí son muy buenos y que por eso venía aquí a comprar. Como usted sabrá, comisario, aquí los días de mercado son jueves y domingo. Pues el muchacho este venía todos los miércoles en la tarde y se quedaba aquí a dormir y el jueves a las cinco y media iba pa'l mercado con su camioneta. A las ocho ya estaba de vuelta con el vehículo lleno y con una bolsa de pan de manteca. Desayunábamos aquí y a las nueve ya iba de camino de regreso porque, según me decía, tenía que ir a preparar todo para abrir el restaurante en la noche. Parece que el fin de semana comenzaba desde el jueves en la noche y era cuando hacía su negocio. Y era lo mismo cada semana, como un relojito.

—¿Y cómo se llama? ¿Me lo puede describir para poder confirmar que es él cuando vaya a verlo al hospital?

—Alto, guapo, blanquito, con el pelo claro y ojos oscuros. Ah, y hablaba con un acento raro como gangoso. —La última palabra la dijo doña Filo pellizcándose la nariz con dos dedos haciendo un sonido nasal.

—¿Cómo si estuviera enfermo?

—Más bien como si fuera extranjero. Aunque a decir verdad nunca le pregunté de dónde era porque él no daba oportunidad para conversar. Si no, bien que se lo hubiera presentado a mi hija pa que dejara a ese vago del Pedro. Si yo se lo decía, «el Pedro es malo, no vale la pena»; pero no, la patoja bruta se puso terca, como su tata y...

—Entonces él venía siempre los miércoles por la tarde, aunque esta vez él ya estaba aquí el miércoles, el día de los bochinchés...

—Ahora que lo menciona, esta semana fue diferente, es cierto. El muchacho apareció aquí desde el martes en la noche. En la mañana se levantó como a las siete y salió con su carro. Como a las ocho regresó, desayunó y se sentó a leer el periódico en la misma silla en la que usted está sentado ahorita. Como a las diez y media se levantó y se fue. No dijo ni adiós ni nada. Solo se fue y ya no lo vi.

—¿Ya no lo volvió a ver? ¿Cómo así? ¡Si a mí me dijeron que de aquí se lo llevaron! ¡Y usted misma me lo acaba de confirmar!

—Todos los miércoles por la noche me voy a mi grupo de estudio de la Biblia a la iglesia de Santa Catalina y siempre me voy como a las siete de la noche con el hermano Julio en su carro. Por eso fue que le dije al muchacho ese que los miércoles tienen que llegar antes de las siete porque, si no, me tienen que esperar hasta que regrese como a las nueve de la noche. Antier el hermano Julio me llamó para decirme que no iba a ir y por eso me tocó irme más temprano. Me fui como a las tres de la tarde y en camino iba yo cuando Pancho me llamó al celular diciéndome que andaban buscando al muchacho ese y que si no sabía dónde estaba. Yo le dije que no, porque en serio que no sabía dónde estaba cuando me fui. Pero por si las moscas llamé a la comisaría para que se dieran una vueltecita por aquí y aquí lo vinieron a hallar. De regreso de la iglesia, la

hermana Lucía me dio un aventón, pero ya la Policía no nos dejó pasar de la entrada del pueblo y nos tocó dar media vuelta de regreso a Santa Catalina. Allí esperamos hasta que oímos que habían desocupado el paso pasada la medianoche. Cuando llegué yo aquí encontré el desastre ese que vio usted en la entrada y todo lo que ya sabe.

—¿El desastre de la entrada? —repitió el comisario frunciendo los ojos sin entender bien—. Pues yo lo único que vi fue la carcasa del carro quemado y la fachada algo chamuscada, pero su casa se ve muy ordenada. ¿Cómo lo hizo para limpiar tan rápido?

—Favor que me hace, pero ¿le parece poco desastre la fachada toda tiznada? ¡Si no hacía ni un año que la había mandado a pintar! Y aquí adentro, la verdad, no tuve que hacer nada porque todo estaba normal. Menos mal, porque ayer nos fuimos todos al entierro y hoy ni ganas me han dado de hacer nada, para serle sincera.

El comisario se quedó pensativo por unos segundos. Conjeturó que, como doña Filo no estaba en su casa, el muchacho no había podido entrar. Seguramente los policías lo habían encontrado en la puerta mientras esperaba y se lo habían llevado a la comisaría para resguardarlo, sin embargo, la turba lo había sacado de allí. Pero si ya no había logrado entrar antes de irse...

—Doña Filo, ¿usted ya limpió el cuarto donde se quedaba el muchacho? ¿Ya durmió alguien en él desde el miércoles?

—Ay no, comisario, ¿cómo va a creer? Él es buen cliente y, aquí entre nos, yo no creo eso que dicen de que él lo hizo porque es un hombre correctísimo. Callado, tranquilo, bien chulo el muchacho. Por eso dejé sus cositas allí, por si regresa a traerlas; y, mientras no haga falta, pues no daré el cuarto.

—¿Puedo verlo?

La mujer se levantó de la mesa y de un gesto lo invitó a que la siguiera. La casa era vieja y tenía la configuración típica de las casas de la provincia alteña de antaño, es decir, un patio central alrededor del cual se ubicaban todas las habitaciones. El lado que daba a la calle tenía una sala de estar y el comedor en el cual se habían sentado a conversar. Doña Filo tenía en su patio un jardín, que más bien parecía una pequeña selva tropical de plantas que crecían de forma casi salvaje a los pies de varios árboles frutales, el cual atravesaron en línea recta hasta una habitación en el lado opuesto. La hotelera sacó un manojito de llaves de su delantal y, a la primera que probó, la puerta se abrió con un chirrido de bisagras adoloridas.

El cuarto era pequeño pero correcto. En el centro había una cama para una persona con una mesa de noche y una lámpara sobre ella. En la esquina en la que se apercebía una mancha de humedad había una cómoda de tres gavetas. No había nada fuera de lugar, todo estaba en su sitio y ordenado. La cama estaba hecha y en un rincón había un maletín cerrado. El comisario se dirigió a doña Filo y le preguntó si era ella quien había hecho la cama.

—Fíjese que no. Siempre, cuando se iba y yo entraba al cuarto, estaba así: nítido. A veces hasta estaba tentada de ni cambiar las sábanas... ¡Pero siempre lo hago! No vaya usted a pensar mal.

El comisario avanzó hacia la cómoda y abrió las gavetas una a una: todas las encontró vacías. A la gaveta de abajo le faltaba el agarrador, así que para abrirla tuvo que poner sus dedos contra el borde inferior para tirar. Al hacer eso, sintió algo que estaba pegado al fondo por el lado exterior. Se agachó, sacó una lámpara sorda de su inseparable maleta y alumbró. Había un sobre de plástico oscuro pegado a la madera con cinta adhesiva. Sacó una navaja de la maleta y cortó la cinta con mucho cuidado y el sobre cayó al suelo. Lo recogió y lo vació sobre la cama. Cayeron una libreta color vino tinto, unos cuantos billetes liados con un elástico y una tarjeta rosa con la foto de un hombre. Tomó la libreta con dos dedos y la retornó. En la portada, dibujado con líneas doradas, había un escudo sobre el cual estaba escrito en grandes letras doradas *Union européenne – République française* y, debajo del escudo, con los mismos caracteres, una palabra: *Passeport*.

Duarte se quedó viendo el pasaporte francés que tenía entre las manos durante unos segundos y luego dejó escapar un suspiro con el que dijo en tono casi imperceptible «Por la gran puta, que vergueo», recogió los documentos y sus herramientas, echó todo en la maleta sin mucho pensar y salió del cuarto como una tromba.

Capítulo IV

Plan de carrera

Doña Filo se quedó espantada, pegada a la pared del cuarto donde el comisario la había aventado de una mano vigorosa cuando salió sin decir palabra. Cuando volvió en sí misma y se lanzó en su persecución para ver qué había pasado, el policía ya había cruzado el patio; y al llegar ella apenas a la puerta de la sala oyó cómo el carro del comisario arrancaba y se ponía en marcha a toda velocidad. Cuando finalmente salió jadeando a la calle, lo único que vio fue una nube de polvo que el carro había levantado en su precipitada partida.

La mujer se quedó viendo la carcasa quemada que estaba todavía frente a su casa y se dio cuenta de que en las manos tenía el fajo de billetes que el comisario había dejado sobre la cama en su apresurada partida. «A ver qué sacamos de esto», se dijo y ese día por la tarde Pedro, su yerno, que trabajaba como «mecánico» del pueblo pero que era más bien un chatarrero, pasó a recoger los restos del vehículo. Tirados por una mula, se los llevó a su «taller», un terreno baldío al que se había metido sin permiso de nadie y donde había instalado una covacha para trabajar. Le dejó a doña Filo un adelanto de doscientos reales, con la promesa de que en cuanto lograra despedazarla y venderla por partes le llevaría los otros ochocientos del precio pactado. Además se comprometió a pasar al día siguiente a darle una mano de pintura a la fachada de la casa.

Así pues, en menos de una semana, doña Filo tenía el frente de su casa libre, la fachada blanca como la nieve, mil reales de beneficio más los cerca de quinientos que habían caído del sobre del huésped linchado; todo mundo salía ganando excepto el último que se quedaba sin carro y sin el dinero en efectivo. De todas formas, doña Filo estaba convencida de no hacerle daño a nadie pues creía firmemente que el tipo se iba a morir en el hospital o en la cárcel, dondequiera que fuera a parar. Así confirmaba su reputación de que, además de chismosa, era la negociante más despiadada de Arretenango y sus alrededores.



El comisario se puso en marcha a toda velocidad por la cuesta que conducía hacia la carretera que conducía a La Cumbre. Llegando a la cima se encontró con un atasco de varios carros, cuyos conductores esperaban impacientemente a que los dejaran pasar. Descendió de su radio patrulla y remontó a pie la fila de vehículos hasta llegar al primero detenido frente al inamovible cabo Guamuch.

—¡Chepe! ¿Qué pasa aquí?

—Eh, buenas tardes, mi comisario —respondió el cabo con una expresión de fatiga, pero

haciendo un saludo militar con tal vehemencia que se arrancó el kepi de la cabeza, el cual salió volando a sus espaldas. Dos de los policías que lo acompañaban en el retén no pudieron contener la risa mientras el pobre Guamuch giraba sobre sus talones y se agachaba para recoger la gorra dejándole a Duarte, debido a una camisa encogida por las innumerables lavadas, una vista bastante desagradable de las nalgas—. Aquí cumpliendo sus órdenes.

—¡Ay, Chepe! —dijo el comisario a quien el espectáculo no le hacía ninguna gracia—. No me digas que estás aquí desde antenoche. ¡A mí hasta se me había olvidado que te había mandado para acá! Mirate los hombros, por favor. Esa barrita dorada que tenés en las hombreras significa que sos cabo y que estos cabrones que se están burlando de vos son tus subalternos. Cuando te dije que montarás un retén aquí no te quise decir que te quedarás vos aquí, sino que organizaras el retén y que se mantuviera hasta que yo lo ordenara. Bueno, ya da igual. Ya terminé allá abajo, levanten todo y váyanse a la comisaría.

El cabo saludó militarmente de nuevo y, mientras el comisario corría a su patrulla, alcanzó a ver de reojo que Guamuch recogía de nuevo el kepi. Los carros delante de él aún no habían terminado de pasar cuando se subió a la patrulla, así que puso la sirena y se metió en sentido opuesto para rebasarlos. Ni siquiera se molestó en responder al saludo de su leal subalterno cuando pasó a su lado y enfiló con dirección a Chepiltenango, la cabecera del departamento del mismo nombre al cual pertenecía Arretenango, y donde estaba la comisaría que tenía a su cargo.

Al llegar a la ciudad, se dirigió al hospital directamente y estacionó en la entrada de urgencias. Un técnico, al que se le ocurrió acercársele para decirle que no se podía estacionar allí, fue repelido con una mirada asesina. Corrió hasta la recepción de la emergencia y preguntó por el Linchado de Arretenango, nombre que le había dado el único periodista que continuaba interesándose en la historia. Un linchado más en Los Altos estaba lejos de ser un *scoop* periodístico y se había vuelto más bien una nota de relleno entre los muchos crímenes que se reportaban todos los días. La enfermera le indicó un número de habitación. Se fue a toda prisa buscando el número indicado. Cuando lo encontró, la puerta estaba abierta y dentro un doctor y dos enfermeras que discutían, no con el paciente, sino acerca de él.

—Perdone, pero no puede entrar —le dijo el galeno al ver la intención del comisario.

—¡Policía! ¡Quítese! —Acompañó la última palabra de un empujón sobre el médico que, tomado por sorpresa, fue a dar contra un ropero metálico que hizo un ruido de lata vieja a la que le dan una patada.

De debajo de las sábanas solo salía una cabeza que tenía tubos conectados a la nariz. Toda la cara estaba hinchada pero, en particular, el ojo izquierdo era apenas una pequeña línea de pestañas de color castaño claro, apenas perceptible en medio de una masa negra del tamaño de una naranja grande. Duarte sacó el pasaporte del bolsillo de la camisa y lo abrió en la página de la foto. A pesar del hematoma que cubría casi la mitad de la cara, la identificación era positiva.

—Charles Antoine Alain Dubois —leyó el comisario para sí mismo, pero en voz baja.

—Perdón, ¿cómo dijo?

El comisario se giró lentamente y dirigió su mirada asesina hacia la enfermera que se había

atrevido a interrogarlo. Se encontró con una mujer menuda de cara afable enfundada en un uniforme de enfermera rosa que sostenía en sus manos una tablilla con papeles y un bolígrafo, lista a tomar nota. En el pecho llevaba una placa plateada que en letras negras decía «Enfermera A. Jiménez».

—¿Y eso a usted qué le importa?

—¿Que qué me importa? —respondió la enfermera arqueando las cejas—. Este hombre es nuestro paciente y si usted fuera tan amable de darnos su nombre se lo agradeceríamos porque por el momento nos hemos estado refiriendo a él solo como Paciente X, lo cual es denigrante para él y confuso para nosotros porque tenemos otros desconocidos que se llaman igual.

El comisario pareció salir de un sueño. Miró a su alrededor como para recordarse de donde estaba y decidió que la petición de la enfermera, lejos de descabellada, era justificada. Sin pensarlo le tendió el pasaporte, el cual ella detuvo abierto con el gancho de su tablilla para poder anotar los datos.

—Si alguien se entera de quien es este antes de que salga por los canales oficiales, se va a poner feo el asunto, le advierto. —Se acercó a la cama y quitó la sábana de forma brusca del lado derecho para descubrir el brazo, pero este estaba cubierto en yeso desde el pecho hasta la punta de los dedos. Dio la vuelta alrededor de la cama pero el brazo izquierdo tenía una aguja insertada en la vena visible por el lado interior del codo. De un gesto brusco lo tomó, sacó un par de esposas de su bolsillo y esposó al pobre desgraciado a la cama.

—No, los fierros esos, no —protestó la enfermera—. Eso nos estorba cuando lo tenemos que mover, en especial si lo tenemos que transferir al quirófano o, cuando se despierte, para bañarlo.

—Este hombre es sospechoso de un asesinato...

—¿Y a dónde cree que se va a ir en ese estado?

—¡Me da igual! Es protocolo. De todas formas, ahorita le voy a mandar un escolta permanente que podrá soltarlo si lo necesitan —dijo Duarte mientras caminaba hacia la puerta.

—De acuerdo, señor agente...

—¡Comisario!

—Comisario, sargento, general, lo que sea —replicó la enfermera ignorando el tono amenazante—. ¿No sabrá usted por casualidad a quién podemos contactar en caso de necesidad?

Duarte odiaba cuando alguien se hacía el listo. Se tragó el insulto que le había subido a la boca, sacó una tarjeta de visita y se la dio. Aprovechó el gesto para arrebatarse el pasaporte de las manos a la enfermera.

—Mucho gusto, comisario Édgar Augusto Duarte Pereira —leyó la enfermera—. Yo soy Amparo Jiménez, jefa de turno de enfermería de la unidad de cuidados intensivos del hospital. Y este —señaló con el pulgar al hombre que aún estaba recostado en el ropero sobre el cual lo había

empujado el policía— es el doctor Batres Quiroga, que está a cargo de su cliente.

—¿Va a morirse? —preguntó el comisario luego de una corta pausa, aparentemente dirigiéndose al médico, pero con la vista puesta en el hombre en la cama.

—Eh... No, no me dio tan duro, no tenga pena —respondió el médico. Lentamente el comisario giró la cabeza para echarle una mirada de incredulidad al mismo tiempo que la enfermera se golpeó la frente con una mano negando con la cabeza—. Ah, ¿el paciente? No, tampoco. Antenoche cuando llegó sí creíamos que se nos iba porque las lesiones que tiene son serias, sobre todo en la cabeza, pero ha mejorado bastante. Sin embargo, como puede ver, sigue inconsciente. Pero un país donante nos financió un sistema de diagnóstico remoto y un destacado neurólogo de la capital...

—¿Cuánto tiempo va a estar así? Necesito hablar con él.

—Difícil de... Eh... No sabría decirle. Por el momento está inconsciente y mejor que así se quede porque el dolor sería... En fin, no sé decirle. Pueden ser horas, días o semanas.

El comisario echó una vista muy rápida al médico, solo lo suficiente para memorizar sus facciones, y sin despedirse salió de la habitación, no sin antes exigir que se le informara de cualquier cambio en el estado del hombre. Ya en el corredor y caminando a grandes zancadas llamó al cabo Guamuch por la radio y le ordenó que organizara una guardia de veinticuatro horas a la puerta de la habitación del linchado. Llegó al estacionamiento, se subió a su carro y salió de allí con la sirena aullando.



La identificación positiva dio mucho que pensar a Duarte. Por un lado, luego de varios años trabajando en una región donde el turismo era una de las principales fuentes de ingreso de la población, sabía muy bien que los crímenes contra extranjeros retenían particularmente la atención de la jerarquía institucional de la Policía y de los altos mandos políticos; por otro lado, entreveía la oportunidad de carrera que esperaba después de años a la deriva saltando de comisaría en comisaría de la provincia, alejado de la todopoderosa capital. Por primera vez en mucho tiempo todas las piezas parecían estar en el lugar correcto.

Llegó a las oficinas del Ministerio de Gobernación en la capital alteña casi a las seis de la tarde e inmediatamente pidió hablar con Cecilia Pereira su prima, que era secretaria del viceministro que estaba a cargo de la seguridad ciudadana.

—Édgar, ¿y ese milagro? De suerte me encontraste porque ya iba de salida.

Cecilia era una mujer bonita en la segunda mitad de la tercera década de su vida que había llegado al puesto de secretaria del viceministro gracias a su entusiasta participación en la campaña electoral que había llevado a la presidencia al actual mandatario hacía ya nueve años. Había logrado perpetuarse en el puesto por medio de servicios prestados a los diferentes jefes que se habían sucedido en el alto cargo, servicios en los cuales los dos años de gimnasta que había hecho en su juventud le habían sido muy útiles.

—Necesito ver a tu patrón —le respondió el comisario sin siquiera saludar.

—Ay, Édgar, Rember... Eh... El licenciado está muy ocupado ahorita, no creo que tenga tiempo.

—Decile que yo estoy llevando la investigación de la muchacha de Arretenango y que tengo información que puede ser de mucho interés para él, pero que se la tengo que transmitir inmediatamente y en persona.

Conociendo la reputación de su primo, Cecilia se dio cuenta de que no valía la pena discutir. Lo guio al patio interior del palacio colonial que ocupaba el ministerio, el cual atravesaron hasta una de las esquinas opuestas a la entrada principal; subieron dos pisos de escaleras y entraron en la oficina del viceministro. Esta era una *suite* con un despacho pequeño a la entrada donde trabajaba Cecilia, el cual estaba conectado con el del viceministro por una preciosa puerta doble de caoba labrada a mano.

La secretaria del viceministro invitó a Duarte a sentarse en un sillón a esperar y ella desapareció detrás de la puerta de madera doble. Un cuarto de hora más tarde salió de la oficina limpiándose la boca con una servilleta.

—Entrá, me debés una —dijo dirigiéndole una mirada traviesa a su primo con una sonrisa, la cual desapareció cuando vio la mirada desaprobadora de Duarte. Al atravesar el umbral de la puerta, el licenciado Remberto Cabral estaba todavía metiéndose la camisa dentro del pantalón.

—Buenas tardes, comisario —le dijo el viceministro con una sonrisa de satisfacción y la respiración ligeramente agitada—. Entre, entre. Me dice la Ceci que tiene información que compartir conmigo, que no puede esperar. Siéntese y cuénteme.

El comisario no se sentó. Respondió con un seco «buenas», cerró la puerta, atravesó la oficina de un paso firme y se puso de pie al lado de la silla que Cabral le había indicado. Sacó del bolsillo de su camisa el pasaporte y lo puso sobre el escritorio.

—¿Y esto? —preguntó el ministro con asombro al mismo tiempo que inspeccionaba el documento.

—Es el pasaporte del fulano que lincharon en Arretenango el miércoles pasado.

—¡Puuuta, no puede ser! —dijo poniendo el pasaporte de nuevo en la mesa y echándose atrás en la silla tomándose la cabeza con las manos, como si el pasaporte estuviera infectado de alguna enfermedad contagiosa—. ¡La misma mierda otra vez! ¡Y en menos de un mes!

El ministro hablaba de un pobre hombre norteamericano que había sido golpeado y quemado vivo en un pueblo en otra región del país acusado de secuestrar a un niño, mismo que había aparecido horas después luego de ir con su padre a pescar sin decirle nada a la madre. Era ella quien había dado la voz de alarma. El hecho se había convertido en un incidente diplomático que no se había calmado aún, pues nadie había sido detenido por el asesinato del turista. Se levantó del escritorio y se acercó a la ventana, desde donde veía cómo las luces de la ciudad comenzaban a encenderse y la sinfonía de la hora pico estaba en lo más alto de su diario concierto.

Cabral era uno de aquellos funcionarios del Gobierno descontentos por la designación arbitraria del candidato oficial por parte del presidente. Con un grupo de amigos y aliados había entonces iniciado el trámite para fundar su propio partido político y del que se aprestaba a proclamarse candidato presidencial. La noticia se había filtrado a los medios en los días que habían seguido al lío por el norteamericano y todo parecía apuntar a que el presidente, furioso por la traición, solo esperaba el buen momento para hacer rodar su cabeza. Perder la fuente de financiamiento que era el Ministerio de Gobernación era algo que el viceministro/candidato no podía permitirse, al menos no tan temprano en la campaña. Su meditación fue interrumpida por el comisario que se aclaró la garganta a sus espaldas.

—Respetuosamente me permito diferir con su opinión, señor viceministro. No es, por citar lo a usted, «la misma mierda». Es más, la situación es, en mi opinión, bastante diferente.

—¿Cómo así?

—Todo el problema con el gringo el mes pasado fue que no hubo muerto. Pero en el caso de Arretenango, señor ministro, sí. Y créame, yo examiné el cadáver y lo que el asesino le hizo a esa muchacha no tiene nombre; y fíjese que quien se lo dice ha visto ya bastantes en más de treinta años de carrera en la Policía.

Cabral volvió la vista de nuevo a la ventana y al cabo de unos segundos comenzó a asentir con la cabeza para sí mismo. Una ligera sonrisa comenzó a dibujarse en su boca a medida que una estrategia comenzaba a tomar forma en su mente. Siendo tan bueno o mejor que el comisario para evaluar a las personas en segundos luego de conocerlas, entendió que el policía que tenía enfrente era diferente de tantos otros que había encontrado en el tiempo que había ocupado el puesto, que tenía algo en la cabeza y que había tenido más tiempo que él para pensar en la situación. Decidió entonces explorar qué le proponía.

—¿Alguien más está al tanto? De que el fulano es francés —aclaró Cabral al ver la mirada confundida del comisario.

—No, licenciado. Nomás salir del hospital de cotejar la identidad de la víctima del linchamiento con el pasaporte, me vine directo a verlo a usted, sin parar siquiera a orinar. Aunque he de decirle que algunos testigos de Arretenango lo sospechan, así que tenemos que movernos rápido porque el chisme no va a tardar en llegar a la prensa. Además, tuve que darle el nombre al personal del hospital por si necesitan algo... o por si se muere el fulano, pero ellos están limitados por la confidencialidad para con el paciente.

—Tiene razón. Dígame, eh...

—Comisario Édgar Augusto Duarte Fernández, a sus órdenes —completó dándose cuenta de que el viceministro intentaba acordarse de un nombre que aún no le había dado. Al mismo tiempo, le ofreció una de sus tarjetas de visita.

—Eso, dígame, don Édgar, ¿y usted qué propone?

—Que creo que se vería muy bien que este hombre pagara por su crimen durante su gestión.

—Pero usted sabe que los procesos judiciales en este país duran años.

—Así es, licenciado, pero si el hombre confesara, tendría usted al culpable de inmediato, a tiempo para las elecciones.

—Si confesara. —El viceministro dobló el índice y el medio de ambas manos para indicar las comillas de la citación.

—De eso me encargo yo.

—¡Ja! ¿Se encarga usted? ¿Y cómo lo va a convencer de aceptar un crimen que conlleva la pena de muerte en este país?

—¿Está usted seguro de que quiere saber?

Cabral alzó una ceja ante la osadía de la respuesta del comisario. Su oferta era tentadora y sabía que conseguir la condena de un extranjero que había cometido un crimen horroroso en el país le daría una imagen de duro contra la delincuencia, algo que la población buscaba con desesperación. Y una confesión era casi tan buena como la condena; pues, siendo abogado, sabía que sería muy difícil encontrar un juez en el país que exonerara a un reo confeso de un crimen. Solo quedaba una cosa por indagar antes de aceptar el trato.

—Y usted, don Édgar, ¿qué gana en todo esto?

Duarte había pensado en esta respuesta durante todo el viaje desde Chepiltenango, sin embargo, la respuesta tardaba en salir. El ministro entonces respondió a su propia pregunta:

—¿Mi puesto actual si ganamos las elecciones? Si es eso, le voy a quedar mal porque...

—No licenciado, a mí no me interesa ser ni viceministro, ni ministro, ni diputado ni nada por el estilo. —Finalmente el comisario se sentó en la silla que lo esperaba desde que había llegado. Cabral se sentó de medio lado en la mesa del escritorio.

—¿¡No!?! Uy, comisario. Yo que pensaba que era usted listo. Creo que es la primera persona que se sienta en esa silla desde que mi candidatura se filtró que no me pide un ministerio si gano.

—No es que sea burro —respondió con indignación Duarte—, lo que no soy es político que, con todo respeto, viene a ser lo mismo. Yo soy un oficial de policía de carrera, pero mi progresión quedó bloqueada desde que salió ese maldito informe de la guerra...

—¡Acabáramos! —exclamó Cabral olvidándose de la indignación de haber sido llamado burro por la sorpresa de descubrir a quien tenía enfrente—. ¡Bien decía yo que su nombre me sonaba! ¿Usted es el del informe? Si lo que dice ese informe sobre usted es cierto, entonces ese cabrón seguro que confiesa que mató a la muchacha, que es bailarín de balé o le que sea que a usted se le antoje que diga. Veamos entonces: si usted no es político y es policía de carrera, se me hace entonces que el puesto indicado podría ser director de la Policía Nacional. —Duarte no respondió, pero la mirada de satisfacción que le dirigió al ministro lo dijo todo. Este le tendió la mano, que el comisario estrechó efusivamente al mismo tiempo que se puso de pie.

A Remberto Cabral no le decían «licenciado» por nada. El hombre era abogado de profesión y no de los peores. En sus primeros años de ejercicio había subido progresivamente hasta llegar a trabajar en algunos de los gabinetes jurídicos más importantes del país. Más de algún funcionario corrupto de la época le debía el hecho de poder disfrutar de una jubilación dorada con el fruto de los negocios turbios que habían logrado guardar, ya fuera porque el joven abogado había logrado exonerarlos en los tribunales o porque había conseguido que se llevaran multas ridículas como penas, las raras veces que salían condenados.

Ser testigo privilegiado de las cantidades faraónicas de dinero que aquellos clientes se hacían lo había atraído al negocio de la política. Por ello se había lanzado al ruedo aun siendo joven y había logrado hacerse elegir al congreso de la república. Allí había vivido por diez años saltando de un partido al otro, buscando siempre conseguir más y más poder y, por consecuencia, acceso a negocios cada vez más lucrativos. Cuando su segundo período legislativo tocaba a su fin, se había incorporado al partido del actual presidente logrando su elección a un tercer mandato legislativo, pero el nuevo mandatario le había ofrecido otros puestos en la rama ejecutiva del Estado donde poco a poco había escalado hasta llegar al puesto de viceministro.

Convencido de que después de diez años de leal servicio al presidente le tocaba a él ser el próximo candidato a ese cargo, su decepción fue mayúscula cuando el dedo del mandatario señaló al ministro de Obras Públicas. Siguiendo el ejemplo de otros alto miembros del Gobierno decepcionados, había lanzado la iniciativa para fundar su propio partido político y buscar la presidencia.

En aquel momento preciso tenía que asegurarse de que todo lo que se hiciera alrededor del francés fuera legalmente sin fallo. Por un momento volvió a su pasado de catedrático de Derecho y comenzó una cátedra de Derecho Penal Constitucional que el comisario absorbió no sin cierta indignación, pues se preguntaba cómo un político iba a venir a enseñarle su trabajo. La aceptó en silencio, con paciencia, entendiendo que el momento exigía quedar bien con quien podría ser su camino hacia su sueño máspreciado.

El viceministro explicó entonces que la Constitución de Los Altos había sido escrita por un montón de gente que salía aterrorizada de la guerra civil. Por ello le habían puesto a la policía una serie de barreras que hacían su trabajo complicado. La primera era la obligación de presentar a un sospechoso ante los tribunales en no más de seis horas siguiendo su arresto; y la segunda, al tratarse de extranjeros, era la obligación de asegurarse de que el consulado correspondiente fuera notificado en las veinticuatro horas que seguían a la detención.

El arresto era un acto muy bien enmarcado también. Los policías tenían que identificarse plenamente, comunicarle al interesado que estaba bajo arresto y anunciarle una serie de derechos constitucionales. El viceministro no pudo contener la risa cuando le explicó al comisario que durante los debates de la constituyente un colega había llevado una televisión y mostrado un vídeo de una serie norteamericana donde los policías hacían exactamente aquello. Además, el oficial que hacía el arresto tenía que hacer un parte que indicaba la hora precisa del mismo a partir de la cual comenzaban a contar las seis horas para la consignación.

—Esas horas van a ser críticas para que usted consiga la confesión —le dijo Cabral al comisario—. Después usted va a tener que llevarlo al juez para consignarlo. Una vez consignado,

la judicatura se va a encargar de informar oficialmente al consulado y al Ministerio Público. Ah, y hasta a la Defensa Pública en caso de que el acusado no logre conseguir su propio abogado... O sea, si esas seis horas no se respetan, se nos caería todo.

—Entendido, señor viceministro —respondió Duarte con una cara larga de aburrimiento.

—¿El hombre ya está arrestado?

—No, porque no le hemos podido hablar todavía. No se le pudieron leer sus derechos ni llenarle un parte de arresto. Realmente antenoche, no lo detuvimos, sino que lo rescatamos. Desde entonces está inconsciente en el hospital.

—Perfecto —respondió el viceministro e, inmediatamente, puso cara de alarma—. ¿Y si se muere?

—El médico que lo está tratando me aseguró que no será el caso.

—¿Y la prensa?

—No ha salido nada. Ya solo anda un muchacho por allí siguiendo la noticia, pero es un practicante al que todavía le falta diente.

El silencio se instaló entre los dos hombres. El comisario entendió que la entrevista se había acabado y que era el momento de ponerse manos a la obra. Tendió la mano al viceministro excusándose con que tenía muchísimo trabajo que hacer.

—Sí, como no, comisario —respondió Cabral estrechándole la mano—. ¿Qué digo comisario? ¡Señor director! —le dijo guiñándole un ojo—. Váyase de volada de regreso al hospital que, cuando ese hombre se despierte, usted tiene que ser la primera y única persona a la que él le hable hasta que haya confesado, me oye, eso es importante. El comisario asintió, dio media vuelta y salió a paso veloz por la puerta. Poco más de dos horas después, estaba sentado al lado de la cama del Linchado de Arretenango en el hospital.

Capítulo V

Pesadillas

Hacía dos días que el comisario Duarte Pereira estaba sentado al lado de la cama del Linchado de Arretenango en el hospital. Aburrido y con dolor de nalgas, había leído ya al menos cuatro veces cada periódico de los dos días anteriores, los cuales empezaban a acumularse en el suelo. Comenzaba hasta a sentirse culpable, pues ni cuando su madre yacía en el hospital en su lecho de muerte había velado tanto. Apartó la vista del periódico de turno y la dirigió hacia el pobre infeliz que estaba acostado en aquella cama.

El hombre no se había ni movido en los dos días de vela del comisario. Los médicos le dijeron que estaba en un estado de coma y que solo Dios sabía si iba a volver o no. La única excepción era el doctor Batres Quiroga, quien insistía en que todo era cuestión de paciencia, pero las enfermeras y los otros galenos lo veían con el aire de benevolencia que se les dirige a los ancianos que cuentan historias de espantos convencidos de su veracidad. El personal del hospital invitaba al comisario con amabilidad a que se fuera a continuar con su vida y le decía que lo llamarían si había un cambio, pero el abnegado policía rehusaba a moverse. La misión era tan importante que ni siquiera se había atrevido a delegarla en el siempre confiable pero atolondrado cabo Guamuch.

Poco sabían los bienintencionados médicos y enfermeras de la importancia de lo que se jugaba el policía tanto en lo personal como para el país. Apenas tres horas después que el comisario había vuelto de la capital, Cecilia había aparecido por el hospital echando pestes por el viaje nocturno que su patrón la había obligado a hacer. Le entregó una bolsa plástica negra, se dio media vuelta y se fue echando trinos por donde había llegado. Dentro de la bolsa había un teléfono celular y una nota garabateada que le costó descifrar: «Noticias dos veces al día por texto al número en memoria». De inmediato escribió un mensaje al único número que tenía en memoria el aparato: «Paquete recibido. Cliente sin reacción, todo igual». Había repetido la misteriosa operación en la mañana y en la tarde de cada uno de los dos días que llevaba allí sin recibir respuesta.

No se dio cuenta de cuándo se durmió, pero se despertó de un brinco que le hizo caerse de la silla dándose un buen porrazo en el ropero hacia el cual había aventado al doctor en su primera visita. Eran cerca de las cuatro de la mañana del tercer día de espera y lo había despertado una pesadilla.... La pesadilla. Ese maldito sueño que lo perseguía desde hacía muchos años, más de los que lograba contar. Se levantó sobándose la cabeza y despidió de un gesto brusco a la enfermera, que llegó corriendo para ver qué era todo el alboroto. Como solía hacer siempre que la pesadilla lo despertaba, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla, sacó una petaca metálica que siempre andaba por allí y se echó un trago. Una vez que el

aguardiente barato pasó por la garganta, sintió una montada de calor que le hizo imperioso buscar aire fresco, así que salió del cuarto y caminó hacia una puerta de vidrio que estaba al fondo del corredor que daba a una terraza bordeada de una balaustrada de concreto desde la cual se podía bajar a la calle por unas gradas.

El comisario se sentó en la balaustrada con un pie en el aire y el otro en la terraza. Desde allí apreciaba la calle, que a esa hora estaba desierta, hasta donde dejaba ver la limitada iluminación anaranjada proveída por unos cuantos postes de alumbrado. Encendió un cigarrillo y le dio otro beso a su petaca, como si esperara que la combinación de alcohol y tabaco fuera a calmar los ecos de los gritos que retumbaban todavía en su cabeza. Sin embargo, él sabía que cada vez que la pesadilla lo despertaba, aquel remedio funcionaba solo a medias porque aquellos gritos no eran producto de una fantasía ni de una copiosa cena, sino que venían de un lugar más siniestro de su ser: de su memoria, se decía a sí mismo; de su conciencia, habría dicho el que gritaba.

Era un ritual bien practicado: los gritos en la pesadilla lo despertaban agitado y sudoroso, se echaba uno o dos tragos, se fumaba uno o dos cigarrillos y mientras esperaba a que el sueño regresara, que en todos los años de tener la misma pesadilla nunca había pasado, venía a su mente la película de cuando, aquella noche de noviembre de su primer año de servicio en una comisaría en el oriente del país, una camioneta blanca se detuvo frente a la puerta hacia la una y media de la mañana. Cuatro hombres se bajaron ayudando, o más bien cargando, a un quinto. Entraron y uno de ellos gritó:

—Méndez, ya vinimos, aquí está el cliente.

Duarte estaba sentado en la mesita de madera que servía de escritorio frente a la máquina de escribir aprovechando que tenía unos reportes que llenar para practicar mecanografía. En tanto que novicio, le tocaban los turnos de noche y para que, según los agentes de más edad, no se aburriera le dejaban toda la papelería mientras ellos se iban a dormir con órdenes de que todo debía estar completo cuando se levantaran por la mañana.

—¿Y Méndez dónde está? —le dijo en un tono áspero el hombre que había gritado—. Es más, ¿y vos quién sos?

Antes de que el joven policía atinara a responder, Méndez apreció tambaleándose en la salida de una celda, con los ojos pegajosos y apestando a ron de tercera.

—¡Ah la puta, Godínez! Vos sí que la chingás. ¡Dejá dormir, hombre!

—Pero si te dije que teníamos redada hoy en la noche y que te traíamos un cliente —respondió el gritón—. ¿Tenés lista la barbería?

—¡Ah puta, es cierto! Sí, sí, ya preparamos todo. Pasen adelante, donde vos ya sabés.

Godínez le hizo una seña de la cabeza a sus compañeros, quienes arrastraron al otro tipo hasta una puerta en el fondo de la comisaría. Cuando pasaron cerca de Duarte, este remarcó que el hombre al que cargaban tenía la cara ensangrentada, no llevaba camisa y le faltaba un zapato. La sangre le escurría de la cabeza al pecho y goteaba sobre el suelo de la comisaría. Del cuello le colgaba una cruz de oro macizo, una joya preciosa que se veía que era fina y cara. El muchacho

parecía joven, no mayor que él.

Al mismo tiempo que Godínez y sus hombres entraban al desconocido a la barbería, Méndez empezó a cerrar todas las ventanas y terminó por cerrar la puerta con llave poniendo además la pesada tranca de madera entre los soportes a cada lado de la puerta. Godínez y sus hombres salieron por la puerta y el jefe se acercó al refrigerador, lo abrió sin molestarse en pedir permiso y sacó un *six-pack* de cervezas. Empezó a distribuir las una a una aventándolas por el aire a cada uno de los presentes. Al futuro comisario se le escapó la suya, que fue a dar a la pared y explotó salpicándole todo el uniforme de líquido dorado. Los otros soltaron una carcajada.

—Vos Méndez, ¿quién es el patojo? —preguntó Godínez señalando con la cabeza al joven agente, que se afanaba en sacudirse el uniforme.

—Es un nuevo, fijate. Se llama Duarte. Llegó aquí apenas la semana pasada.

—¿Y es de fiar? —El tono era de desconfianza.

—«Pos» le interesa ser, ¿no? Ya vio demasiado y las reglas aquí son claras, una vez dentro o te alineás o... —Méndez no terminó la frase, sino que dirigió una mirada a Godínez, quien la completó con un gesto de rebanarse la garganta con el dedo pulgar. Duarte entendió: su vida acababa de dar un brusco giro inesperado: por el simple hecho de estar allí en aquel momento, haciendo su trabajo, había terminado enrolado en una empresa que no entendía, pero en la que tendría que aprender rápido. La primera lección era que su futuro, cualquiera que fuera, dependería de su silencio. La segunda era que tendría que seguir órdenes y que tendría que aprender a reconocer de quién tomarlas. Claramente, en aquel momento, el patrón era Godínez, fuera quien fuera, y no el jefe de turno.

Méndez y los cuatro «invitados» se echaron tres rondas de cerveza en menos de quince minutos. Con ganas de empezar la cuarta, Godínez abrió el refrigerador solo para encontrarse con unas botellas de leche y unas salchichas viejas.

—¡Patojo! —gritó Godínez al joven agente Duarte—. Como veo que vos estás todavía en la primera, o más bien en lo que te quedó de la primera —los otros cuatro soltaron una carcajada—, te toca a ir a comprar más. Andate de volada y traete no menos de cuatro *six-pack* que aquí tenemos sed.

El futuro comisario comenzó un ademán para pedirle el dinero pero Méndez, detrás de Godínez, le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera de inmediato. Duarte entendió: era él quien invitaba. Quitó la tranca y se fue para la tienda que quedaba a dos cuadras de la comisaría. Se fue despacio porque iba contando el dinero que llevaba en el bolsillo del pantalón para ver si le alcanzaba. Al cabo de unos veinte minutos el joven agente estaba de vuelta en la comisaría con los cuatro paquetes de cerveza en los brazos que le había fiado al dueño de la tienda, al que había despertado a porrazos en la puerta para que le despachara.

La puerta de la comisaría estaba cerrada, así que tuvo que poner las latas en el suelo para quitar llave. Sin pensar, recogió las latas antes de abrir y se encontró de nuevo con la vieja tabla frente a sus narices. Exasperado, le dio una patada que hizo que se azotara contra la pared de detrás. El ruido del portazo no pudo ocultar un grito terrible que se escapaba del fondo de la

comisaría y que le puso el cuero de gallina. Era un grito de agonía, de dolor intenso, de esos que se graban en la memoria, en el corazón, en los huesos, y que por ello no se olvidan y muchos años después todavía despiertan al que los escuchó con pesadillas. El grito se calló casi instantáneamente después del portazo y ni dos segundos después salió Méndez del cuarto con la pistola en la mano ensangrentada.

—¡Por la gran puta, Duarte! Qué susto el que nos diste —le dijo—. Meté las chelas al «refri» y trancá la puerta otra vez. Después te sentás en algún rincón y te hacés chiquitito, chiquitito, que allí adentro estamos ocupados. ¿Entendiste?

Duarte se sentó de nuevo al escritorio delante de los papeles que estaba llenando antes de la irrupción de Godínez y su banda e hizo semblante de seguirlos llenando, pero le era imposible concentrarse. Los gritos siguieron ininterrumpidamente durante más o menos una hora. Cuando el pobre infeliz finalmente se calló, salieron dos de los verdugos riendo, uno de ellos llevaba una cubeta en la mano.

—¡Estos pinches subversivos ya no aguantan nada! —le decía uno al otro.

—Sí vos —respondió el otro mientras llenaba la cubeta de agua en el lavadero—. Sobre todo estos intelectualitos de mierda que son muy machos para escribir y hablar pendejadas, pero que a la hora de los vergazos solo para chillar sirven.

—¡Pero bien que cantó dos nombres!

—¡Bah! Con el tratamiento que les aplica el patrón hasta ópera cantan.

Ambos rieron del chiste cruel. Asumiendo que Duarte había vuelto con el mandado, pero sin siquiera buscarlo con la vista, el otro se fue derecho al refrigerador a sacar uno de los *six-pack* y ambos entraron de nuevo al cuarto cerrando la puerta detrás de ellos. Se oyó entonces el ruido del agua estrellarse contra algo y unos pocos segundos después los gritos comenzaron de nuevo, pero ya no eran los mismos que antes. Eran débiles, cansados, en los que se podía oír cómo el alma dejaba poco a poco al cuerpo. El pobre muchacho no aguantó ni quince minutos antes de volver a callarse.

¡Bang!

El disparo resonó en la vieja casa dejando en los oídos de Duarte un zumbido que se silenciaba poco a poco, como si fuera el quejido del alma que se perdía en la distancia conforme se alejaba del cuerpo que finalmente había dejado atrás.

Duarte no podía recordar si habían sido segundos, minutos u horas los que pasaron entre el balazo y el momento en el que salieron de la barbería Godínez y Méndez seguidos de los otros tres, que cargaban entre ellos un bulto de plástico negro más largo que ancho y que se veía pesado. Una mano, que iba dejando un rastro de gotas de sangre, asomaba del paquete. Godínez llevaba la misma expresión de hierro con la que había llegado. La preciosa cruz de oro del muchacho colgaba de una de sus manos y en la otra llevaba un estuche negro. Méndez, en cambio, se veía más agitado y pálido; le pareció a Duarte, que ya entonces leía las expresiones de las caras como un libro abierto, que el jefe de turno estaba sinceramente afectado, pero que hacía un esfuerzo

enorme por que no se notara.

—Abrí la puerta, vos —espetó uno de los cargadores sacando a Duarte de su pasmo. Parpadeó estúpidamente varias veces, se levantó, dio dos pasos hacia la puerta, luego se volvió sobre sus pasos para buscar la llave y finalmente fue a abrir. Los otros se rieron, pero no pasó desapercibido el hecho de que no habían tenido que repetir la orden. El patojo era duro.

Mientras los tres asistentes se llevaban el bulto a la camioneta, Godínez se fue al lavadero y se puso a lavar la cruz con jabón para trastos y la esponja que los policías usaban para limpiar sus tazas para el café. Luego abrió el estuche, sacó una serie de ganchos, escalpelos, ganzúas y otros objetos metálicos y se puso a lavarlos con el mismo esmero con el que había lavado la cruz. Después, se lavó las manos teniendo especial cuidado de restregarse bien las uñas con el cepillo de dientes de Duarte. Un agua teñida de escarlata iba cayendo a medida que limpiaba todo. Cuando hubo terminado, secó el todo con la manta de secar trastos, se puso la cadena con la cruz al cuello, puso todos los instrumentos de «barbero» en el estuche y metió este en una gaveta del escritorio de la comisaría que cerró bajo llave. Finalmente, se dirigió a Duarte:

—Bueno, Durán, hoy ya terminamos aquí. La próxima vez entrás a la sesión para que empecés a hacer tus primeros ejercicios prácticos de barbero. Hoy solo te toca limpiar. —Y dirigiéndose a Méndez—: Nos vamos. Te encargás de que el patojo haga bien el oficio allí adentro, ya sabés cómo. Con lejía y ácido si hace falta. El acarreador se dirigió a la puerta, no sin antes parar por el refrigerador para agarrar otro *six-pack*.

Al cabo de unos años, Méndez desapareció sin decirle nada a nadie. Algunos decían que se había ido de mojado al norte, otros que había enojado a Godínez y que había pagado las consecuencias, pero lo cierto fue que nadie supo qué le había pasado. Duarte heredó entonces el puesto de jefe de turno con todas las atribuciones que iban con él, las oficiales y las oficiosas. Dos o tres veces al mes, llegaba Godínez a golpear la puerta de la comisaría en medio de la noche con nuevos clientes para la barbería. Algunos llegaban con listas de preguntas que hacerle; otros, con fotos de gente que tenía que identificar; otros, simplemente recibían el tratamiento como castigo o venganza. Unos cuantos salían vivos y se les veía luego en los noticieros como testigos mediáticos en los juicios contra algún enemigo del régimen, pero la inmensa mayoría salían de la comisaría como bultos de plástico negro.



Como siempre, cuando la pesadilla lo despertaba, el comisario se quedó pensativo. Recostado en la balastrada del hospital se preguntaba por qué ningún otro cliente de la barbería lo hubiera marcado tanto como aquel primer muchacho. Por puro reflejo se llevó la mano al pecho y agarró la pesada cruz de oro que llevaba colgada al cuello debajo de la camisa y siguió rememorando.

Las noches pasadas trabajando y libando juntos habían hecho que una cierta camaradería se instalara entre Godínez y Duarte, aunque nunca hubieran ni tan siquiera intercambiado nombres de pila. Luego hubo un mes inusualmente tranquilo en la barbería hasta que una noche llegaron a aporrear la puerta. Cuando el jefe de turno llegó a la sala de la comisaría, lo esperaban, como era habitual, cuatro acarreadores, pero esta vez no los reconoció. Uno estaba al frente de la comitiva,

dos sostenían por las axilas al infeliz acarreado, que llevaba una capucha negra sobre la cabeza, y el cuarto cerraba el grupo con las manos en los bolsillos. Duarte puso instintivamente la mano en su arma de servicio.

—¿Quién carajo sos vos?

—Fuentes.

—¿Fuentes? Mucho gusto —replicó con un tono irónico—. Repito, ¿Quién putas sos? Y es la última vez que te pregunto yo. A la próxima te pregunta mi amiguita esta —levantó el arma y la apuntó a la cara del desconocido—, pero el problema es que normalmente la gente ya no contesta después de que ella hace las preguntas.

—El remplazo de Godínez —respondió Fuentes al mismo tiempo que retenía la muñeca del cuarto hombre que se había adelantado y había desenfundado un arma también.

—¡Pruébelo! —bramó el jefe de turno.

Fuentes sonrió sin mostrar los dientes y se volvió hacia la víctima de turno. Le arrancó la capucha de la cabeza de un tirón y Duarte reconoció debajo de los flujos de sangre seca que la cubrían la maltrecha cara de Godínez. Inmediatamente su instinto de supervivencia se puso en marcha: seguir órdenes y reconocer a quien tenía el derecho de darlas; claramente Fuentes era el nuevo patrón y había que obedecer. Enfundó su arma y les hizo una seña para que lo siguieran hacia el cuarto del fondo.

—¿Preguntas que hacerle? —le dijo Duarte a Fuentes mientras giraba la llave en la cerradura del cuarto.

—No.

—¿Fotos que identificar?

—Tampoco.

—¿Qué hizo entonces para que le tocara?

—¿En serio querés saber?

Duarte entendió que en aquel caso la ignorancia era lo mejor, así que se limitó a cumplir con el deber sin preguntar más. Después de la sesión los cinco acarreadores se retiraron con su paquete envuelto en plástico negro como era costumbre. Al levantarlo no se percataron de la cruz de oro, que había caído al suelo, y que el jefe de turno se apresuró a recoger. La revolvió con los utensilios de trabajo junto con los que la lavó exactamente como Godínez había hecho unos años antes. Una semana más tarde recibió un oficio con una promoción a subcomisario y una transferencia hacia la comisaría central del departamento. Un reconocimiento al deber cumplido, a su seguimiento riguroso de las órdenes y a su capacidad para mantener la boca cerrada.

Ni siquiera las súplicas del mal encarado exbarbero caído en desgracia le habían marcado

tanto como las de aquel muchacho, cuya tortura ni siquiera había llegado a presenciar. ¿Sería quizá porque fue el primero? ¿O tal vez porque años más tarde, durante una manifestación de madres que habían perdido hijos durante la represión, una mujer le puso en plena nariz una pancarta con la foto de un joven que llevaba una cruz de oro en el pecho? Duarte no reconoció la cara, pero sí la joya. Poco se podía imaginar la desesperada madre que el regalo de primera comunión de su hijo estaba allí, a escaso medio metro, dentro de la camisa del oficial de policía que le bloqueaba el paso con una macana.

Nunca había logrado deshacerse de la cruz. Cuando la había recuperado había pensado en lo que podría comprarse con el dinero que conseguiría vendiéndola pero, por alguna razón, nunca lo había hecho y eso a pesar de haber pasado por tiempos duros. No era que la cruz le gustara, al contrario, le repugnaba, pero por alguna razón sentía que la necesitaba, que estaba obligado a llevarla. Era quizás el remordimiento que se había materializado en cruz, la cruz que le correspondía a él llevar. Sentirlo le reconfortaba: «No soy ningún monstruo —se dijo—, soy un profesional».

—Su amigo se está despertando. —Duarte, sobresaltado, giró la cabeza y soltó la cruz, como el niño que acaba de ser sorprendido en plena travesura. La voz que había interrumpido su meditación venía de la cabeza de la enfermera Jiménez que se asomaba por la puerta del balcón. Tiró la colilla del tercer cigarrillo hacia la calle sin siquiera fijarse si debajo había alguien que pudiera resultar quemado y caminó deprisa siguiendo a la enfermera de vuelta a la habitación donde yacía el sospechoso.

Capítulo VI

Alta hospitalaria

En efecto, el pobre hombre movía débilmente bajo las sábanas las pocas partes de su cuerpo que no estaban inmobilizadas y emitía algunos gruñidos y quejidos. Las esposas que el comisario le había puesto un par de días atrás hacían un ruido de campanillas al chocar con el metal de la cama a donde estaban encadenadas. Más que estarse despertando, parecía que estuviera durmiendo y teniendo una pesadilla. El comisario se acercó a la cama y le dio una palmada vigorosa sobre una de las enyesadas piernas, a lo cual el muchacho reaccionó con un gemido más fuerte que los anteriores, pero sin abrir los ojos.

—Un doctor —le dijo a la enfermera que se había quedado de hielo con los ojos desorbitados viendo lo que acababa de hacer.

—¿¡No está usted bien de la cabeza!?! No se da cuenta de que...

—Un doctor —la interrumpió sin siquiera volver a verla—. ¡Ya!

La enfermera, escandalizada por las maneras de Duarte, salió del cuarto casi corriendo y mascullando «¿pero qué se cree este?» y otras cosas que el comisario ya no logró escuchar, aunque tampoco le interesaban. Dos minutos después regresó seguida a la distancia del doctor Batres Quiroga quien, a pesar de ser una cabeza más alto que ella, tenía que trotar para seguirle el paso. El médico se aproximó a la cama donde yacía, de nuevo inerte, el pobre infeliz y lo auscultó.

—¿No se estaba despertando? —le dijo extrañado a la enfermera y, antes de que esta respondiera, le abrió un párpado al paciente y le alumbró el ojo con una linterna, ante lo cual Charles dejó escapar un ligero quejido.

—La enfermera me dijo que se estaba despertando —dijo el comisario haciendo saltar al doctor, que no se había dado cuenta de que estaba allí—. Cuando lo vine a ver se estaba retorciendo, pero en lo que ella lo fue a buscar otra vez se quedó igual que antes. —La enfermera le dirigió una mirada de reprobación, como diciendo «se me hace que usted lo noqueó otra vez por el dolor en la pierna», pero el comisario la ignoró.

—Vea, señor agente...

—Comisario —interrumpió Duarte secamente.

—Eh, perdone usted, comisario, sí, ¿en qué estaba? —Miró a la enfermera, como esperando

que ella pudiera decirle qué había estado en su cabeza antes de ser interrumpido. Ella le regresó una mirada de incredulidad—. ¡Ah, sí, ya me acordé! Hay un cambio importante en el estado del paciente. Hasta hace unas horas, la última vez que yo lo examiné quiero decir, estaba en coma todavía, pero ahora mismo está dormido, lo cual significa que la mejoría comienza al fin.

—Despiértelo —ordenó el comisario.

—Eh, verá. Me temo que eso no sea posible. Está muy débil todavía y además está bajo calmantes muy fuertes porque si no sufriría el martirio. Hay que darle tiempo.

—Córteselos.

—Discúlpeme, pero esas son decisiones médicas...

—Doctorcito, aclaremos algo: no le estoy preguntando su opinión profesional, médica deontológica o cualquier otra chingadera por el estilo. Le estoy diciendo que le corte los calmantes. ¡Ya! —Acentuó cada palabra con un golpecito del índice en el pecho del doctor, quien instintivamente retrocedió hasta toparse con el ropero metálico; la última palabra se la gritó a la cara—. Yo necesito hablarle a este hombre de inmediato.

El doctor Batres se limpió la saliva del ojo y apartó la cara de la del comisario. Volvió a mirar a la enfermera, que miraba la escena boquiabierta. Entendiendo que su autoridad de médico no lo era tanto frente a aquel hombre mal encarado, se acercó al soporte de donde colgaban varias bolsas de soluciones intravenosas entubadas en el único brazo bueno que tenía e hizo unos ajustes en las válvulas que regulaban los fluidos que entraban en el cuerpo del paciente.

—Le acabo de detener el flujo de calmantes más fuertes, pero...

—Le dije que le cortara esas mierdas...

—Sí, sí, déjeme hablar. Le corté los más fuertes, los que lo mantienen dormido, pero le dejé otros más suaves. Lo importante es que con esos cambios se va a despertar. Lo que definitivamente no puedo hacer es sacarle lo que ya le entró en el cuerpo. Calculo que el paciente se despertará en unas diez o doce horas, entonces podrá usted hablarle. Discúlpeme, pero eso no se puede cambiar por mucho que grite usted. —Dio media vuelta y salió del cuarto seguido de la enfermera sin darle tiempo al comisario a replicar.

Duarte se quedó contemplando un momento el bulto que era su sospechoso. Salió del cuarto, caminó por los pasillos hasta salir del hospital y se fue a la abarrotería abierta las veinticuatro horas que estaba a media cuadra. Compró unos pastelitos, una bebida de cola, un octavo de aguardiente para rellenar su petaca y todos los periódicos del día que acababan de ser distribuidos. Al cabo de quince minutos venía de vuelta hacia la habitación, pero la televisión en la sala de espera atrajo su atención. Soltó una grosería al ver que su querido equipo Telecomm había perdido contra el de Los Ediles en el gran clásico del fútbol nacional. Comenzó a andar hacia la habitación para sentarse en su silla cuando otra noticia, esta vez del ámbito político, le hizo acercarse a la pantalla para subir el volumen y sentarse en la primera fila de la desierta sala.



A altas horas de la madrugada el canal de mayor audiencia de la televisión alteña se limitaba a retransmitir la edición del noticiero de las diez de la noche una y otra vez. Lo que había retenido la atención del comisario era la presentadora, que daba una noticia del ámbito político:

«Con la convocatoria a elecciones anunciada ayer por la Alta Autoridad Electoral, los partidos políticos alistan las máquinas para una campaña que se anuncia larga y competitiva. El primer partido a proclamar en asamblea a su binomio presidencial fue Seguridad y Justicia que presenta como candidato a la primera magistratura al licenciado Remberto Cabral, actual viceministro de Gobernación a cargo de la seguridad ciudadana, quien se dirigió a los asistentes a la asamblea en su primer discurso electoral».

La imagen cambió por la de Cabral detrás de un atril, primero saludando y luego moviendo sus manos extendidas de arriba hacia abajo en un gesto repetitivo para que la audiencia dejara de gritar y poder dirigirse a ellos. En el fondo se escuchaba como la multitud que aplaudía y vitoreaba poco a poco se calló para dejarlo hablar.

«Conciudadanos, es un honor para mí estar hoy aquí delante de ustedes. Esta asamblea es el resultado de muchos meses de trabajo, su trabajo. El trabajo de los miembros de esta nueva propuesta política, que empezando de la nada decidieron unirse para construir una plataforma para responder la alta y legítima aspiración del sufrido pueblo de este país: la seguridad y la justicia.

» Como ustedes saben muy bien, demasiado bien diría yo porque la sufren en carne propia todos los días, este país está corroído por una plaga de violencia criminal que nos mantiene en un miedo constante. Miedo de salir a trabajar, miedo de salir a comprar, miedo de enviar a nuestros hijos a la escuela. Esta, mis conciudadanos, no es forma de vivir. Las pandillas criminales gobiernan nuestros barrios, los narcotraficantes han encontrado un terreno fértil para sus negocios y el crimen organizado se ha incrustado en todos los niveles del estado.

» Por ello, mis queridos conciudadanos, es momento de decir ¡basta! Ya basta de... —La muchedumbre le interrumpió con una avalancha de vítores que él calmó con su gesto de las manos—. Ya basta de vivir intimidados. Ya basta de que la violencia sea la segunda causa de mortalidad en este país solo detrás de las enfermedades cardíacas que son resultado del estrés que la maldita violencia nos hace endurecer cada día.

» El nombre que el comité ejecutivo decidió para el partido no podía ser mejor Seguridad y Justicia, porque son los dos pilares sobre los cuales nuestra futura administración se va a apoyar. Vamos a revolucionar la seguridad en este país. —Nueva ronda de aplausos—. Escúchelo bien: no vamos a cambiar la seguridad ¡la vamos a revolucionar! Vamos a triplicar o cuadruplicar la capacidad de la Academia de la Policía Nacional para que en cuestión de un año tengamos muchos más policías en la calle cuidándolos a ustedes. No cuidando a funcionarios, no cuidando embajadas, sino cuidándolos a ustedes».

La gente se deshizo en aplausos y silbidos. Banderitas de Los Altos mezcladas con otras que tenían el logo del partido se agitaban frenéticamente. El bullicio convergió en un grito entonado al unísono: «Cabral», «Cabral», «Cabral». Este los hizo callar de nuevo con su ademán de silencio, pero con una gran sonrisa. El hombre estaba transfigurado.

«Gracias, gracias. Su apoyo me conmueve profundamente y me responsabiliza no solo para revolucionar la seguridad, sino también para reconstruir la justicia en Los Altos. Los niveles de impunidad en este país son escandalosos. Una de las ventajas de trabajar en el Ministerio de Gobernación es que tengo acceso a datos que el presidente actual y su monigote de candidato les quieren esconder. —Esta vez fue interrumpido por un mar de abucheos, a los cuales se unió él mismo; sus gritos eran los más audibles de todos gracias al micrófono—. Muy probablemente, decirles lo siguiente me va a costar mi puesto actual, pero ustedes merecen saber: menos del treinta por ciento de los crímenes que suceden en este país llegan a persecución penal en el Ministerio Público y, de esos, menos del uno por ciento termina en una sentencia condenatoria. ¿De qué sirve, mis estimados conciudadanos, que en el papel tengamos uno de los sistemas penales más severos del mundo si no lo aplicamos? ¿De qué sirve ser uno de los últimos países que tiene la pena de muerte en su legislación si hace ya más de diez años que aquí no se ejecuta ni a un chuchito con rabia? O mejor dicho, que no se ejecuta a ningún culpable porque a los inocentes los criminales los ejecutan todos los días».

Los abucheos resonaron de nuevo y esta vez el candidato no hizo ni el intento de callarlos. Los dejó seguir hasta que a la gente se le secaron los labios de tanto chiflar.

«¡Pero aún hay más! De esos poquísimos casos que llegan a juicio, la proporción de pobres contra ricos es escandalosa. Si usted es pobre, como la inmensa mayoría en este país, y tiene la desgracia de caer en las garras del sistema penal, ¡que Dios lo agarre confesado! Prepárese para años de prisión preventiva. Nuestras cárceles están llenas de pobres que llevan más tiempo ahí que el que establecen las penas de los delitos que presuntamente cometieron. Ah, pero si usted es rico... Si usted es el hijito de una de las familias poderosas de este país, usted tendrá derecho a las medidas sustitutivas, al arresto domiciliario, a la libertad bajo fianza y a toda una colección de recursos legalistas que lo mantendrán fuera de la cárcel hasta que se le acabe el dinero o hasta que papi se harte de pagar. Por ello les digo: vamos a refundar la justicia en este país no solo para que sea pronta y cumplida como lo establece nuestra Constitución, sino para que sea la misma para todos».

Una nueva lluvia de aplausos cortó el discurso y esta vez Cabral continuó hablando o, más bien, gritando para ser escuchado.

«Antes de que nuestros detractores vengán a decirles que mi discurso es hipócrita por mi puesto de viceministro de seguridad ciudadana les quiero decir algo: llevo menos de un año y es imposible mejorar las cosas desde allí. Es como si ustedes le dieran a un chófer de los que los trajeron hoy aquí un bus sin diésel, sin llantas y con el motor descompuesto y le dijese «llévate a los muchachos al mitin». Por mucha buena voluntad que el chófer tenga, no va a llegar ni a la esquina con ese bus. ¿Y de quién es la culpa? ¿Quién tendría que componer el bus? ¡Pues su dueño!

» Cuando yo acepté ese puesto, yo pensé que el bus estaba bueno, o al menos en buen estado para caminar, aunque fuese empujado, y que el problema era el chófer, pero no. Este tiempo allí me ha permitido darme cuenta de que los chóferes que pasaron por allí antes dejaron ese bus sin llantas, sin diésel, sin motor, sin puerta, sin ventanas y hasta sin asientos. La única opción para reparar esto es siendo el dueño, es decir, la persona cuya voluntad política puede componer un sistema descompuesto, quizás hasta destruido. Mi tiempo en el ministerio me ha permitido ver lo

que no funciona y, Dios mediante y con su apoyo, mi tiempo como presidente me permitirá componerlo».

La algarabía general volvió a ahogar su voz y con grandes sonrisas extendió sus manos otra vez pidiendo silencio.

«En mi tiempo en el ministerio hemos intentado dar pasitos para mejorar las cosas. Sin ir muy lejos, apenas la semana pasada ustedes escucharon sobre un crimen horrendo que sucedió en un pueblo. Pues bien, en el pasado un tal crimen habría quedado impune; pero no bajo mi gestión. El responsable está ya bajo custodia de las fuerzas del orden y, de no ser porque la población, en su comprensible indignación por la endémica falta de justicia, lo dejó inconsciente luego de darle una bien merecida paliza, ya estaría ante los tribunales. Solo porque nuestras leyes, que quizás haya que cambiarlas, no nos permiten consignar a personas que no puedan escuchar sus derechos, el hombre ese no ha sido procesado para recibir el castigo que se merece; pero no se preocupen, en cuanto se despierte, le caerá todo el peso de la ley. ¡De eso me encargo yo!».

Se alejó del atril unos segundos para disfrutar del efecto efervescente que sus palabras tenían en la multitud.

«Mi compromiso con la seguridad y la justicia es tal que apenas recibí la noticia por parte del comité ejecutivo de que me estaban considerando para la nominación presidencial me puse a pensar en quiénes podrían ser las personas más indicadas para liderar este cambio. Tengo ya definido a todo mi gabinete de seguridad ciudadana, comenzando por el futuro ministro de Gobernación y llegando hasta el director de la Policía. Todos son profesionales íntegros y de larga carrera y si no los menciono ahorita aquí ante ustedes es por respeto a sus funciones actuales».

Duarte, en su silla de la sala de espera, apenas logró contener las ganas de unirse al aplauso generalizado que se escuchaba por el vídeo.

«Quiero cerrar mi intervención diciéndoles que es para mí un honor que ustedes hayan pensado en mi persona para representarlos en la contienda electoral que se avecina. Es con toda humildad y con toda la confianza puesta en Dios que acepto su propuesta para ser candidato...».

La multitud lo interrumpió con una tormenta de aplausos y vítores como no se había oído antes. Cabral levantó las manos empuñadas en señal de triunfo antes de hacer de nuevo su ademán para que se callaran. Una vez un silencio relativo se restableció, continuó.

«¿Qué digo candidato? Decir que voy a ser candidato es faltarles el respeto a ustedes porque ustedes, con su trabajo arduo, harán que este proyecto salga ganador en las elecciones. Por eso repito, ¡acepto su propuesta para ser el nuevo presidente de la república de Los Altos!».

La muchedumbre lo vitoreó de nuevo; una lluvia de confeti de los colores del partido cayó sobre la tarima cubriendo al candidato y a todo el comité ejecutivo que se habían puesto en pie y se tenían de las manos alzándolas en señal de victoria, al mismo tiempo que una conocida y pegajosa canción sonaba en el fondo con la letra cambiada para promover al recién proclamado candidato. Los gritos incompresibles poco a poco se sincronizaron en un coro: «No más miedo, no más miedo, no más miedo». El espectáculo terminó cuando el canal metió un corte publicitario.

Duarte se levantó y se fue hacia la habitación del linchado, apretando los brazos y los puños y sin poder reprimir una ligera sonrisa de satisfacción.



A media tarde, tal como el doctor Batres lo había anunciado, el paciente comenzó a retorcerse de nuevo y a emitir gemidos. El comisario se acercó y le escuchó mascullar algo, supuso, en su idioma materno porque que no atinó a entenderlo:

—*Yé mal... ¿Que setil pasé...? Mon diú mé u ye suí. Ah megd, quesque yé mal...*

—¿Qué decís? —preguntó Duarte en su habitual tono seco.

El muchacho entreabrió el ojo bueno que le quedaba y observó al comisario por unos segundos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó? ¿*Pog* qué me duele todo el *cuegpo*? ¿*Pog* qué veo solo con un ojo? —La voz del hombre era débil y ronca y, aunque su español era correcto, se le escuchaba un acento extranjero, como alguien que habla con la nariz tapada, pero con una cierta musicalidad agradable al oído.

—Te robaron el carro, pero no te dejaste —mintió el comisario—. Fueron los ladrones los que te mandaron para acá, al hospital. Yo soy de la Policía y estoy aquí para tomar tu declaración.

—Gracias, pero no me *acuegdo* de nada. ¿Desde cuándo estoy aquí?

—Desde la semana pasada. Entraste aquí el jueves en la madrugada y has estado inconsciente desde entonces. Hoy ya es lunes. ¿Cómo te llamás?

—*Shagl Dúboá*, pero la mayoría de gente me llama *Chagly*. Es más fácil de *pgonunciar* en español, parece.

—Entre tus cosas encontramos este pasaporte a nombre de Charles Du-bo-is —dijo el comisario frunciendo el ceño para leer el nombre en el documento encontrado donde doña Filo. Luego se lo acercó al ojo bueno para que lo viera bien—. La verdad es que con lo mal que te dejaron la cara esos cabrones me ha costado realmente asegurarme de que sos vos. ¿Podés confirmar si es tuyo? El nombre no coincide con lo que acabás de decirme.

—Sí, es mío. —Charles dejó escapar un suspiro de dolor—. Lo que pasa es que mi nombre en *fgancé* se pronuncia *Shagl Duboá*, pero se escribe «*Chagles Dubois*» como aparece en el pasaporte.

—De acuerdo. Esperame un segundo, tengo que hacer una llamada y ahorita regreso.

El comisario salió del cuarto, cerró la puerta y sacó el teléfono que le había llevado Cecilia. En él escribió un mensaje dirigido al único número de la memoria: «Sospechoso despierto. Identidad confirmada: ciudadano francés Charles Dubois. Continuaré informando».

Guardó el teléfono y llamó a la enfermera a gritos. Segundos después, llegó Amparo Jiménez, en su ropa de calle, pues ya iba de salida cuando la nada discreta invocación del comisario le habían hecho dar media vuelta y correr hacia el cuarto de Charles.

—¿Le pasa algo al paciente? —preguntó sofocada por la carrera.

—No, solo le quería decir que me lo llevo. Prepárenlo para que salga y consíganme una ambulancia.

—¿Cómo así? —La enfermera peló los ojos como pelotas de *ping-pong*—. Ese muchacho está tan mal herido que no puede andar paseando...

—Que quede claro: no le estoy pidiendo permiso, le estoy avisando de que me lo llevo y si en cinco minutos no me lo han preparado pal transporte, yo mismo le arranco las agujas y me lo llevo cargado pal carro.

—Perdone, pero yo no puedo autorizar la salida de un paciente y...

—¡Rápido!

—¿¡Pero usted es bruto o qué!?

El comisario, que no estaba acostumbrado a que cuestionaran su autoridad, mucho menos a que lo insultaran, giró sobre sus talones y se encaró con la enfermera. Esta, sintiendo el tufo a tabaco, alcohol y la ropa de varios días sin cambiar, frunció un poco la nariz, pero ni bajó la mirada ni reculó.

—Yo no puedo autorizar la salida de un paciente, le estoy diciendo. La ley me lo impide. Los únicos que pueden autorizar un alta hospitalaria son los médicos. Si usted se lo lleva sin un alta firmada por un doctor, sería un secuestro o, en su caso, comisario —acentuó la palabra con un movimiento despectivo de la cabeza—, una «desaparición forzada», como creo que la ley llama ahora a los secuestros cometidos por las autoridades. Así que, si en realidad se lo quiere llevar, vaya a buscarse un doctor que le firme el alta y luego me agradece por salvarle el culo.

El comisario estaba a punto de reventarle la cara de un puñetazo a la desafiante mujercita cuando el doctor Batres Quiroga los interrumpió.

—¿Qué pasa aquí?

—Que me llevo a su inquilino —le respondió Duarte volviendo su atención hacia él—, y me lo llevo ya. Quítenle todos los calmantes porque lo necesito bien despierto en las próximas horas.

—Eh, pues verá usted, este paciente no está en condiciones de viajar, se le hizo una operación, no una, sino varias operaciones mayores hace apenas unos días y yo no recomendaría que se moviera de aquí. Es muy peligroso.

El comisario le pasó un brazo sobre los hombros al médico y dio unos pasos con él en el corredor susurrándole al oído.

—Mire, doctorcito, como le dije a la enfermera, no les estoy pidiendo permiso, sino que les estoy avisando de que me lo llevo. No se preocupe, no me lo voy a llevar ni muy lejos ni mucho tiempo. La razón por la que quiero que me lo preparen es porque yo quiero a ese hombre vivo tanto o más que ustedes pero, además, lo necesito consciente. Si le estoy dando la oportunidad de prepararlo es por si usted lo quiere ver vivo más tarde. Si usted no me lo prepara, me lo llevo de todas formas, pero sepa que lo que le pase a él le pasará a usted también. ¿Vale la pena arriesgarse a perder todo por un maldito asesino, violador de niñas? Sobre todo usted, distinguido doctor Batres Quiroga: casado y con familia. Así que es mejor que me lo prepare bien. Ah, y no se le olvide firmarme el papelito, por favor.

El galeno se puso pálido. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. ¿Cómo era posible que el comisario supiera tanto sobre él ya? Desde que lo había conocido unos días antes lo había visto velando al paciente. ¿Cuándo había tenido tiempo de investigarlo? Muerto de miedo, tragó saliva y se dirigió de vuelta a la habitación. Cuando iba a abrir la puerta del cuarto, el comisario lo agarró del brazo y le susurró:

—Se me olvidaba: Ni una palabra al paciente, ¿me entiende?

El doctor asintió con la cabeza sin mirar al policía y entró. Duarte lo siguió con la mirada maravillado, como cada vez que lo utilizaba, en lo efectivo que podía ser un *bluff* echado a la cara de un pobre inocente basándose únicamente en el anillo que llevaba al dedo y los asientos para niño en el carro estacionado en el parqueo en el lugar identificado con un letrero que decía «Batres Q.».

Por la ventana de la puerta vio que el doctor le daba unas cuantas instrucciones a la enfermera. Esta replicó con lo que parecían objeciones vigorosas, pero el médico continuaba negando con la cabeza al mismo tiempo que manipulaba controles y botones ante la mirada atónita del paciente. Jiménez terminó por salir de la habitación, se detuvo dos segundos para lanzarle una mirada de desprecio al comisario y se fue hacia el puesto de enfermeras. El comisario entró de nuevo a la habitación.

—*Doctog*, por favor, me muero del *dolog*, por favor deme algo.

El médico ignoró las súplicas de Charles y no se detuvo en sus manipulaciones de las bolsas de soluciones intravenosas que estaban al lado de la cabecera de la cama. En ese momento, una enfermera joven, de poco más de veinte años, llegó con otros utensilios médicos en una charola plateada y varias bolsas de líquidos. El doctor le susurró algo al oído y salió corriendo mientras él remplazaba las bolsas de fluidos alrededor de la cama con las nuevas. Finalmente le quitó el freno al soporte del suero intravenoso para que el paciente se lo pudiera llevar. Charles estaba demasiado sorprendido para seguirse quejando y miraba todo lo que pasaba alrededor de él con extrañeza ya que el doctor se afanaba alrededor de él pero sin tan siquiera dirigirle una mirada.

—¿Para qué tanta bolsa? —preguntó el comisario.

—El paciente fue admitido con una laceración en la cavidad abdominal... —respondió el médico interrumpiéndose al ver la cara de impaciencia de Duarte—. Le abrieron la barriga, yo diría que con un machete, y le cortaron prácticamente todo allí dentro. Lo tuvimos que operar y reconstruirle un montón de órganos. Las bolsas sirven para drenar los desechos de su cuerpo

porque sus intestinos están prácticamente paralizados y el suero sirve para alimentarlo porque no puede comer nada sólido. Si se lo lleva sin todo eso, el paciente no le va a durar consciente ni diez minutos y en menos de veinte lo tendríamos que recibir de vuelta, pero ya no aquí sino en la morgue.

La mirada aterrorizada de Charles delató la pregunta que ya no le dio tiempo de hacer porque en ese momento llegó la enfermera con una silla de ruedas seguida de una compañera que llevaba una bata quirúrgica entre las manos. Entre el médico y una de las enfermeras levantaron al pobre hombre para transferirlo a la silla de ruedas pero se quedaron a medias por las esposas que el comisario le había puesto para fijarlo a la cama. Este se dirigió rápido a soltarlo y así finalmente el personal médico logró levantar al muchacho. Duarte pudo contemplar entonces al paciente en toda su anatomía.

Poco se parecía al tipo guapo que se veía en la foto del pasaporte. Era alto, poco más de un metro ochenta, y delgado pero musculoso aunque seguramente había perdido peso durante la convalecencia. Tenía la cabeza vendada porque los médicos había tenido que operarle el cráneo para bajar la presión de su cerebro luego de que los pobladores de Arretenango hubieran agarrado su cabeza como pelota de fútbol; además del hematoma enorme en el ojo izquierdo, tenía el brazo derecho enyesado a partir del hombro y sobre el tórax tenía un vendaje inmenso que le cubría desde la boca del estómago hasta los genitales; tenía la pierna derecha enyesada a partir de la cadera y la izquierda a partir de la rodilla; además le faltaban varios dientes y tenía contusiones y laceraciones por todo el cuerpo.

Mientras que el doctor y una de las enfermeras mantenían a Charles en vilo sujetándolo por las axilas, la otra le puso la bata quirúrgica lo mejor que pudo. El pobre hombre estaba tan débil que no lograba ni gritar pero lo poco que se veía de la expresión de su rostro mostraba que el dolor era terrible. Para cuando finalmente lo depositaron en la silla, se había desmayado.

—Lo necesito consciente —le dijo el comisario al médico.

—Eh, sí, sí, ya sé. Cuando lleguen a... donde sea que vayan, abra este frasquito y páseselo por la nariz—. Le dio al comisario un frasco de vidrio opaco no más grande que un dedo pulgar.

La comitiva compuesta por el francés en su silla de ruedas, las dos enfermeras, el médico y el comisario salió del cuarto y se dirigió hacia la entrada de las urgencias donde los esperaba ya una ambulancia. Con la ayuda de uno de los paramédicos subieron al pobre Charles atrás e inmediatamente el comisario le siguió. A uno de los paramédicos se le ocurrió recordarle al Duarte la norma de que nadie excepto un paramédico puede viajar en la ambulancia con un enfermo o herido pero la mirada asesina del comisario bastó para que se hiciera a un lado. Cuando todo estuvo listo el comisario le gritó al conductor «a la comisaría con sirena y todo» y la ambulancia se retiró del hospital aullando. Doce minutos después se detenía con un chirrido de frenos frente a la comisaría de Chepiltenango.

Capítulo VII

Confesión

Amparo Jiménez era la más experimentada de las enfermeras en la emergencia del hospital de Chepilténango. Solterona, llegando ya a los cincuenta años, nunca había soportado la injusticia, a tal punto que en su juventud se había involucrado en movimientos civiles contra las dictaduras. No obstante, se había retirado a estudiar enfermería luego de que el amor de su vida hubiera desaparecido sin dejar rastro.

Los años habían calmado el fervor revolucionario y en la enfermería había descubierto su pasión: la ayuda al prójimo, pero la injusticia todavía la asqueaba. Por ello, después de que el doctor Batres Quiroga se subyugara al comisario, había decidido no volver, aprovechando que su turno había acabado. Había entonces enviado en su lugar a una de las enfermeras jóvenes que comenzaban la jornada. Sin embargo, su consciencia no le había permitido simplemente irse del hospital: se quedó sentada en el escritorio de la recepción pensando.

El comisario la había tomado por tonta. Era demasiado arrogante y machista para pensar que una mujer pudiera tener inteligencia para reconocer la seriedad de la situación: un ciudadano extranjero, malherido, arrestado, extraído por la fuerza del hospital en violación total de sus más fundamentales derechos. Le había dejado ver el pasaporte unos segundos para poder copiar el nombre del paciente, pero ella había tomado nota de otros datos consignados allí; en particular, la nacionalidad. En su juventud, Amparo había tenido un corto noviazgo de verano con un muchacho francés que había llegado a su pueblo a aprender español y él le había enseñado algunas palabras en su idioma. Por ello, había logrado entender algunos de los datos que estaban escritos en francés en el pasaporte y que, seguramente, se le habían escapado al propio comisario.

Su vista divagaba mientras pensaba hasta que se fijó en el anuario telefónico que estaba en un entrepaño inferior del escritorio. Lo sacó y lo abrió en la sección azul, donde estaban listados todas las oficinas de Gobierno y los puestos diplomáticos acreditados en Los Altos. La hojeó hasta llegar a lo que buscaba: «Consulado general de Francia en Los Altos». Se puso de pie, arrancó la página, la dobló y se la metió en el bolsillo trasero de los *jeans* que llevaba. Cogió su bolso y se dirigió a la salida del hospital. Tuvo que pegarse a la pared para dejar pasar a los paramédicos que venían a buscar a Charles siguiendo las órdenes del comisario. Salió del nosocomio y comenzó a caminar en dirección a su casa. A lo lejos escuchó el aullido de una ambulancia que se alejaba.



—¡Se me van todos! Rápido, rápido, rápido, ¡pero más rápido, fuera todos! —gritó Duarte al

entrar a la comisaría—. Vos no, Chepe. ¿Están vacías las celdas?

—No, comisario. Agarramos hoy a un vago que andaba haciendo cochinas frente a la casa del alcalde y aquí lo tenemos —respondió su asistente, el cabo José Guamuch, quien ya había comenzado a levantarse de la silla y a ponerse el kepi para irse.

—Andá a soltarlo de una vez, no quiero que haya nadie en la comisaría. Nadie. ¿Está claro?

Sin esperar a que el cabo le respondiera salió de nuevo a la calle para guiar a los paramédicos, que ya habían bajado a Charles en su silla de ruedas de la ambulancia. Los condujo al fondo de la comisaría, a las celdas donde metían a las personas en espera de ser presentadas al juez. En el camino se cruzaron con un hombre sin zapatos, vestido en harapos y que apestaba a orines y alcohol que salía de las celdas a toda prisa seguido del cabo Guamuch. Allí, en una celda sin ventanas pusieron al pobre hombre inconsciente.

—Chepe, haceme la papelería del arresto de este fulano —le dijo el comisario al cabo cuando este regresó a la celda dándole el pasaporte de Charles.

—¿Tiene la orden mi comisario? —preguntó Guamuch en referencia a la orden de juez que el sistema jurídico alteño exigía para poder ejecutar un arresto—. Porque infraganti no lo agarramos.

—No hay orden —respondió Duarte sorprendido por el rigor legal que mostraba su subalterno—. Ponele que se entregó voluntariamente.

—¿Y por qué delito?

—El asesinato y violación de... de la muchacha del otro día en Arretenango. Ya no me acuerdo cómo se llamaba, buscá en los partes que hicimos la otra noche para encontrarlo.

—¿Y qué hora le pongo, comisario? —preguntó el cabo inocentemente, según las prácticas acostumbradas al trabajar con el comisario.

—¿Y qué hora le vas a poner, Chepe? —le respondió el comisario apuntando con la cabeza a los paramédicos y alzando las cejas—. Pues la hora de ahorita.

—A sus órdenes, comisario —respondió Guamuch pensando que el gesto del comisario era el resultado de una torcedura del cuello.

Diez minutos más tarde salieron los paramédicos seguidos del comisario. Al pasar por la puerta lo advirtieron de que tuviera mucho cuidado con el paciente porque estaba realmente mal. El comisario los despidió a empujones y cerró la puerta de la comisaría. Luego se dirigió a su oficina, pero se detuvo frente al escritorio donde Guamuch mostraba sus dotes de mecanógrafo llenando el reporte de arresto a toda velocidad.

—Cuando terminés con esos papeles, me cerrás todas las puertas y las ventanas con llave y ponés las trancas. Cuando hayás hecho todo eso, me venís a buscar a la oficina. ¿Está claro? —El cabo respondió afirmativamente con su típico rigor militar y se puso de inmediato a trabajar. Duarte se fue a su oficina, cerró la puerta detrás de él con llave y se sentó en su escritorio.



Amparo Jiménez recorría maquinalmente el camino que la conducía del hospital a su casa. Al cabo de unos quince minutos llegó al puente que separaba su barrio del centro de Chepilténango y que pasaba sobre un río. Como era normal en aquella época del año, el pequeño riachuelo estaba convertido en un torrente de agua color café con leche, cuyo nivel se acercaba peligrosamente a las borduras construidas en años anteriores para reducir las inundaciones. En la distancia se apercibían negros nubarrones de lluvia que se acercaban.

Se detuvo a mitad del puente y se apoyó con un brazo sobre la vieja balaustrada de piedra, en uno de los pocos lugares donde todavía estaba plana. Sacó de su bolso su teléfono celular y vio que tenía una alerta de la aplicación de citas a la que estaba suscrita con la esperanza de finalmente encontrar alguien con quien compartir su vida. Normalmente, abría aquellos mensajes sin tardar, pero esta vez lo ignoró. Algo más urgente ocupaba sus pensamientos en aquel momento.

Sacó del bolsillo trasero de su pantalón la página arrancada del anuario del hospital, la desdobló y la puso sobre la balaustrada. La observó detenidamente unos cuantos segundos. Estaba indecisa. En el hospital había reconocido al comisario Édgar Augusto Duarte Pereira, aquel hombre acusado de torturas en el informe de la comisión de investigación de la guerra interna. El hombre tenía una reputación y sabía que meterse con él era peligroso. Se convenció con el pensamiento de que no habría forma de que él supiera lo que se disponía a hacer.

Con la vista encontró el número del consulado francés y marcó en su teléfono.



Duarte eligió una llave pequeña y oxidada del llavero que aún tenía en las manos y la metió en la cerradura de una de las gavetas del escritorio. Se notaba que hacía mucho tiempo que no había sido abierta, pero al final cedió despidiendo un olor a húmedo y encerrado que hizo toser al comisario. La gaveta parecía vacía, pero metiendo la mano al fondo sacó lo único que contenía: una vieja caja metálica cuadrada en la cual, a través del óxido que comenzaba a acumularse, se distinguían todavía franjas diagonales blancas, rojas y azules, como la de los tubos que antaño decoraban las entradas de las barberías y que se han vuelto raros. La puso sobre la mesa y se quedó mirándola con un aire grave. Habían pasado ya muchos años desde la última vez que abrió aquel recipiente que contenía los utensilios de la barbería, la cual había recuperado después de que Godínez pasara como cliente de esta.

Se levantó de la silla, se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo. Veía la calle y los transeúntes pasar afanados en llegar a sus destinos. Qué poco sabían ellos de lo que estaba a punto de suceder en las celdas de la comisaría. Mecánicamente se llevó la mano al pecho y se acordó de aquel muchacho, del dueño de la cruz, de sus gritos y de su madre; volvió a ver la caja y se acordó de Godínez. Ahora que estaba a punto de reabrir la barbería se acordó de lo mucho que le asqueaba aquel oficio.

Se metió la mano a la bolsa, sacó la petaca y la vació de un trago largo. El calor en la garganta le dio valor para abrir la caja. Dentro había un estuche de cuero negro rectangular que se

abría con una cremallera que recorría tres de los cuatro lados del rectángulo. Todos los utensilios estaban allí y, a diferencia de la caja, estaban limpios, brillantes, sin una traza de óxido. No pudo evitar sentir una cierta admiración de la calidad de aquellos instrumentos de tortura. Se acercó a la ventana, chupó del cigarrillo y lo tiró hacia la calle antes de cerrar los pesados postigos de madera. En la penumbra tomó el estuche y se lo metió en el bolsillo que había dejado disponible la petaca; luego, se dirigió a la puerta de la oficina, la cual se abrió de golpe antes de que él la tocara. Era Guamuch, que venía a informarlo de que sus órdenes habían sido ejecutadas al pie de la letra y tenía los papeles del arresto.

—La próxima vez tocá antes de abrir, que por poco me reventás la nariz. Llévate la máquina de escribir con papel de triple copia, la mesita y el banco para la celda donde pusimos al sospechoso y esperame allí —ordenó al cabo al tiempo que tomaba los papeles. El cabo lo saludó, viejo hábito de cuando había sido soldado en el ejército, y se fue a cumplir sus órdenes. Duarte se sacó las gafas del bolsillo de la camisa y leyó el acta del arresto. Después de verificar todos los datos, se sacó el bolígrafo que llevaba siempre en el bolsillo de la camisa, lo sacudió vigorosamente porque la mitad del tiempo no funcionaba a la primera y firmó la hoja como oficial ejecutor del arresto. Suspiró profundamente y se dirigió a las celdas.



La recepcionista levantó la vista: eran las dos treinta y seis de la tarde. Una de las mejores cosas de laborar en el consulado francés era el respeto estricto de las treinta y cinco horas semanales de trabajo establecidas en el código laboral: el consulado abría a las ocho de la mañana y cerraba a las cuatro de la tarde. Siete horas de trabajo al día con una hora de almuerzo que se combinaban perfectamente con sus estudios universitarios en jornada vespertina y nocturna. Jamás hubiera pensado que la insistencia de sus padres en hacerla estudiar en el colegio francés de la ciudad le pudiera servir tanto.

No solo las horas de trabajo eran cortas, sino que el trabajo era tranquilo. Dado que la Unión Europea no exigía visa a los ciudadanos alteños para viajar, la mayor parte del tiempo lo pasaba sentada esperando que alguien llamara por teléfono o a que llegara alguna de las pocas citas que tomaba alguno de los cónsules. A escondidas se había aprovechado de prácticamente todo el día para estudiar para el examen de la noche y estaba concentrada en el libro que sostenía entre sus rodillas, parcialmente debajo de la mesa del escritorio, cuando el teléfono la hizo sobresaltar. El libro cayó pesadamente entre sus pies.

—Consulado de Francia en Los Altos, buenas tardes —respondió, antes de repetir el mismo saludo en francés.

—Buenas... Eh, buenas tardes —respondió una temblorosa voz de mujer algo mitigada por un ruido de fondo de agua que corre—. La llamo para informarla de que hay un ciudadano de su país en problemas.

—¿Me puede decir cuál es su nombre y de dónde me llama? —respondió la recepcionista después de tomarse unos segundos para recoger el libro—. Y, por favor, hábleme más fuerte que apenas la escucho.

—Sí, perdone. No le puedo dar mi nombre, señorita. Pero la llamo de Chepilttenango.

—¿Y cuál es su asunto?

—Como le expliqué, quiero informarlos de que hay un ciudadano de su país que cayó preso aquí en Chepilttenango. Estaba hospitalizado y la Policía se lo llevó a la comisaría para interrogarlo. El hombre está malherido, hasta tal punto que su vida corre peligro. No debería haber salido del hospital en ese estado.

—¿Sabe usted cómo se llama esa persona?

—Charles Dubois —dijo la enfermera pronunciando el nombre lo mejor podía.

—Y su nombre es...

—Ya le dije que no le puedo decir cómo me llamo. Temo por mi vida si lo hago. —El tono de ocupado en el auricular indicó a la recepcionista que su interlocutora había colgado abruptamente.

La recepcionista dirigió la vista al puesto telefónico mascullando «qué grosera» y vio que la extensión doscientos dos del cónsul de turno estaba ocupada. Puso el papelito en el que había anotado los datos al lado del teléfono y se enfrascó de nuevo en la lectura del libro sostenido precariamente sobre su regazo.



Charles estaba todavía en la misma posición en la que los paramédicos lo habían dejado: sentado o, más bien, reclinado en su silla, en la que permanecía únicamente por la obra y gracia de un cincho de tela que las enfermeras había tenido la precaución de pasarle alrededor del pecho y del respaldo. Las dos piernas enyesadas apuntaban hacia adelante retenidas por unos soportes montados para ese propósito. Las mismas enfermeras le habían atado el brazo derecho, enyesado, al reposabrazos de la silla de ruedas con dos cintas de zapatos y su brazo izquierdo, con la aguja conectada al suero colgado de un soporte vertical adherido al respaldo de la silla, colgaba flácidamente a un lado. Su cabeza se mantenía erguida, aunque un poco inclinada a la derecha gracias al cuello ortopédico que llevaba. El ojo que no estaba hinchado estaba firmemente cerrado y solamente el suave murmullo de su respiración mostraba que aquel miserable estaba todavía con vida.

Cuando el comisario llegó a la celda, Guamuch estaba ya sentado en el banco frente a la máquina de escribir, que cargaba con tres hojas de papel separadas con papel carbón: el original blanco, una copia rosa y otra azul. Duarte le ordenó que empezara a tomar nota solo cuando se lo dijera, a lo que el cabo respondió con su militar: «Sí, mi comisario». El cabo quizás no era el tipo más brillante de la Policía Nacional, pero si algo había aprendido en el ejército era escribir a máquina rápido: durante su servicio militar había pasado dos años, todos los días, anotando los datos de los reclutas que llegaban al cuartel, lo cual había hecho de él casi un secretario profesional, aunque su ortografía dejara bastante que desear.

El comisario se acercó a Charles, sacó el frasquito que le había dado el médico en el hospital, lo abrió y se lo pasó por la nariz. Al principio Charles solo soltó un leve quejido pero, al cabo de algunos segundos, aspiró profundamente.

—¿*Quoi?*... *Ah merde*... ¿*Où je suis?* —dijo en francés. Al abrir el ojo que todavía podía, pareció reconocer al comisario, pues cambió de idioma—. ¿Dónde estoy?

—En la cárcel —le respondió el comisario con indiferencia. Tomó los papeles que le había dado antes Guamuch y comenzó a leer en voz alta el formulario del parte del arresto a toda velocidad. En él se detallaban los cargos contra Charles: secuestro, violación y asesinato contra menor de edad. Estos cargos serían confirmados o modificados por el juez que consignaría a Charles o el Ministerio Público cuando realizaran su propia investigación.

Al mismo tiempo que consignar el arresto, el documento servía de recordatorio a los policías sobre sus obligaciones en materia procesal. Por ello el procedimiento exigía que se le leyera íntegramente al detenido.

—«... Por los cargos anteriormente descritos, y siendo las quince horas y doce minutos, queda usted oficialmente bajo arresto. Según la Constitución política de la república de Los Altos, tiene usted derecho a permanecer en silencio, tiene usted derecho a un abogado, tiene usted derecho a establecer una comunicación con quien a usted le parezca conveniente y tiene usted derecho a ser presentado ante un juez en las seis horas que siguen a su detención». —Terminó de leer respirando profundamente luego de haber leído todo el documento en una sola aspiración—. ¿Entiende los cargos que se le imputan y sus derechos?

—¿Eh? —respondió un aturdido Charles.

—Sí —respondió en su lugar el comisario marcando una casilla del formulario que Guamuch había dejado en blanco; luego, siguió leyendo el documento—. «Doy fe, en mi calidad de depositario de la autoridad policial...». —Puso el papel en la esquina de la mesita donde estaba la máquina de escribir y lo firmó. Luego se lo acercó a Charles y le puso el bolígrafo entre los dedos de la mano que no estaba enyesada—. Ahora firmá acá, arriba de tu nombre. No te preocupés, esto solo es para certificar que te conté todo ese rollo que te acabo de echar.

—¿Qué? —replicó Charles levantando la vista del ojo que podía abrir y clavándola en la cara del comisario—. ¿Quiere que le *figme* ese papel? ¡Habló tan rápido que no entendí nada! ¡Yo no *figmo*!

—Tranquilízate, no es para tanto. Como te dije, solo es para decir que yo te leí eso...

—¿Me acusa de *habeg* matado a alguien? ¿Está loco?

—Ah, mirá pues, bien que entendiste al final, ¿verdad?

—¿Lo único que entendí fue *assassinat* porque se dice casi igual en *fgancés*! ¿A quién se supone que maté?

—A la muchacha de Arretenango —respondió el comisario al tiempo que volvía a la mesa y

escribía en el papel, sobre el nombre de Charles: «Rehúsa firmar». Esto era una práctica común durante los arrestos cuando el detenido no aceptaba firmar el parte, circunstancia que sucedía con bastante frecuencia—. Fue por eso que la gente te linchó. ¿Me vas a decir que no te acordás? Las piernas, el brazo, la cabeza, el ojo reventado, las tripas... ¿Todo lo que te duele no te recuerda nada?

—*Lynché* —dijo Charles en un susurro bajando la mirada y dejando la boca abierta en la última vocal de la palabra—. No, no me *acuegdo* de que alguien me haya... *Lynché*... ¿Linchado se dice? ¿Pero *pog* qué?

—Porque la gente estaba convencida de que fuiste vos el que violó y mató a la pobre muchacha y razones no le faltan. Resulta que ese día vos eras el único forastero que andaba por el pueblo, porque un patojito te vio en tu carro esperando a que la muchacha pasara de vuelta de la escuela y vio cuando abriste la puerta corrediza de la camioneta y la metiste por la fuerza, y como te fuiste de volada en el carro con ella. —Se había acercado lentamente al francés conforme hablaba, de tal forma que al final su cara estaba a escasos dos centímetros de la cara de Charles.

Que lo último que le hubiera dicho al acusado fuera mentira carecía de importancia: según la ley alaña, mentirle a la Policía o a cualquier funcionario público en el ejercicio de sus funciones era delito, pero estos sí que podían mentir sin problema. Para la Policía era práctica normal usar esta táctica para conseguir confesiones. Charles levantó el ojo y lo clavó en los del comisario y, a pesar de todo el dolor que sentía, logró producir un tono desafiante para decirle:

—*Cgeo* que voy a necesitar un abogado.

El comisario se alejó soltando una carcajada forzada.

—Oí a este, Chepe, se cree que está en una serie de esas en las que en cuanto el criminal dice «abogado» el jefe somata la puerta a los policías pa' que se vayan de la sala de interrogatorio —dijo el comisario con ironía. Sin dar tiempo al cabo para responder, se dejó venir de nuevo encima de la silla de ruedas y puso otra vez su cara a escasos centímetros de la del francés—. Nooo papá, aquí no estás en una serie ni en tu país ni en ningún otro lado. Aquí estás en mi patio y lo único que tenés que saber es que en seis horas a lo más te voy a presentar al juez con tu confesión firmada de tu puño y letra y por triplicado. Y hay dos formas de que eso suceda: por las buenas o por las malas. —Se irguió de nuevo—. Comencemos entonces por las buenas. Contame qué pasó.

Charles parecía confundido. Se llevó la mano que podía mover a la cabeza y cerró el ojo, como intentando acordarse.

—Yo cerré el negocio por la noche —dijo pausadamente—. Luego me fui a la casa... Sí, llegué a mi casa. Vi la tele un rato y luego me acosté... Me acosté *tempgano* porque en la mañana iba a hacer la compra de la semana como *siempge* pero... pero me desperté en el hospital con usted...

—Eso fue la semana pasada —interrumpió el comisario—. Entretanto sí que fuiste a Arretenango porque allá te recogimos. Por cierto, alguien de allá me contó que ese día hiciste todo al revés de como lo hacés habitualmente cuando vas. ¿Por qué?

—¿Al revés? ¿Al revés de qué? No entiendo. Yo voy todas las semanas para comprar verduras. Intento *haceglo* en días de mercado, pero no *siempge* se puede. ¿Quién le contó esos cuentos?

—Una testigo conocida como Doña Filo.

—¿Y usted le *cgee* a esa señora? —exclamó Charles—. Ella es la *commère*, ¿cómo se dice en español? ¿La comadre? ¿La chismosa del pueblo? Cuando me he quedado donde ella, en el desayuno se sienta a la mesa y no para de contar cosas de todo el pueblo. Yo solo me quedo callado porque no me interesa lo que cuenta, pero se me hace que ni sabe si lo que dice es *vegdad* o mentira. ¿En lo que le dijo esa mujer se basa usted para *acusagme*?

El comisario no pudo contener una ligera sonrisa, que pasó desapercibida para el interrogado bajo el espeso bigote, al acordarse de su entrevista con doña Filo. Él mismo no hubiera podido describirla mejor. Antes de que el comisario pudiera responder, Charles continuó:

—Además de los cuentos de la vieja chismosa esa ¿qué otras pruebas tienen? Usted dice que me llevé a la muchacha en mi carro. Busquen en él y díganme si *encuentgan* alguna evidencia.

—Tu carro lo quemó la gente en Arretenango...

—*Quoi* !? —interrumpió Charles—. ¿Mi carro lo quemaron? ¡Pero si todavía lo estaba pagando! ¿Qué voy a hacer ahora para *tgabajar*?

Charles se quedó quieto y en silencio. Se notaba que estaba abatido. El comisario decidió volver a la carga para aprovechar el momento de debilidad de su adversario:

—¿Por qué ella?

—¿*Pog* qué, qué?

—¿Por qué ella y no otra?

—¿Y yo cómo voy a saber si no hice nada?

—¿Por qué ese día y no antes o después?

—Le digo que no sé nada...

El interrogatorio siguió así durante más de media hora: el comisario presentaba los hechos de muchas formas distintas: a veces amenazante, a veces suplicante, a veces al derecho, a veces al revés, a veces añadía detalles que se había inventado, pero nunca Charles dio señales de estar confundido. Sus respuestas eran siempre claras, con rotundas negaciones, sin confundirse, sin fallo. Clamando siempre que no se acordaba de nada del espacio temporal entre el momento en el que se había acostado en su casa y en el cual se había despertado en el hospital. Al cabo de más de una hora de aquel diálogo sin sentido el comisario perdió la paciencia.

—¡Ya basta! —gritó. Se agachó dándole la espalda a Guamuch y colocó en el suelo el

estuche negro. Lo abrió y se puso a ver los diferentes objetos que allí había: ganzúas, escalpelos, ganchos metálicos similares a los que usan los dentistas, una manopla de acero, unos clavos y otros objetos creativamente transformados en instrumentos de tortura. A pesar del disgusto que le inspiraba hacer lo que se aprestaba a hacer, en el calor del momento el comisario miraba los utensilios como el niño que acaba de abrir una caja de chocolates y que no sabe por cuál empezar. Sabía perfectamente cómo servirse de cada uno de aquellos objetos para infligir el máximo sufrimiento al interrogado. No tenía ni idea de cuánto tiempo el francés aguantaría y el tiempo apremiaba. Después de un momento de duda y para desgracia de Charles, se le iluminó el rostro con una idea: cogió la manopla y se la calzó firmemente en el puño derecho. Se puso en pie y se dirigió hacia Charles con un paso decidido; sin mediar palabra y sin detenerse, aprovechando todo el impulso de la marcha, descargó un puñetazo terrible en el vientre del francés. Este apenas logró emitir un corto y débil chillido antes de desmayarse.



La recepcionista del consulado francés levantó la cabeza para ver la hora: eran las cuatro menos diez de la tarde. Cerró su libro y lo metió en el bolso; comenzó a hurgar buscando el rímel y el pintalabios para irse al baño a prepararse con el objetivo de salir de la oficina a las cuatro en punto. Encontró primero el rímel y lo puso sobre el escritorio, pero el pintalabios parecía haberse escondido en la inmensidad característica de los bolsos de mujer. Cuando finalmente lo halló, se levantó de la silla, pero se acordó del rímel; se volvió para recogerlo y vio la nota amarilla pegada al teléfono. Se detuvo un instante y pensó en la voz asustada y preocupada de la mujer que había llamado. ¿Y si realmente había alguien en peligro? La extensión doscientos dos estaba ahora libre. Suspiró, pero su consciencia pudo más que el miedo de recibir alguna tarea de última hora que pudiera atrasarla. Llamó.

—¿Aló?

—Señor cónsul, perdone que lo moleste tan tarde, pero fíjese que alguien llamó hace un rato diciendo que un ciudadano francés se encontraba en problemas en... ¿En dónde era? Ah sí, en Chepilttenango.

—¿Ah sí? ¿Y cómo se llamaba la persona que llamó?

—No sé, fíjese, no quiso identificarse. Dijo que tenía miedo de dar su nombre.

—¿Miedo? Qué raro. ¿Y qué más dijo?

—Pues mencionó que la persona se llamaba, déjeme ver, Charles Dubois y que estaba herido en el hospital, pero que la Policía se lo llevó o algo así.

—¿Chepilttenango? ¿Verificó si tenemos en la base de datos de residentes a alguien nombrado así que viva allí?

—Perdone, pero no. ¿Quiere que lo haga ahorita? —No pudo reprimir un tono de angustia en la pregunta.

—No, no. Ya van a ser las cuatro. Váyase. Yo me ocupo. Y buena suerte con el examen.

La secretaria colgó y alegremente terminó de arreglar sus cosas. Se fue al baño, aunque con una cierta preocupación sobre si los buenos deseos del cónsul no habían sido un sarcasmo.



El comisario se sacó el frasquito que le había dado el doctor del bolsillo y se lo puso en la nariz al francés, al mismo tiempo que empezó a darle cachetaditas para que se despertara. Finalmente, Charles terminó por susurrar, todavía con los ojos cerrados, unas cuantas palabras en su idioma. El tufo a tabaco mezclado con licor barato que despedía Duarte logró lo que a las sales les costaba: que abriera el ojo para encontrarse cara a cara con el comisario.

—Bueno, bueno, mi estimado francesito —dijo el comisario con un tono irónico—. Comencemos otra vez a ver si ahora sí nos entendemos. El doctorcito en el hospital dijo que te habían remendado las tripas pero qué se me hace que algo ya se te reventó allí adentro.

Charles bajó la mirada siguiendo el dedo índice del comisario y vio horrorizado cómo en los vendajes sobre su vientre una mancha de color rojo oscuro se extendía lentamente.

—Todavía nos queda algo de tiempo de las seis horas que te dije hace un rato, pero con ese sangrado se me hace que no vas a durar tanto. Como que es urgente que te vea el doctor pa' que te remiende otra vez, pero de aquí no salimos sin que me hayas contado todo lo que pasó. ¿Puedo contar con tu colaboración ahora?

Charles, que se había quedado como hipnotizado viendo cómo la mancha roja en el vendaje se hacía lentamente más oscura y grande, comenzó a sentir que la sangre caliente comenzaba a escurrirle por la ingle. Levantó la mirada hacia el comisario, quién leyó de inmediato que aquella mirada de angustia significaba «lo que usted quiera». Las palabras sobran.

—Perfecto —dijo alegremente Duarte—. Chepe, ahora sí, anotá.

Guamuch, que desde el inicio del interrogatorio parecía una estatua sentada viendo su máquina de escribir, dio un respingo al oír su apodo. Maquinalmente revisó que las tres hojas con el papel carbón estuvieran bien alineadas en la máquina, le dio dos toques al brazo del rodillo para bajar las hojas un poco y se quedó quieto, esperando a anotar lo que su jefe le dictara.

—Comenzá por ponerle la fecha de hoy —dijo el comisario seguido del rítmico ruido de la máquina de escribir—. Yo, Charles... (Copiá el nombre completo y la fecha de nacimiento como aparecen en el pasaporte). Ciudadano francés, residente en Chepilténango, en Los Altos, me presenté voluntariamente hoy en la comisaría central de esta ciudad para confesar el asesinato de... (Copiá el nombre de la muchacha, que no me acuerdo). El cual cometí el día... (Le ponés la fecha de los bochinches en Arretenango).

» Habiendo observado a la víctima en viajes anteriores y sintiéndome fuertemente atraído por ella, el día anterior al crimen llegué al pueblo con la intención de tener relaciones sexuales con ella a como diera lugar. Para disimular, pretendí ir a comprar verduras y legumbres para el

restaurante que poseo en esta ciudad. Es aquí donde tenés el restaurante ¿verdad? —Charles asintió lentamente—. La gente en Arretenango me conoce por eso, por tener un restaurante e ir a comprar verduras una vez al mes.

» La verdad es que hacía meses que estaba controlando a la víctima y ese día llegué con la firme intención de acostarme con ella. El día de mi llegada hice mis compras habituales y me hospedé en la única casa de huéspedes del pueblo, propiedad de doña Filo... (Dejá un espacio en blanco porque no me acuerdo del nombre completo de la vieja, lo ponemos más tarde), quien me recibió como es costumbre. Al día siguiente, hacia las once de la mañana, me fui en mi carro al camino entre Arretenango y Santa Catalina y me quedé sentado dentro de mi vehículo leyendo el periódico y esperando a que la muchacha pasara. Estaba enterado de que iba a pasar por allí porque, luego de haberla controlado, sabía que por allí regresaba de la escuela que está en Santa Catalina.

» Al ver pasar a la víctima, la introduje en mi carro por la fuerza y me la llevé hacia unos matorrales, donde sostuve relaciones sexuales forzadas con ella durante toda la tarde. Al final, le corté el pescuezo... (no, no el pescuezo) la garganta de lado a lado para evitar que me denunciara. Cuando me hube asegurado de que estaba muerta, me fui en mi carro, dejándola tirada entre los matorrales con la esperanza de que no la encontraran antes de que me hubiera ido del pueblo, pero la gente la halló antes y, acusándome acertadamente del crimen, me dio una ver... (no, vergueada no) una paliza que me mandó al hospital. De allí le pedí al policía que me vigilaba que me trajera a la comisaría para confesar mi crimen. Ratifico que hago esta confesión voluntariamente y sin coerción...

—¿Cómo se escribe eso, comisario?

—Ah, la puta, Chepe cómo sos de burro, pues se escribe... Se escribe... Ponele mejor: «Sin que nadie me obligara», porque de aquí que te explique... Sigamos, ¿en qué estábamos?

—«Como dije antes, hago esta confesión voluntariamente y sin que nadie me obligara» —releyó el cabo.

—Ah, sí. Terminá entonces con: «Confieso porque la conciencia me pesa por haberle hecho daño a una pobre muchacha inocente», y le ponés el nombre de nuestro amigo abajo para que firme.



«Si no estuviera como está...», se dijo el cónsul para sí mismo cuando colgó con la recepcionista. Como siempre, lo llamaba cinco minutos antes de la hora de salida y, como siempre, no se había atrevido a decirle que no por la esperanza que albergaba de poder llegar a algo con ella en alguna de las salidas nocturnas que el personal de la embajada organizaba.

La vida para un joven diplomático como él, de reciente ingreso en el Ministerio de Relaciones Exteriores francés era dura: era práctica normal en el ministerio que los primeros pasos de un debutante fueran en embajadas y consulados, en países subdesarrollados donde los intereses franceses eran menores, pero que permitían una buena oportunidad para formar a las

nuevas generaciones de diplomáticos de carrera. Por ello, sin familia, su vida era muy solitaria y su círculo social estaba restringido a sus compañeros y compañeras de trabajo.

Suspiró y vio el reloj: las tres y cincuenta y siete. Refunfuñando por el retraso, pero sin realmente ningún compromiso después del trabajo se puso con el tema. Como buen *millennial*, su primer refugio fue Internet: abrió una ventana del navegador y escribió «policía Chepiltenango» y el motor de búsqueda le arrojó, como siempre, cientos de referencias. Mientras leía los resultados escuchó el barullo de sus compañeros que se levantaban para irse y dos minutos después la puerta que se cerraba detrás de ellos dejándolo solo. Sin pensar siguió alternando la revisión de los resultados sobre la búsqueda del nombre del pueblo y el sitio de subastas donde estaba intentando comprar el remplazo de una pieza defectuosa para su bicicleta.

Poco a poco su atención se fue concentrando exclusivamente en la subasta hasta que en el último segundo vio que su oferta era superada. Frustrado por haber perdido, profirió una palabrota en francés y se levantó para ir al baño. Al pasar al lado del escritorio de la recepcionista, el papel con «Charles Dubois» y «Chepiltenango» atrajo su atención. Se acercó a recogerlo, pensando que iba a procesarlo al día siguiente, cuando un libro enorme posado sobre el archivero de la recepcionista retuvo su atención. Como buen miembro de su generación, no recordaba haber utilizado un directorio telefónico, pero se le ocurrió que en un país subdesarrollado como en el que él laboraba podría ser la solución a sus problemas. Al principio, no entendió nada pero, para su fortuna, en la primera página había instrucciones. Allí leyó que las oficinas de Gobierno y los puestos diplomáticos aparecían en las páginas azules. Abrió el libro en la sección y encontró Chepiltenango en la «C», pero solo aparecían los números de la municipalidad y otras entidades públicas que no le interesaban. Se le ocurrió entonces buscar en la «P», por Policía, y allí tuvo un momento de ¡eureka!: allí estaban listados todos los números de las diferentes entidades de la Policía Nacional, incluyendo las diferentes comisarías que estaban ordenadas por orden alfabético, según el nombre del pueblo en que estaban. Encontró Chepiltenango, se sentó en la silla de la recepcionista, levantó el auricular y marcó el número debajo del cual mantenía el índice de su mano libre.



Guamuch sacó las tres copias de la máquina de escribir, les quitó el papel carbón y se las pasó al comisario. Este leyó el original en la hoja blanca: siempre le había impresionado la velocidad a la que escribía su asistente, pero la ortografía era mucho menos impresionante. Puso las tres hojas, el original blanco, la copia rosa y la copia azul, en línea sobre la mesita donde estaba la máquina de escribir. Luego acercó la silla con el desdichado francés y le deslizó un bolígrafo de tinta verde entre los dedos de la mano izquierda.

—Aquí está el trato —le dijo Duarte a Charles—: me firmás las tres copias y de una vez te vas donde el doctor a que te remienden.

Charles levantó la cabeza y su mirada de odio más penetrante se topó con los ojos fríos e indolentes de Duarte. Volvió a bajar la mirada para ver cómo el vendaje ya completamente saturado de escarlata comenzaba a gotear en el suelo de la celda y un eructo le llenó la boca de sangre. El dolor era atroz y el frío que comenzaba a subirle por los pies le indicaba que la muerte comenzaba ya a arrastrarle en el último viaje y que, para escapar de ella, necesitaba asistencia

médica de inmediato. En el último momento de lucidez del cerebro, que comenzaba ya a divagar, cogió el bolígrafo lo mejor que pudo y con la poca fuerza que le quedaba garabateó su nombre en el original y en la copia rosa. Logró escribirlo también en la copia azul, pero al terminar se desmayó. Su mano arrastró el bolígrafo por toda la hoja hasta el borde de la mesa y lo dejó caer al mismo tiempo que dio con la cara sobre el papel escupiendo la bocanada de sangre que le había subido unos segundos antes. El comisario recogió las hojas de la mesa con un gesto de satisfacción y caminó hacia la puerta de la celda leyéndolas. Se detuvo en el umbral y se volvió. El cabo Guamuch estaba acomodando a Charles sobre su silla de ruedas.

—Chepe, andate de volada a la subestación de bomberos y deciles que se vengán despepitados con la ambulancia. Deciles que el sospechoso necesita irse de regreso de inmediato al hospital.

Siguió caminando lentamente por el estrecho corredor que de las celdas conducía a la oficina mientras inspeccionaba las copias de la confesión, bloqueándole el paso a Guamuch, que lo seguía de cerca. Se detuvo en seco de tal forma que el cabo le dio con la cara en la espalda, pero esto ni siquiera lo distrajo de la copia azul: una gran mancha de sangre, donde Charles había escupido, cubría prácticamente un cuarto de la hoja. La estaba arrugando con una mano haciéndola una bola cuando el timbre del teléfono de la comisaría lo asustó y le hizo tirar todos los papeles al suelo. Dio medio paso en dirección al teléfono, lo que dejó un espacio por el que el cabo pudo escurrirse. En su carrera hacia la puerta este se tropezó en un bote de basura y fue a caer de rodillas al lado de un escritorio; a tientas buscó debajo de las mesas hasta que recogió las llaves que se le habían caído, se levantó y fue a abrir para ir a cumplir la orden del comisario.

El barullo del torpe cabo lo sacó del estado hipnótico en el que lo había dejado el teléfono. La paranoia de los tiempos de la guerra se manifestó: ¿Quién podría estar llamando en aquel momento preciso? ¿Alguien estaría al tanto de lo que había pasado? ¿Por qué en ese preciso momento? Se agachó para recoger los papeles que se le habían caído y se acercó al aparato. Decidió dejarlo sonar hasta que se cortara. Acto seguido levantó el auricular y marcó un número.

—Judicatura de turno de Chepiltenanto, dígame —respondió una mujer con una voz perezosa.

—Nuria, pásame al juez, es urgente. Hoy está Ramiro, ¿verdad?

—Comisario, buenas tardes, mucho gusto de saludarlo —respondió la mujer cambiando completamente el tono por uno de completa atención—. Sí, hoy está el licenciado Paredes, ahorita se lo comunico.

—¿Édgar? ¿Qué putas? ¿Qué pasó? —lo saludó el juez Ramiro Paredes unos segundos después. Era uno de los jueces de instrucción de turno de Chepiltenanto y uno de sus compañeros de cantina más fieles.

—Ramiro, haceme una campaña. Necesito consignar a un cabrón...

—Traémelo, aquí le hacemos la papelería...

—No, justamente, necesito que te desplacés. El tipo está herido y ahorita lo llevamos al hospital. Si te lo llevo, capaz que se nos muere allí mismo. ¿Nos encontramos en el hospital? ¿En

la entrada de urgencias?

—Ahorita agarro lo que haga falta y nos vemos allí. Llego en unos diez minutos. Después podemos ir a echarnos unas chelas...

—Hablamos allá. Ahorita te tengo que dejar. Ah, antes de que se me olvide, traete también a un oficial del Ministerio Público. Nos vemos en nada. —Colgó el aparato sin esperar respuesta porque la ambulancia acababa de detenerse con un chirrido de frenos frente a la puerta de la comisaría que Guamuch había dejado abierta. Este apareció seguido de dos paramédicos a los que guio hacia la celda sin esperar instrucción del comisario.

Mientras tanto Duarte terminaba de compilar la documentación, ponía algunos nombres y fechas a mano y firmaba por aquí y por allá. Terminó justo para ponerse al final de la extraña comitiva que de las celdas se dirigía a la ambulancia: Charles en su silla de ruedas empujado por uno de los paramédicos mientras el otro avanzaba de lado intentando escucharle el pulso en el cuello con un estetoscopio, seguidos por Guamuch y Duarte. Justo en el umbral se cruzaron con un oficial que venía a tomar turno y al cual el comisario ordenó que se quedara de guardia en la comisaría pero que, sobre todo, no contestara el teléfono.

Los paramédicos subieron a Charles a la ambulancia en su silla, sin siquiera molestarse en ponerlo en la camilla. Guamuch hizo un gesto de hacerse a un lado para dejar pasar al comisario, pero este lo empujó dentro y se sentaron uno a cada lado del desdichado francés. Uno de los paramédicos los siguió mientras el otro se puso al volante y arrancó incluso antes de que su compañero lograra cerrar la puerta. El comisario creyó escuchar a lo lejos el repiqueteo del teléfono de la comisaría, pero fue silenciado casi de inmediato por el aullido estridente de la sirena.



El cónsul dejó que el teléfono sonara hasta que se cortó. Mecánicamente apachó la tecla para marcar de nuevo el último número, pero esta vez sonó ocupado. Aquello le intrigó un poco, aunque no demasiado, dada la experiencia que tenía ya con la telefonía en aquel país. Colgó y continuó el interrumpido viaje al baño.

Saliendo se dirigió derecho a su escritorio. Echó un último vistazo para asegurarse de no haber olvidado nada, recogió su maletín y salió de la oficina. Caminando hacia la puerta, vio de nuevo el número sobre el teléfono de la recepcionista y el directorio que había olvidado abierto sobre la mesa. Sin sentarse, volvió a pulsar la tecla que tenía aún el número de la comisaría de Chepiltenango en la memoria. Mientras ponía el directorio de vuelta donde lo había encontrado, escuchó de nuevo el tono de llamada. Con el maletín en una mano, se quedó de pie al lado del teléfono hasta que la llamada se cortó. Se encogió de hombros y pensó que ya intentaría llamar de nuevo al día siguiente. Salió de la embajada, cerró la puerta con llave y caminó al ascensor, consultando en su teléfono el sitio de subastas de nuevo, buscando otra oferta de aquella maldita pieza sin la cual se perdería el viaje al volcán del fin de semana.



La ambulancia llegó a la emergencia del hospital. Antes de que se detuviera, la puerta trasera se estaba ya abriendo. Duarte fue el primero en saltar al pavimento y de inmediato se puso a escrutar los alrededores con la mirada desentendiéndose completamente del herido y sus otros acompañantes. Guamuch, por otro lado, lo siguió y se volvió de inmediato para recibir la silla de ruedas que el paramédico empujaba desde dentro, casi aplastando al cabo. Afortunadamente para él, en ese momento el conductor de la ambulancia ya estaba a su lado y entre los dos lograron colocar la silla en el suelo sin dejarla caer. Los siguió el otro rescatista sosteniendo algunos equipos que había cableado al cuerpo del pobre francés y bombeando un balón de aire conectado a un tubo que entraba en la boca del paciente. De la puerta de la emergencia salieron el doctor Batres Quiroga y unas enfermeras corriendo.

—El paciente está inconsciente —comenzó a informar el paramédico al personal del hospital antes de que le preguntaran nada y siguiendo un riguroso protocolo—, presenta hemorragia externa, sin posibilidad de determinar el origen por los vendajes, pero proveniente aparentemente de la región abdominal; debe de haber hemorragia interna porque la sangre le sube a la boca a intervalos regulares. Entubación traqueal para facilitar la respiración. Hipotensión arterial y síntomas de *shock* hipovolémico...

El doctor se estaba poniendo los guantes de látex e inmediatamente inspeccionó el cardiograma en la pantalla de la máquina del paramédico. Les hizo señas de que lo siguieran al interior de la emergencia, pero el comisario se interpuso en su camino.

—No tan rápido —dijo el comisario ante la sorpresa de todos los presentes—. Señor juez, por aquí.

Un hombre alto y delgado se acercó. Llevaba unas gruesas gafas, barba espesa y tenía un tinte amarillento en la piel. Cuando se acercó despedía un desagradable olor a alcohol rancio. Llevaba un traje que originalmente debía haber sido negro, pero que los años habían transformado en un gris oscuro disparejo. Llevaba un portafolios tan viejo como su traje, del cual extrajo un rimero de papeles. Era seguido de un hombre joven, bajito, moreno, con una incipiente calvicie que llevaba una chaqueta negra dos tallas demasiado grande y que tenía sobre el hombro derecho las letras «MP» en amarillo y en la espalda las palabras «Ministerio Público».

—Buenas tardes —dijo el juez con una calma que contrastaba con la situación—. ¿Este caballero es el consignado?

—Así es, señor juez —respondió Duarte tendiéndole todos los documentos que habían preparado entre él y Guamuch en la comisaría. El juez los leyó tomándose su tiempo, como si estuviera sentado en la mesa de la cantina que frecuentaba casi todas las noches y no frente a un pobre infeliz cuya vida se veía huir en la sangre que goteaba sobre el pavimento. Iba leyendo los papeles, retiraba una copia y le pasaba la copia restante al oficial del MP.

—Me parece todo en orden. Veo que le leyeron sus derechos cuando estaba consciente todavía. «Rehúsa firmar». No es inusual, sobre todo entre los acusados de crímenes tan horribles como el que nos ocupa hoy. Ah, pero confesó. Bueno pues, como veo que la situación apremia, vamos a acelerar esto. Siendo las —se miró el reloj electrónico barato que llevaba en la muñeca— dieciséis horas y cuarenta y siete minutos, el señor Charles Dubois queda consignado ante este

tribunal acusado de secuestro, lesiones contra una menor, violación relaciones sexuales con menor y asesinato. ¿Pidió el acusado un abogado?

—No, señor juez —respondió el comisario.

—Dado que es extranjero, ¿pidió asistencia consular?

—Tampoco.

—Entonces, la secretaría de este tribunal notificará en las veinticuatro horas que siguen a la Defensa Pública para que un abogado de oficio sea asignado a este caso. Ordeno también que en el mismo espacio de tiempo el oficial a cargo del arresto, es decir, usted, comisario, produzca un reporte circunstanciado del mismo. Ordeno también al Ministerio Público abrir una investigación al respecto...

—Falta una hoja —dijo el oficial del MP que hasta ese momento se había mantenido en silencio—. Me falta una copia de la confesión que el señor juez me mostró.

—Tome esta —le dijo el comisario tendiéndole la copia rosada que era para él—. Solo hágame el favor de faxearme una copia mañana o cuando pueda para añadirla a nuestro expediente.

El oficial del MP asintió al mismo tiempo que el juez ponía las hojas de protocolo oficial que llevaba contra una columna de la entrada, las firmó y les puso un sello. Metió en la misma carpeta las hojas que acababa de certificar, el pasaporte de Charles, los originales del parte de arresto y de la confesión que le había dado Duarte y en la pestaña garabateó «Dubois», abriendo así oficialmente el expediente de instrucción. Guardó todo en su maletín y se apartó. Justamente en ese momento una alarma prolongada proveniente de una de las máquinas conectadas al cuerpo de Charles indicaba que su corazón entraba en fibrilación. El doctor, las enfermeras, los paramédicos y Guamuch, que era quien había quedado a cargo de empujar la silla, corrieron al interior.

Antes de que se cerrara la puerta automática, Duarte le gritó a Guamuch que se quedara con el acusado hasta nueva orden. Se alejó del juez mientras este hablaba por el celular con su secretaria dándole instrucciones. El comisario sacó el teléfono misterioso y escribió: «Ya estuvo. Confesión firmada de puño y letra del sospechoso. Consignado en tiempo y respetando el debido proceso».

—Vamos a echarnos un trago, Édgar —le dijo el juez, que había terminado su llamada y estaba de pie a escasos metros de él. A Duarte le pareció temprano, pero había causa de celebración, así que accedió. Dentro de su bolsillo, el celular vibró y mostró en la pantalla la respuesta al mensaje enviado: «☺».

Capítulo VIII

Cabos sueltos

En Francia, las radios que pasan *talk shows* todo el día son más populares que las que transmiten música. Las discusiones en esos programas no tienen fin y nunca logran poner de acuerdo a los panelistas en nada. Mientras que los extranjeros sienten que eso es aburrido, los franceses dicen estar de acuerdo; sin embargo, no cambian de estación y ay de aquel que se atreva a interrumpir los debates donde todo mundo grita al unísono argumentos apasionados sobre si el pastel de chocolate se tiene que hacer con mantequilla o con margarina.

El cónsul de la República francesa en Los Altos, fiel a esa tradición, había buscado diligentemente todas las radios disponibles en su carro hasta que había caído sobre una que respetaba el formato y que, por ser en español, le permitía practicar su oído durante la media hora de tráfico pesado que le llevaba para llegar del consulado al gimnasio donde había quedado con otro compañero cónsul para jugar squash. Aquel día, el debate era sobre el panorama electoral que comenzaba a configurarse de cara a las elecciones a las que había convocado la Máxima Autoridad Electoral apenas unos días antes y que culminarían con las elecciones para remplazar al actual presidente de la república, quien terminaba su segundo mandato y no podía presentarse a su propia sucesión.

Los argumentos eran los mismos de siempre: la falta de gobernabilidad, la violencia, la pobreza, el hambre endémica entre los niños del país y otras muchas miserias que, según los panelistas, eran las propuestas sobre las cuales los alteños elegirían a sus nuevas autoridades. Ignoraban que, en realidad, el que iba a ganar sería el que gastara más en campaña, en compra de votos y que tuviera la canción más guapachosa. En ese momento, el moderador del debate lo interrumpió:

—Tenemos a uno de nuestros periodistas en vivo desde la puerta del Palacio Nacional donde el viceministro de seguridad ciudadana y candidato confirmado a la presidencia, Remberto Cabral, ha convocado una improvisada rueda de prensa. Adelante, Paco.

—Gracias, Hugo. Efectivamente, el viceministro venía saliendo de una reunión y nos llamó a todos los periodistas que cubrimos la sede del Gobierno para que lo siguiéramos y estamos esperando a que... Ahora empieza.

—Gracias, muchas gracias por seguirme y perdonen por la improvisación, pero es que la información me acaba de llegar ahora mismo de parte de los investigadores —dijo la voz algo gangosa de Remberto Cabral, que resonaba entre un concierto de clic producidos por los disparos rabiosos de las cámaras—. Les quería comunicar a ustedes y al pueblo de Los Altos que el autor

del horrendo crimen de Arretenango, que ocasionó los bochinches de la semana pasada, ha sido identificado como un extranjero que se encontraba en el pueblo. Este individuo ya confesó el crimen y está bajo arresto en el hospital de Chepiltenango porque fue una de las personas que resultó heridas durante los disturbios. Estas acciones fueron posibles gracias a la profesional y rapidísima investigación conducida por la Policía Nacional bajo mis órdenes. Esta es una muestra más para la población del compromiso que tenemos con una rápida y efectiva aplicación de la justicia.

—Dijo que es extranjero. ¿Sabe de dónde es? ¿Cómo se llama? —La pregunta se escuchó en el trasfondo de la transmisión, claramente gritada por una periodista que se encontraba alejada del micrófono de la radio, pero el ministro ya había empezado a caminar para alejarse del tumulto de los periodistas y no respondió.

El cónsul estaba detenido en un semáforo en rojo escuchando. Le tomó un segundo hacer la relación, pero abrió los ojos lo más que le permitían los párpados, repitió varias veces *putain* y comenzó una maniobra de media vuelta sobre una línea amarilla doble. Un oficial de la Policía que estaba por allí se avanzó con el gorgorito en la boca para detener la infracción pero, al ver la placa diplomática, decidió que lo mejor era hacer la vista gorda. Una vez en la vía en sentido contrario, el cónsul aceleró sin poner atención ni al conductor que había dejado atrás y que le hacía gestos obscenos por la ventanilla ni al límite de velocidad.

El inexplicable fenómeno que hace que todo el mundo vaya siempre a la misma hora en la misma dirección resultó en que el mismo recorrido que le había llevado más de media hora en un sentido le llevase menos de diez minutos en el opuesto. Se estacionó frente al consulado haciendo chillar las llantas y entró trotando. Se detuvo un segundo para recoger el papelito de la recepcionista que aún estaba al lado del teléfono y se dirigió a su oficina. Encendió la computadora antes de sentarse y, una vez en la silla, se puso a golpear el suelo con los pies impacientemente. Finalmente, pudo abrir el archivo de los ciudadanos franceses residentes en Los Altos registrados en el Consulado.

Leyó el nombre en el papel e hizo una búsqueda por el apellido Dubois y de nuevo la palabra *putain* se le salió al ver ocho nombres, siete con direcciones registradas en la capital y uno, Charles Dubois, como residente de Chepiltenango. Saltó de la silla y se dirigió a la oficina de su jefe, el cónsul general. Pasó a un lado del escritorio y se detuvo frente a la pared detrás de la butaca, con su rostro al mismo nivel que el del presidente de Francia, que lo observaba con una sonrisa desde la foto que allí colgaba. Se sacó del bolsillo un llavero y eligió una llave que nunca había utilizado antes y que le habían explicado muy claramente que era solo para emergencias. Movié el marco de la foto del presidente para descubrir una cerradura en la que metió la llave y la giró. La sección de pared rotó sobre un eje central y se transformó en una puerta, la cual atravesó a grandes zancadas y se cerró detrás de él.

La puerta daba a un pasillo oscuro que, a su vez, conducía al jardín de la mansión que estaba exactamente detrás del edificio del consulado, al cual se accedía por una reja de hierro al lado de la que había un intercomunicador con dos cámaras y un botón. Apachó el último y un arco se iluminó alrededor de las cámaras: enfrente de la de abajo puso su carné del consulado y de la de arriba, su cara. Al cabo de unos segundos, un zumbador lo alertó de que la reja estaba abierta, la empujó y se adentró en el jardín. El tiempo que le llevó atravesar el enorme jardín hasta llegar a

la puerta de la casa permitió a la anfitriona salir a recibirlo. Era una mujer madura, alta, esbelta, de ojos azules detrás de un par de anteojos bifocales, con el rubio cabello agarrado en un moño sobre su cabeza y una taza en la mano. La elegancia de la ropa de marca de diseñador que llevaba contrastaba con las chancletas viejas que calzaba.

—*Excellence* —le dijo el cónsul en francés inclinando la cabeza.

—*Monsieur le consul* —respondió la embajadora correspondiendo al saludo.

—Le pido que me disculpe por mi intromisión a esta hora, pero me temo que tenemos una emergencia. ¿Habrá usted escuchado algo sobre un crimen que sucedió en un pueblo llamado Arretenango la semana pasada? —La embajadora asintió con la cabeza al mismo tiempo que le daba un sorbo a su taza y le hacía un gesto al cónsul de caminar con ella por el jardín—. Acabo de escuchar en la radio que el viceministro a cargo de la seguridad...

—¿El que es candidato a presidente?

—El mismo. Pues acaba de decir en la radio que ya tienen al autor del crimen de Arretenango, que confesó el crimen y que está detenido en el hospital de Chepilténango porque, según leí en la prensa, la gente había intentado lincharlo. Según dijo, el hombre es un extranjero y tengo información que me permite hacer pensar que se trata de uno de nuestros conciudadanos que viven aquí.

—De acuerdo —dijo la embajadora sin detenerse y dando otro sorbo a la taza—. Pero ¿por qué la urgencia? Ese es un trabajo de rutina para usted. Prestarle asistencia consular, conseguirle un abogado...

—Sí, excelencia, tiene usted razón. Pero el asunto es que no hemos recibido ninguna petición de asistencia consular. Oficialmente, de hecho, ni siquiera tenemos confirmación de que el hombre sea francés. Sin embargo, hoy recibimos una llamada anónima en el consulado informándonos de que un tal Charles Dubois, conciudadano nuestro, estaba ingresado herido en el hospital de Chepilténango y que la Policía se lo había llevado, y justamente en el registro tenemos una persona con ese nombre que vive en Chepilténango. Todo cuadra.

—Pero no tiene sentido. Si estaba herido, lo lógico era que lo arrestaran en el hospital y nos avisaran inmediatamente...

—Precisamente, excelencia, por eso justamente vine a verla. Esto huele a uno de esos secuestros que hace la Policía aquí, que se llevan a la gente y luego los reaparecen cantando como canarios, perdone la expresión, reconociendo los más horribles crímenes que muchas veces no han cometido. Y el involucramiento de un candidato a la presidencia...

—Ha hecho usted bien en venir a verme. Voy a contactar con la ministra de Exteriores para pedir explicaciones. Usted, mientras tanto, esté atento en caso de que llegue una petición de asistencia consular. —La embajadora le tendió la mano al cónsul, quien la estrechó entendiendo que la entrevista se había terminado. Se retiró por donde había llegado y se detuvo un momento para desviar la línea de urgencias del consulado, que normalmente apuntaba hacia una grabadora, hacia su propio teléfono celular. Luego, salió hacia su carro y entró de nuevo en el lentísimo

tráfico de la hora pico intentando localizar a su compañero de *squash* para explicarle el retraso e intentar reprogramar el juego.



Remberto Cabral lideraba la reunión del comité de campaña en su oficina del Ministerio de Gobernación, que había transformado en cuartel general mientras le preparaban un edificio que un misterioso financista de la campaña había puesto a su disposición en uno de los mejores sectores de la ciudad. La discusión sobre gorras que iban a regalar en las carreteras durante las vacaciones de Semana Santa fue interrumpida por su asistente, Cecilia Pereira, quien irrumpió en la oficina sin siquiera tocar la puerta. Se acercó al candidato/viceministro y le susurró algo al oído. Este la miró extrañado y, sin dar ninguna explicación, se levantó y salió del despacho.

Subió a grandes zancadas las gradas que lo llevaban al piso superior preguntándose por qué el ministro de Gobernación quería verlo. Desde que había declarado públicamente su candidatura, los otros altos funcionarios del Gobierno se habían dividido entre aquellos que lo cortejaban esperando favores en caso de que ganara y los otros que lo ignoraban porque preferían ser leales al candidato designado por el presidente. El ministro era de los segundos y hacía ya varias semanas que lo evitaba, apenas le dirigía la palabra en las juntas del gabinete de seguridad y ahora así, de repente, lo mandaba a llamar con urgencia. Entró en la *suite* del ministro, saludó a la secretaria que estaba preparando sus cosas para irse y entró al despacho.

La oficina era más grande y suntuosa que la suya. El ministro estaba sentado en una de las butacas que había alrededor de una mesita de centro frente a su escritorio. Frente a él había un sofá, en una de cuyas esquinas estaba sentada la ministra de Relaciones Exteriores. Cuando entró el ministro, ni siquiera le respondió al «buenas noches» que su todavía subalterno soltó entre dientes y solo le indicó de un movimiento perezoso de la mano el otro extremo del sofá, donde Cabral se sentó. Fue la ministra la que habló primero.

—Buenas noches, Remberto. Hace un rato me llamó la embajadora de Francia para decirme que tenía información sobre que un ciudadano francés se encontraba bajo arresto por el crimen de Arretenango de la semana pasada, pero que nadie les había comunicado nada oficialmente. ¿Sabe usted algo al respecto?

—¿Que si sabe? —se adelantó el ministro a responder—. ¿No vio todo el circo que montó hace rato a la salida del palacio? ¿Qué diablos está pasando, Remberto?

Cabral se movió incómodamente en el sofá y se aclaró la garganta.

—Lo que yo sé es lo que dije hoy a la salida del palacio. El hombre ese al que la Policía rescató de Arretenango la semana pasada se despertó del coma en el que la gente lo dejó y confesó el crimen. La Policía no ha logrado formalizar el arresto hasta hoy porque, como dije, el hombre ha estado inconsciente.

—¿Y es francés? —preguntó la ministra.

Cabral repasó mentalmente las palabras que había dicho durante la «improvisada»

conferencia de prensa a la salida del palacio. No solo había practicado frente a un espejo antes de enfrentarse a los reporteros, sino que encima se había visto a sí mismo en vídeo al menos cinco veces durante la tarde, no solo porque le encantaba el sonido de su voz, sino también para identificar aspectos a mejorar en su discurso. Estaba seguro de no haber dicho que el hombre era francés. Se le hizo un nudo en el estómago y no por los dos ministros que estaban allí.

—¿Y qué si lo es?

—Que si es francés la embajadora me dijo que no han recibido ninguna petición de asistencia consular y eso es grave. Es el incidente diplomático asegurado —replicó la ministra.

—Ah ver, aclaremos algo: como ustedes saben, yo soy abogado penalista y no de los peores —dijo Cabral levantándose del sofá y dirigiéndose a la puerta—. Así que aquí les va la lección de derecho cortesía de la casa: según la Constitución, la Policía tiene veinticuatro horas después del arresto de un extranjero para avisar al puesto consular correspondiente. Con todo respeto, a su altísima jerarquía le aconsejaría a la embajadora, a la canciller y al señor ministro que estudien primero ley antes de venir a interferir con los que estamos intentando hacer nuestro trabajo. Voy a averiguar y ya les cuento algo mañana.

Aprovechó el efecto de sorpresa que su insolencia había causado en los dos ministros para salir del despacho sin siquiera dar tiempo a que le respondieran. Una vez fuera de la *suite* corrió hacia su oficina; ignoró a Cecilia, que le lanzó un «¿qué querían?» cuando lo vio pasar como un rayo frente a ella; entró en el despacho, que estaba ahora vacío, dio un sonoro portazo y se dirigió directo al escritorio. Sacó un viejo teléfono celular, de los que servían únicamente para llamar y mandar mensajes de texto, y escribió un mensaje a uno de los números de la memoria: «Hay vergueo. Mañana lo espero aquí a las 20h».



El sistema de justicia de Los Altos estaba tan endémicamente mal financiado que muchos funcionarios tenían que absorber atribuciones que no les correspondían por el simple hecho de que no había presupuesto para pagar salarios a otras personas que se encargaran de esas tareas. Tal era el caso del Juzgado Primero de Instrucción del ramo penal de Chepiltenango. La joven abogada que actuaba como secretaria del tribunal no solo tenía que hacer las funciones propias de su puesto, sino que también tenía que ocuparse de las del notificador y de las del asistente administrativo.

Al día siguiente del arresto de Charles, la secretaria llegó temprano a la oficina y se encontró una carpeta puesta o, más bien, lanzada sobre su teclado, pues algunos folios salían de la carpeta y un par de ellos estaban en el suelo. En la portada reconoció sobre una nota autoadhesiva la torpe escritura del juez Paredes, que decía: «Notifíquese urgentemente Defensa Pública y consulado de Francia. Sospechoso preso, pero en el hospital nacional. Hacer copia de confesión y faxeársela a Édgar». Suspiró mientras se agachaba a recoger los papeles. Revisó que todo estuviera en orden y se dirigió a la fotocopidora, donde hizo dos copias de todo el expediente. Aprovechó que la misma máquina tenía la funcionalidad de fax para mandar la confesión a la comisaría. De vuelta en su escritorio las certificó como conformes y puso todas las copias una al lado de la otra sobre la mesa.

Encendió la computadora y en el programa de procesado de texto abrió una plantilla llamada «asistencia_consular», la cual grabó como documento añadiendo la palabra «dubois» al final del nombre del archivo. Conocía aquel archivo bastante bien, pues los turistas extranjeros que eran sorprendidos usando drogas en la ciudad no eran raros. Sacó el pasaporte de Charles del expediente original que le había dejado el juez y llenó la plantilla con el nombre del sospechoso, fecha de nacimiento y otros datos personales. Completó el resto copiando datos de las actas de arresto y de otros documentos. Finalmente, en la sección reservada a las observaciones, escribió:

«El señor Dubois se encuentra bajo arresto y sujeto a proceso penal por los delitos indicados anteriormente, pero debido a su estado de salud se encuentra internado en el Hospital Nacional de Chepiltenango bajo custodia policial ordenada por esta judicatura».

Imprimió dos copias del documento, les puso su sello oficial como secretaria del tribunal, el suyo personal de abogada y las firmó. Garabateó a mano en un sobre: «Consulado de la República francesa en la república de Los Altos», y metió las dos copias; una vez que una tuviera el acuse de recibido por el consulado, haría más para añadir las a las otras del expediente que ya había hecho. El mismo proceso seguiría con cada pieza que sería añadida al expediente. Un trabajo lento y tedioso propenso a errores, sobre todo cuando era ejecutado por funcionarios sobrecargados.

Metió la carpeta original que le había dejado el juez en el gavetero metálico que servía de archivo del tribunal en la letra «D», luego puso las otras dos copias completas del expediente en dos carpetas nuevas que metió en sobres separados. En uno escribió «archivo», en referencia al archivo del Organismo Judicial donde se registraban todos los procesos judiciales en curso en el país; y en la otra, «DP» en alusión a la Defensa Pública. Puso los tres sobres en una caja que estaba a sus pies, donde se acumulaban ya otros expedientes de la semana, y cargó con ella. La esperaba un viaje a la capital, seguido de un largo día ejerciendo la función de notificador judicial, que no estaba en la descripción de su puesto y por la que no recibía remuneración alguna.



El comisario Édgar Augusto Duarte Pereira abrió un ojo y lo cerró de inmediato. La oscuridad de nuevo encontrada le permitió darse cuenta del dolor de cabeza que le martilleaba en el cráneo y de la sequedad en la garganta. Se sentó en la cama y con los ojos entreabiertos ubicó la silla donde estaba su uniforme. Tambaleándose y con los ojos medio cerrados llegó hasta a él. Buscó en los bolsillos sus gafas de sol y se las puso. Así protegido logró abrir los ojos y ver alrededor reconociendo una de las sucias habitaciones del segundo piso de su cantina habitual, donde en alguna ocasión había pasado ya la noche con alguna de las señoritas que allí trabajaban. Esta vez era incapaz de acordarse de si se había ido a la cama solo o acompañado, ni tan siquiera de cómo había llegado allí.

Se vistió lentamente maldiciendo el alcohol y jurando que no volvería a echarse un trago en su vida hasta que se puso la chaqueta y sintió algo pesado que le golpeó el pecho. Metió la mano en el bolsillo y encontró su petaca, la sacudió y escuchó el sonido del líquido moverse dentro. La abrió y rompió el solemne juramento que acababa de hacer. El trago le hizo hacer una mueca de disgusto y salió de la habitación. Bajó las escaleras hacia la cantina que estaba todavía cerrada y vio en una esquina a su amigo, el juez Paredes, sentado en una mesa con un plato de caldo frente a él y deteniéndose la cabeza entre las manos. Hacia allá se fue y se sentó frente a él.

—Buenos días —masculló con una voz áspera mientras la dueña de la cantina, sin mediar palabra, le ponía enfrente un plato del mismo caldo que tenía el juez y una botella de litro y medio de agua. Paredes, en lugar de responder al saludo, se limitó a señalar con el dedo un punto detrás de la cabeza del comisario. Este se volteó y vio el reloj en la pared opuesta de la sala: la una y veinticuatro de la tarde. El caldo y el agua fueron consumidos lentamente y en silencio. El comisario terminó antes que el juez, se levantó dándole una palmada en el hombro a título de despedida y, tirando un billete sobre la mesa, se fue de la cantina.

Caminó hasta la comisaría lentamente. Al acercarse, un reportero le puso un micrófono frente a la boca y le dijo algo que no alcanzó a entender. Lo apartó de un manotazo y continuó andando como si nada pasara. Entró en la vieja casa, detuvo con un gesto de la mano a varios de sus subalternos, que se levantaron con la intención de decirle algo, y continuó con la misma parsimonia hasta su oficina, que todavía tenía los postigos cerrados desde el día anterior. Cerró la puerta; la oscuridad era un alivio para la resaca que todavía lo torturaba. Vació sus bolsillos sobre la mesa del escritorio para estar más cómodo y notó una luz que se encendía y se apagaba en el teléfono desde el que había reportado el día anterior el arresto del francés.

Después de leer el texto dejó escapar un resoplo de frustración y durante un segundo intentó pensar sobre qué problema podría tratarse, pero su cerebro se rehusó a hacer cualquier esfuerzo intelectual. Vio la hora en el teléfono y concluyó que aún había tiempo antes de la reunión en la capital. Tiró el aparato sobre la mesa y luego se dejó caer sobre el viejo sofá que estaba en su oficina. No había aún posado la cabeza cuando ya se había dormido profundamente.



«¿Por qué estos muchachos tontos creen que es más seguro venir a fumarse un porro aquí donde la posesión de droga está penalizada con diez años de prisión que en Francia donde los policías se hacen los locos cuando ven a alguien fumando en la calle?», se preguntó a sí mismo el cónsul al regresar a la embajada del tribunal donde acababa de dejar a un muchacho francés de veintiún años en lágrimas, luego de ser condenado a esa pena por fumar marihuana en el parque central de una antigua ciudad que era la meca del turismo en Los Altos. Ahora sería transferido a La Jungla, el centro penitenciario en medio de la selva tropical alteña conocido con ese sobrenombre no solo por su ubicación, sino porque dentro las autoridades no ejercían control alguno y reinaba la ley del más fuerte. Una perspectiva que intimidaba hasta al más curtido de los criminales.

Una parte importante de su trabajo en cuanto a asistencia consular era facilitar los sobornos a los jueces para reducir o incluso anular las penas de prisión de los ciudadanos franceses sorprendidos cometiendo delitos menores en el país. El estado francés tenía por política no pagar sobornos, pero las prisiones en Los Altos eran auténticos basureros sociales donde la ley no existía y donde la vida de los reclusos estaba en constante riesgo. Por ello, los cónsules tenían el mandato de buscar los medios para sobornar a los jueces, fiscales y policías siendo la fuente más común de financiamiento las familias de los acusados.

El cónsul se dejó caer en su silla, con la cabeza reclinada hacia atrás y las manos sosteniéndose la nuca. Bostezó descaradamente, debido al cansancio ocasionado por haber pasado toda la mañana y buena parte de la tarde en el tribunal, y al enderezarse vio un sobre sobre el

teclado de la computadora. Lo abrió y encontró dentro la notificación del tribunal de primera instancia penal de Chepiltenango respecto a la consignación del ciudadano francés Charles Dubois.

El Estado francés tampoco pagaba los abogados defensores, pero la experiencia había mostrado a los cónsules que les salía más barato a las familias sobornar a un juez o a un fiscal en ciertos momentos claves de los juicios que pagar un abogado durante todo el proceso. Por ello, uno de los contactos privilegiados en la agenda del cónsul era el director de la Defensoría Pública, institución alteña cuya función principal era proveer asistencia legal a aquellos procesados que no tenían los recursos para costearse un abogado. El cónsul marcó el número, que se sabía ya de memoria gracias a las tonterías que muchos turistas hacían en el país, se presentó y la secretaria le comunicó con el director.

—¡Aló! «*Mesiú*» le consul. ¿Ya vio? Le dije que iba a aprender francés. ¿Cómo está? Me imaginé que me iba a llamar. Ya me informó el abogado del resultado del proceso de esta mañana. No sabe cómo lo siento. Pero no se preocupe, vamos a empezar a preparar la apelación...

—Señor director, muchas gracias pero le llamo por otro asunto.

—¿Otro asunto?... Ah, ¿la notificación del asunto de Arretenango? —El director cambió a un tono más serio—. Ya le llegó a usted también, me imagino. Ese asunto sí está, como decimos por aquí, trompudo, porque eso de lo que acusan a su conciudadano es serio, grave, gravísimo. Este no es el típico asunto de cuenta de hotel sin pagar a los que estamos acostumbrados.

—Por eso justamente quería pedirle que le asignara al señor Dubois el mejor abogado que tenga usted disponible.

—Pues fíjese que el señor Dubois está de suerte. Justamente acabamos de emplear a un nuevo abogado que cumple perfectamente las necesidades de este caso. Empieza a laborar justamente mañana y como este será el primer caso del que se va a ocupar, me comprometo con usted que en la medida de las posibilidades va a trabajar exclusivamente en él, durante los primeros meses del proceso al menos.

—Muchísimas gracias, señor director. ¿Me puede hablar más de ese abogado?

—Es el hijo de un distinguido abogado de este país. Justamente es mitad francés por parte de madre y vuelve luego de varios años en Francia especializándose en Derecho.

—Sueno muy bien. Me encantaría conocerlo en cuanto se pueda. Muchas gracias por su ayuda, señor director.

—Es un placer. —Y colgó el teléfono.

El cónsul se levantó, entró a la oficina de su jefe, el cónsul general, lo informó de la situación y ambos atravesaron la puerta oculta detrás de la foto del presidente francés para ir a informar a la embajadora.



La patrulla se detuvo con un chirrido de neumáticos frente a la entrada del Ministerio de Gobernación. El comisario descendió y corrió hacia las escaleras que conducían a la oficina del viceministro. A las ocho en punto entró en la *suite*. Cecilia ya se había ido, pero la puerta del despacho del viceministro estaba abierta.

—¡Buenas noches! —lo saludó el viceministro levantándose y tendiéndole la mano—. Veo que es usted puntual. Eso es raro en estos lares, pero es muy apreciado por mí, créame.

—Buenas... Buenas noches, lic... licenciado —respondió Duarte jadeando y estrechando la mano tendida del candidato—. Me tenía usted intrigado después del mensaje de anoche. Perdone que ni le contesté, pero visto el tono y la urgencia lo tomé como una orden.

—No hombre, tampoco es para tanto. —El viceministro le señaló uno de los sillones frente a su escritorio y se dirigió a un refrigerador que estaba en una esquina del despacho, del que sacó una botella de agua que le dio al comisario antes de sentarse—. Las cosas se pusieron un poco extrañas anoche y por eso le mandé el mensaje... —Cabral le contó la reunión con la ministra de Exteriores y el ministro de Gobernación, su jefe.

—Lo que me jode al final de cuentas es que yo en la conferencia dije que habíamos agarrado al hombre, que había confesado y que era extranjero. Justamente no quise decir de donde era para no tener a los embajadores brincando sobre nosotros con lo de la asistencia consular. Se imaginará entonces el susto que me llevé cuando me voy dando cuenta de que los patrones sabían que el tipo era francés y que encima se habían enterado por la embajadora francesa; pero, claro, eso era sin contar con su eficiencia, comisario.

El inesperado cumplimiento hizo que el comisario frunciera el ceño extrañado. Cabral continuó:

—¡No se haga, hombre! Hoy mismo le llegó la notificación al consulado de Francia, como dice la ley. En menos de veinticuatro horas, como tenía que ser. ¡Hasta la ministra de exteriores me llamó para disculparse! La bruja esa quiere que, si gano, la deje en el puesto. El ministro en cambio mejor se quedó callado, que son buenas noticias. —Adoptando un tono más sombrío continuó—. Así que por ese lado todo en orden, pero...

—Hay vergueo, citando su mensaje —completó Duarte—. Hay vergueo porque se enteraron de alguna forma de que el tipo era francés, lo cual significa que hubo una fuga. Y quien dice fuga...

—Yo no quiero saber detalles de cómo le sacó usted esa confesión a ese tipo. Entre menos sepa mejor, pero hay un problema allí y hay que solucionarlo y rápido.

Un silencio se instaló entre los dos hombres mientras el comisario reflexionaba. Al viceministro lo habían reprendido la noche anterior, así que no podía ser el juez porque desde que le había mostrado el pasaporte este había estado con él emborrachándose. El pasaporte, en cambio, se había quedado en el expediente así que otra opción era que hubiera sido la secretaria del tribunal, pero ella ni siquiera estaba allí cuando habían ido a dejar los papeles, así que lo habría visto apenas en la mañana.

—¡Me encantan! —dijo Cabral rompiendo un silencio durante el cual se había distraído viendo unas muestras de las gorras de la campaña—. La foto me hace ver como un líder, como...

—Para resolver esto, solo hay una forma —interrumpió el comisario—. Una vez que averigüe me van a hacer falta unos veinte mil reales.

—¿¡Cómo así!? ¿Apenas nos conocemos y ya me está pidiendo pisto?

—Perdone, no le estoy pidiendo dinero. Estaba pensando en voz alta. Necesito veinte mil reales para solucionar esto. El problema es que necesito dinero que no sea trazable y actualmente lo único que tengo está en mi cuenta, así que no sería una buena idea...

El comisario se detuvo al ver que el viceministro se levantaba sin razón aparente del sofá que ocupaba. Caminó hasta su escritorio, se sacó una llave del bolsillo y abrió un gabinete que estaba debajo de la ventana, del cual sacó un maletín negro que puso sobre la mesa de su escritorio y lo abrió. El comisario alcanzó a ver que estaba lleno de fajos de billetes. Cabral sacó dos fajos, volvió al sofá y puso el dinero sobre la mesita de centro que lo separaba del comisario.

—Para mostrarle al pueblo y al embajador norteño que somos apuesta segura, le estamos poniendo la presión a los narcos...

—¿El decomiso de la semana pasada? ¿El que salió en las noticias que había logrado capturar cincuenta kilos de coca y un millón de reales en efectivo?

—Está usted bien informado, aunque hay un detalle: no fue un millón exactamente; sino, digamos, un poquito más. —Las dos últimas palabras las pronunció con una sonrisa socarrona y un guiño.

—Problema resuelto entonces —repuso el comisario alzando las cejas y embolsándose la plata—. El resto es fácil. También necesito... Eh, quería pedirle, si fuera posible, que nos sacara a un subalterno y a mí de Chepilténango, de urgencia.

—Y eso ¿por qué? —preguntó extrañado el viceministro frunciendo el entrecejo; pero, al ver la ceja izquierda del comisario alzada, entendió—. No, ya entendí, no es bueno que yo sepa por qué. Déjeme ver cómo lo vamos a hacer. Anóteme aquí los nombres completos y rangos suyo y de su subalterno para que arreglemos las transferencias. El comisario escribió lo que se le pedía en el papel que le había tendido el viceministro, se levantó del sillón, le estrechó la mano y se retiró. En el camino de vuelta a la patrulla iba dándole vueltas en la cabeza a quienes habían visto el pasaporte y hubieran podido avisar a la embajada.



Al día siguiente el comisario se levantó tarde. Pasó la mañana en la comisaría poniendo al día papelería atrasada luego de la celebración de la fiesta de Santa Resaca que había guardado el día anterior. Le seguía dando vueltas todavía en la cabeza la pregunta sobre quién habría podido alertar a la embajada. Ya por la tarde se dirigió al hospital para enterarse del estado del francés y ver si encontraba algún indicio sobre quién había sido el soplón.

Al entrar en el estacionamiento vio a lo lejos un grupo de reporteros apiñado alrededor de la puerta del nosocomio. Se quitó la gorra del uniforme, se puso una chaqueta de civil y una gorra de béisbol con propaganda de un candidato a la presidencia de las elecciones anteriores que siempre mantenía en el carro para aquellas contingencias y rodeó todo el hospital. Entró por la puerta principal simplemente pidiendo permiso a los periodistas. Ya dentro se quitó el disfraz y se dirigió hacia la unidad de cuidados intensivos. Pasó por el puesto de enfermería donde una enfermera le preguntó tímidamente a quién buscaba pero la ignoró. Llegó a la sala de espera donde había escuchado al candidato Cabral aceptar la nominación a la presidencia y, al otro lado, el que conducía hacia el corredor donde estaban las habitaciones de la unidad, vio a dos hombres y una mujer conversando de pie.

Reconoció a la enfermera Amparo Jiménez, pero no a los dos hombres; ambos eran jóvenes, apenas pasaban la treintena y uno de ellos en particular retuvo su atención: era alto, atlético, con el cabello negro, la tez de un color bronceado y unos ojos azules enormes que mostraban un gran cansancio. Iba vestido con *jeans*, una camisa blanca sin corbata y un saco negro. Su machismo le impedía reconocer que el muchacho era guapo, pero pensó que el tipo bien podría ser un modelo de alguna revista. Al verlo llegar los dos hombres y la enfermera detuvieron su conversación; Jiménez lo señaló con el dedo pulgar de su mano en un gesto despectivo y leyó en sus labios: «Es él». Los dos hombres se dirigieron a encontrarlo.

—¿Comisario Duarte Pereira? —preguntó el de la pinta de modelo leyendo una tarjeta de visita que, supuso, le había dado la enfermera.

—¡Quítese! —respondió el comisario dándole un empujón, pero fue como si hubiera intentado mover un roble de un manotazo. Poco acostumbrado a encontrar tal resistencia levantó la mirada y la clavó en los ojos azules. Aquella mirada que normalmente intimidaba a los más reacios enemigos se encontró con otra de acero.

—Me vuelve a tocar y lo demando, que quede bien claro. Soy el licenciado Pierre Luis Martínez Lepecheur y soy el abogado del señor Charles Dubois. Este señor es el cónsul de la República de Francia en Los Altos y está aquí para darle a mi cliente la asistencia consular a la cual tiene derecho. Ahora que nosotros ya nos presentamos, le pido a usted la misma amabilidad. ¿Es usted el comisario Duarte Pereira?

Duarte no respondió, pero asintió ligeramente con la cabeza sin quitar los ojos de los del abogado.

—¿Viene usted a ver a mi cliente? Todavía está inconsciente después de la visita a la comisaría del otro día.

—Gracias, solo a eso venía. A enterarme de su estado.

—Pues ya sabe cómo está. Cualquier otra cosa que quiera pasa por mí o por el señor cónsul. A mí me encuentra en la Defensoría Pública y al señor cónsul en su embajada: el número está en el directorio. Tenga usted un buen día. —Ambos hombres se volvieron y caminaron de vuelta hacia la enfermera. Esta le dijo adiós con un gesto sarcástico y una sonrisa irónica que lo enfureció.

«Maldita enfermera», murmuró con un tono macabro al dar media vuelta y se fue repitiendo esas dos palabras llenas de odio hasta llegar al carro. Ni siquiera se molestó en ponerse el disfraz para salir y apartó a un par de reporteros de sendos empujones, como para comprobar que estos tenían aún el efecto que había fallado frente al abogado. Se sentó en la patrulla y golpeó el volante gritando, esta vez, «¡maldita enfermera!», y luego siguió repitiendo las palabras en voz baja al tiempo que el entendimiento llegaba a su mente.

Había recuperado el pasaporte en Arretenango, donde doña Filo, y luego lo había cargado en el bolsillo de su camisa todo el tiempo hasta que lo había entregado al juez para añadirlo al expediente. Pero en el trayecto se lo había mostrado a dos personas: al viceministro y a... la «maldita enfermera», cuando esta le había pedido que se lo mostrara para copiar los datos personales de Charles en el expediente médico.

Salió de nuevo de la patrulla, pero en lugar de dirigirse a la entrada del hospital, dejó el estacionamiento pasando sobre un pequeño muro perimetral que lo demarcaba y caminó hasta la esquina, hacia uno de los pocos teléfonos públicos que quedaban todavía en los alrededores. Sacó una moneda de un real que insertó en el teléfono y marcó. El teléfono sonó varias veces y cuando estaba a punto de colgar una voz masculina respondió ásperamente:

—¡Aló!

—Soy yo. Te tengo un trabajo de los gruesos.

—Ya hacía rato. Pensaba que se había olvidado de mí. Se lo digo de una vez: ahora esos cuestan quince mil.

—Siempre me los habías dejado en diez.

—Lo siento, pero ya subieron. Trece por ser la primera vez con la nueva tarifa y por ser usted cliente frecuente, pero para la próxima ya sabe.

—¿Doce?

—Va, doce pues.

—Hecho entonces. Te dejo los detalles y la primera mitad de la plata donde siempre hoy en la noche. La segunda mitad cuando esté hecho. Pero los dos más que te doy no son gratis. Son por la urgencia. Tiene que estar hecho mañana a más tardar.

—Putá, no. Eso necesita planificación...

—¿Sabés qué? Te doy los trece que me pediste para que planifiques rápido.

—¿Es local?

—Sí, aquí en Chepilttenango.

—Ah, entonces sí. Mañana entonces queda eso «liquidado».

—«Liquidada» más bien, pero dejémoslo allí porque cuando empezás con los chistes malos quién te aguanta. Cuento con vos.

—Como siempre.

—Como siempre. —Y colgó.

El comisario volvió caminando hacia su patrulla y condujo de vuelta a la comisaría. Entró en su oficina, cerró la puerta con llave, y se sentó en su escritorio. Apartó unos papeles que estaban sobre la mesa y de la misma gaveta donde guardaba los utensilios de la barbería sacó los dos fajos de billetes que le había dado el viceministro la noche anterior. Contó seis mil quinientos reales, los metió en un sobre, contó otra vez la misma cantidad y la metió de nuevo en la gaveta y el resto se lo metió en un bolsillo. Luego, en una hoja de papel escribió:

«Amparo Jiménez. Trabaja de enfermera en el hospital. Vive sola en el barrio del Calvario. Turnos en el hospital cada dos días. Hoy entró de turno a las dos de la tarde. Es solterona, pero activa en las redes sociales buscando marido. Que parezca accidente o algo así».

Metió la nota en el sobre con el dinero, le puso saliva a la solapa y lo selló. Comenzó a levantarse para irse al lugar de la entrega cuando los papeles que había apartado al sentarse en su escritorio atrajeron su atención. Eran dos sobres con membrete del Ministerio de Gobernación. Uno dirigido a él y el otro al cabo José Guamuch. Abrió el que tenía su nombre, pasó sobre todas las partes de poco interés hasta que llegó a lo importante:

«Por este medio se le informa su transferencia a la unidad de protección de personalidades de la Policía Nacional para estar a cargo de la seguridad del candidato presidencial Remberto Cabral. Esta transferencia tiene efecto inmediato. Preséntese a la sede de esta dependencia el día...».

Dio un puñetazo al aire y no pudo evitar que un grito de satisfacción se le escapara. Finalmente, lograba poner su carrera en marcha de nuevo. Atrás quedaba Chepilténango, las comisarías de provincia, las investigaciones sin recursos; en fin, todos los efectos de su mención en aquel maldito reporte sobre la guerra donde se le había presentado como un criminal por simplemente hacer su trabajo y sobrevivir. Sonriendo de satisfacción recogió el sobre que acababa de preparar y se dirigió a su patrulla. Los siete mil reales de ganancia servirían para celebrar la tan esperada y merecida reivindicación.

Capítulo IX

Misión cumplida

Édgar Augusto Duarte Pereira abrió la puerta lentamente. Entró en una antesala, donde había un escritorio pequeño para una secretaria que, por la hora, ya no estaba allí. Ataviado con su uniforme de gala y con un maletín negro en la mano, atravesó con parsimonia la pequeña oficina haciendo un rítmico sonido con los tacones de los zapatos de charol especialmente comprados para aquel día tan esperado. Llegó a la puerta al fondo, opuesta a aquella por la que acababa de entrar, se detuvo ante ella y leyó, disfrutando lentamente cada sílaba, las letras doradas clavadas en la madera:

«Director General»

Había estado muchas veces en esa oficina, pero nunca se había dado cuenta de lo bonita que era la puerta de pesada caoba, con sus letras doradas y un picaporte igualmente dorado. Giró este último y abrió lentamente. Poco a poco el interior del amplio despacho se reveló ante sus ojos: primero una sala con un sofá y dos sillones delante de una mesita de centro y al fondo el escritorio enorme del director general de la Policía Nacional de Los Altos. Una bandera del país estaba a la derecha de la silla, que era ahora suya, y sobre esta dos marcos; en uno había una foto del que hasta hace apenas unos días fuera su asignación como miembro de la Sección de Protección de Personalidades: el ahora señor presidente, licenciado Remberto Cabral; el otro estaba vacío esperando su propia imagen.

Instintivamente se llevó la mano al hombro que todavía le dolía y que tenía entumecido luego de haberlo tenido varias semanas inmovilizado después de haberse interpuesto entre el entonces candidato y el arma del sicario que había tirado sobre este durante la salida del último mitin de campaña. Se sacó la petaca del bolsillo interior de la guerrera y le dio un trago... ¡Qué diferencia! Ahora ya no estaba llena de aguardiente barato, sino de *whisky* escocés. Se echó sobre el sofá y se quedó viendo la lámpara de cristal en el techo. Los reflejos multicolores de la luz pálida del atardecer que se filtraba por una ventana ejercían un efecto soporífero en él y terminó por quedarse dormido.

Así de fea y de complicada había estado la campaña: Cabral había comenzado como un candidato minoritario, pero desde su posición de viceministro de Seguridad había logrado dar unos cuantos golpes de efecto mediático que le habían hecho subir poco a poco en popularidad. Entre estos se contaban varios a narcotraficantes decomisándoles dinero, armas y drogas. Su celo había sido tal que, sin darse cuenta, había atacado a uno de los «intocables»: un coronel en activo en las fuerzas armadas que tenía varios terrenos donde había plantada amapola para producir opio ilegal.

—Entienda que la finca estaba a nombre de alguien más, así que cuando ejecutamos la orden de cateo no había forma de saber que era suya; si no... ¿cómo cree usted que íbamos a hacerle semejante barbaridad? —le dijo suplicante Cabral al malencarado coronel, que no había dudado en poner la pistola sobre la mesa al sentarse frente al viceministro. Duarte, que estaba de pie al lado de su protegido, había desenfundado la suya y la sostenía, amartillada y con el dedo en el gatillo, detrás de la pierna—. Vea eso que le quitamos no como una pérdida, sino como una inversión, porque vamos a ganar la elección y uno de los puestos de gabinete que me quedan disponibles es justamente el del jefe del Estado Mayor de la Presidencia que, como usted bien sabe, haría necesaria una promoción a general y lo pondría como uno de los candidatos más fuertes para ser ministro de Defensa...

Al cabo de la reunión el coronel se retiró estrechándole profusamente la mano al candidato y tratándolo ya de señor presidente entre carcajadas. Incluso quedaron para irse a tomar unas cervezas el fin de semana. Al dar la vuelta el militar, Cabral se había dejado caer en el sillón, las piernas incapaces de sostenerlo en pie. Había entonces decidido que a partir de ese momento todos los cateos y todas las acciones contra los narcos serían vetados por el comisario que aseguraba su seguridad personal. Con esa y otras acciones, Duarte fue poco a poco haciéndose indispensable para el candidato.

Otra parte de la estrategia había consistido en el desmembramiento político de varios de sus oponentes, argumentando una oposición feroz a la aplicación selectiva de la justicia. Al candidato favorito, el que había sido designado por el presidente saliente, Duarte había logrado descubrirle unas cuentas ocultas en un paraíso fiscal en el Caribe. El comisario no había ni siquiera necesitado inventarle nada, pues había sido extremadamente fácil descubrir que las cuentas se llenaban con comisiones que el candidato recibía por asignar a ciertos oferentes la obra pública. El oponente había logrado sobrevivir al escándalo, pero se había derrumbado en las encuestas de opinión y en la elección había quedado en un lejano quinto lugar. Para esta aplicación «pareja» de la ley había encontrado también un excelente ejemplo en un cierto ciudadano francés que había caído preso acusado del horrendo crimen de Arretenango.

Francia estaba indignada por el tratamiento que su ciudadano había recibido en los días que habían seguido a su arresto. Y al decir Francia no se hacía alusión solamente a la embajada, el ministerio de Exteriores o incluso al presidente, sino a todo el país. En efecto, el asunto de Charles había llegado a la prensa francesa, que se había hecho eco de él y habían comenzado a correr notas sobre la desastrosa situación del sospecho. Sus heridas eran tan serias que los médicos lo habían mantenido en coma inducido por varias semanas. Luego, poco a poco, había indo estabilizándose, pero eso no había impedido al fiscal del caso pedir una y otra vez al tribunal que fuera trasladado a la cárcel, lo cual había sido evitado gracias la defensa vigorosa del obstinado abogado del francés.

Cabral se había aferrado a su puesto de viceministro porque no solo le hacía posible mantener una presencia mediática con los diferentes operativos de seguridad, sino también mantenía el control de los cuerpos de inteligencia civil. Lo último le había permitido aprender más y más cosas sobre sus enemigos políticos, incluyendo el mismísimo presidente de la república, a quien con muy buenos argumentos había convencido de no meterse con él. Sin bien era cierto que no tenía el apoyo público del mandatario, este sabía muy bien que era contra sus propios intereses atacar al viceministro.

Para el ministro de Gobernación se había vuelto imposible despedir a su molesto viceministro, pero, en su frustración, no perdía la oportunidad para dejarle en evidencia. Oportunidades no faltaban gracias a una nueva tradición: prácticamente todas las semanas el candidato/viceministro era llamado al despacho ministerial a reuniones con la ministra de Relaciones Exteriores, la embajadora de Francia y su jefe. En el contexto privado de aquellas juntas, la diplomática abandonaba toda corrección política y amenazaba abiertamente con el retiro de ayuda a Los Altos e incluso con sanciones comerciales si Charles Dubois no era liberado, acusando al Gobierno de una persecución encarnizada e injustificada contra su conciudadano. Incluso amenazaba a los presentes con mandarlos a la cárcel si un día cometían el error de poner un pie en la Unión Europea. El ministro se mantenía tranquilamente fuera de la discusión y dejaba a su viceministro llevarse todos los golpes y responder a ellos. «Vos querés ser presidente», le había dicho un día luego de una reunión particularmente dura, «pues agradece me por las prácticas».

Cabral le respondía con amabilidad y le explicaba que aquello no era de su competencia, sino del Ministerio Público o incluso del Organismo Judicial, que eran independientes del Ejecutivo. Su formación de abogado le permitía agobiar a la embajadora con un mar de términos jurídicos. Salía de las reuniones furioso y en más de una ocasión había llamado desde su celular al fiscal que llevaba el caso para ordenarle «hoy sí, te llevás a ese hijo de puta a la cárcel» y llamarlo más tarde, más calmado, para decirle que no era el momento todavía. Eso sí, cada fin de semana, durante los mítines de la campaña, se desquitaba de la embajadora francesa acusándola de «intervencionista» o incluso «colonialista» por intentar influir en el sistema judicial de Los Altos solo para favorecer a un asesino cuyo privilegio venía del simple hecho de haber nacido en el mismo país que ella.

Para el viceministro, Charles se había vuelto un botín político. Cada vez que un diplomático francés aparecía quejándose en público o cada vez que una nota surgía, ya fuera en la prensa nacional o en la internacional, el candidato lograba tergiversarlo, con su retórica populista y nacionalista, en un intento de intervención por parte de un poder extranjero. Astutamente evitaba entrar en los debates sobre los derechos humanos del acusado y siempre lograba presentarse como el héroe en un combate patriótico en contra del invasor europeo.

Al acercarse las elecciones y ver que aún seguía segundo en las encuestas, el candidato había recrudecido sus ataques contra todos, tanto desde su puesto de viceministro como desde la tarima de los mítines de campaña. Charles Dubois no había sido la excepción. Sus mítines habían progresivamente atraído más y más gente, aunque un observador atento habría notado que muchas de las personas presentes eran constantes en todos los eventos de cada fin de semana. En efecto, la campaña había rentado una flotilla de buses que transportaba por todas partes a un grupo de fieles seguidores que eran remunerados con comida gratis, gaseosas y unos cuantos reales en efectivo con dos propósitos: primero, hacer bulto frente a las pantallas de televisión; y segundo, jalar gente local ofreciéndoles gorras estampadas con el logo del partido y la foto del candidato Cabral, accesorios muy útiles para el extenuante trabajo agrario que se realizaba bajo el ardiente sol. Los campesinos, de hecho, acumulaban los ejemplares de todos los candidatos que podían para utilizarlos hasta que llegara la próxima elección cuando, como si de moda se tratase, recibirían la nueva colección.

«Me comprometo solemnemente ante ustedes a que ese hombre, ese asesino que masacró a

esa pobre muchacha en Arretenango, no va a salirse con la suya —gritó en el micrófono en uno de sus multitudinarios mítines—. No, damas y caballeros. No me importa que la poderosa Francia venga a ponernos toda la presión que quiera. No me importa que nos amenacen con sanciones o con lo que sea. Yo me comprometo con ustedes que se va a hacer justicia. No porque la víctima sea una humilde indígena y el asesino un francés alto y guapo se va a juzgar al tipo ese de forma diferente. Les juro, y escúchenme bien, les juro que ese hombre va a terminar sus días en la cárcel. O, mejor aún, ¿por qué no? Escuchar el clamor popular por el restablecimiento de la pena de muerte. ¡Una vida por otra como lo establece la Sagrada Escritura!». La gente enardecida aplaudía, silbaba, aullaba y gritaba con rabia. El candidato sabía tocar todos los puntos sensibles de la masa: el cansancio con la violencia y la impunidad, la sed de venganza contra los criminales e incluso el fervor religioso de una población desesperada y frustrada con su historia y sus autoridades.

Un tema recurrente en la política alteña era justamente la pena de muerte: establecida en la Constitución e inmensamente popular, el presidente actual había bloqueado las ejecuciones al rehusarse a conocer los recursos de gracia interpuestos por las defensas de reos llegados a la última instancia. Esto debido a la presión de organismos internacionales de derechos humanos encargados de supervisar la aplicación de acuerdos a los que el país estaba adscrito. Se había refugiado en la independencia de poderes garantizada en la Constitución para ello: un presidente no tenía autoridad para modificar una decisión judicial. Familias de víctimas de crímenes habían interpuesto recursos contra la decisión presidencial, pero las cortes habían terminado, después de años de proceso, por dar la razón al presidente. Por ello, ante la imposibilidad de pedir gracia, un derecho considerado fundamental para un condenado a muerte por aquellos acuerdos internacionales, las ejecuciones habían quedado suspendidas a la espera de que una legislación específica aclarara quién conocería el recurso último. El resultado había sido reos convictos acumulándose en el corredor de la muerte, un corredor virtual, pues en realidad, los reos condenados a la pena máxima se mezclaban con el resto de la población penitenciaria en las prisiones del país.

Francia, por su lado, era un país donde la pena de muerte se había abolido muchos años antes. Como sucede frecuentemente en esos casos, el país desarrollado siente la solvencia moral para dictar a otros menos poderosos sus principios y valores. Además, la nación gala se sentía con derechos sobre Los Altos porque había sido un actor clave en la firma de los acuerdos de paz que habían finalizado la guerra civil en el país centroamericano. No solo había organizado algunos de los encuentros entre Gobierno y guerrilla; sino que, además, en tanto que miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, había propuesto la moción que había resultado en una misión de mantenimiento de la paz que se presentó en el país para revisar el desarme de los insurgentes. Muchos de estos cascos azules habían sido justamente legionarios franceses y, cuando el desarme había terminado, la nación europea había contribuido con muchísimo dinero para la reconstrucción. Era por eso que la indignación del Gobierno de aquel país había sido mayúscula cuando uno de los dos candidatos en punta en las encuestas de opinión había propuesto abiertamente la ejecución de uno de sus ciudadanos.

El lunes después de aquel discurso incendiario, Cabral llegó a la oficina junto con el comisario Duarte Pereira hablando de detalles sobre la organización para los últimos dos mítines de campaña que tendrían lugar el fin de semana siguiente, pues la ley alteña prohibía la propaganda política durante la última semana previa a las elecciones para darle a la gente un

tiempo de reflexión antes de emitir el voto. Esperaba encontrar en su escritorio la ya habitual citación para ir a ver al ministro y soportar la gritada de la embajadora, pero no había nada. Estaba empezando a suponer que finalmente habían aceptado dejarlo en paz cuando Cecilia quien, aparte de su puesto oficial de asistente del viceministro, había sido nombrada secretaria de campaña del partido, irrumpió en el despacho tirando sobre el escritorio el ejemplar del día del matutino de más circulación en el país. El titular decía:

«Embajadora de Francia en Los Altos llamada a consultas en París»

Abrió el periódico y leyó el artículo que narraba cómo Los Altos estaba ahora en boca de todos en Francia. Contaba cómo los periódicos de mayor circulación y los noticieros de televisión corrían noticias y reportajes sobre el país y sus sistemas judicial y penal, tachándolos de disfuncionales, incluso de parodias de justicia. La prensa francesa contaba también, según el diario, cómo un pobre joven francés que soñaba con poder dedicarse a su pasión con un restaurante había terminado en prisión, acusado injustamente de un crimen que no había cometido. También hablaban del «político corrupto» que se había ensañado contra él y denunciaban, con una foto suya, el compromiso a aplicar la pena de muerte contra Charles.

La prensa francesa se había, en efecto, ensañado contra Los Altos. Presentaban la imagen idílica de un muchacho trabajador y ambicioso que debido a las dificultades sociales del medio en el que había crecido no le había quedado otra que emigrar de Francia para buscar las oportunidades que cualquier joven de su edad ambicionaba. Habían encontrado un filón de información en el abogado que le había asignado la Defensa Pública, quien hablaba francés y no dudaba en aceptar cuanta entrevista le era propuesta. Un canal incluso había desplazado a un periodista al país de forma casi permanente para asegurarse de que ningún detalle del proceso se les escapara.

La prensa francesa le daba crédito al joven abogado por haber evitado hasta ese momento que su cliente fuera transferido del hospital a una de las prisiones de Los Altos, donde el hacinamiento y el crimen eran problemas recurrentes. Era cierto que las condiciones de salud de Charles, luego del linchamiento y de su paso por la barbería, no hacían difícil conseguir dictámenes favorables de los médicos forenses, que lo evaluaban periódicamente pero el asunto tenía su mérito, pues lo presentaban como una victoria contra un sistema oscuro y corrupto ensañado contra el sospechoso. El combate del abogado había logrado que Charles, una vez salido del coma, comenzara su fisioterapia en un ambiente hospitalario y no carcelario.

A medida que leía el artículo, la expresión de Cabral pasaba de su sonrisa habitual a la estupefacción. Al terminar había soltado una palabrota y se había quedado pensativo: por la primera vez tenía dudas sobre su proceder y todo esto explotaba apenas dos semanas antes de las elecciones. Se tapó la boca preocupado, aunque se le escapó una sutileza: el artículo se limitaba a citar lo que decían en Francia de él, pero el autor no lo atacaba con su propia voz. Cecilia cambió las páginas del periódico y le mostró otro artículo, esta vez en la sección de opinión. Era un editorial firmado por un columnista que tenía muy buena reputación y que iba titulado:

«Cabral, ¿defensor de la soberanía nacional o político populista?»

Leyó el artículo y su rostro pasó esta vez de la estupefacción al júbilo: el columnista hacía un

resumen sobre sus discursos, que analizaba con un rigor casi científico, resaltando sobre todo el énfasis por la seguridad y la justicia. Decía además que Cabral era, de todos los candidatos, el que mejor había entendido los problemas que la ciudadanía percibía como los más graves en la sociedad. Terminaba no solo concluyendo que era bueno ver que finalmente alguien le plantaba cara a los países poderosos que habían dominado otros pequeños como Los Altos desde los tiempos de la colonia; sino que, en suma, le encomiaba a seguir así, promoviendo la aplicación de la ley alteña tal como estaba escrita.

—Sos brillante, Ceci —le había dicho a la asistente, quien se tenía delante de él, con los codos apoyados sobre la mesa poniendo en evidencia su generoso busto apretujado en un top dos tallas menos de lo necesario—. ¿Cuánto nos costó?

—Nada

—¿Nada? ¿Don Édgar...?

—Este no nos debía nada, licenciado, así que ni yo ni nadie de nuestro equipo se le ha acercado.

La sonrisa había vuelto a la cara del político, que entendió que comenzaba a convencer ya no solo al séquito de víboras que esperaban recibir algo en caso de que él ganara las elecciones, sino también a los analistas serios y respetados. La actitud francesa en el asunto de Charles y de otros países poderosos extranjeros en otros temas no acababa de pasar entre los eruditos y pensadores alteños de corte nacionalista y soberanista, los herederos de los conservadores históricos, quienes a su vez comenzaban a influir en la población convenciéndola poco a poco que el candidato/viceministro presentaba una solución a aquellos males que desangraban la sociedad. Estaban en plena celebración, golpeándose las palmas de las manos unos a otros, cuando el teléfono del despacho sonó. Cecilia respondió y, luego de intercambiar algunas palabras con un aire grave con la persona al otro lado de la línea, informó al licenciado de que el ministro y el presidente querían verlo en el despacho del primero de inmediato.

El viceministro salió corriendo del despacho y volvió al cabo de una media hora, durante la cual Cecilia y el comisario habían terminado de refinar los detalles de los mítines. Con un aire serio, aunque sin dramatizar, les informó de que la dualidad viceministro/candidato se había acabado: el presidente, casi disculpándose con él, le había comentado que el lío con Francia era insostenible y que, por lo tanto, lo mejor para todos era que dejara el puesto. Se burló de ellos diciendo que, de haber sido él, se habría despedido a sí mismo meses atrás.

El presidente y el ministro, sin ganas de darle largas al asunto, le habían pedido que negociaran las condiciones de su salida del Gobierno. Habían aceptado a todo lo que Cabral había pedido: se iría despedido para poder cobrar su finiquito que, gracias a su elevado puesto, era una cantidad nada despreciable. Públicamente, sin embargo, dirían que era él quien había renunciado. El presidente le había prometido que además le daría una donación importante a su campaña, a pesar de la cercanía del fin de esta, y conservaría su detalle de seguridad. A cambio, Cabral se abstendría de destapar los escándalos de los que estaba al tanto y tendría un par de días para vaciar su oficina.

De inmediato, se habían puesto a planificar las cuarenta y ocho horas que seguían: Cecilia se

encargaría de vaciar la oficina asegurándose de que cualquier rastro de la campaña y de otros negocios que allí habían sucedido desapareciera; y escribió y firmó una orden al comisario para que se fuera de inmediato a los archivos de la Inteligencia Civil con una lista de gente sobre la cual tendría que construir expedientes útiles para utilizarlos en caso necesitaran extorsionarlos. Cabral se encargaría de hacer que su salida del ministerio se volviera un argumento político más a su favor.

—No, a mí no me pidieron la renuncia ni me echaron... No, ¡corte! —se interrumpió Cabral a sí mismo al responder la pregunta del entrevistador tres días después—. Comencemos de nuevo: ¿Que me echaron? No, para nada, Jorge. ¡A mí nadie me echó! ¡Nadie me pidió la renuncia! ¿Cómo iban a hacer semejante estupidez? Si yo soy... No, era el único con el valor y la entereza moral para empujar la agenda de seguridad del estado. No, señor, a mí no me echaron. Fui yo el que le aventé el puesto a la jeta al presidente y a su monigote de ministro de Gobernación porque ya no soportaba la falta de huevos, perdón por la expresión, para enfrentarse a Francia en el asunto del crimen de Arretenango mientras que a mí me sobran. Ellos le tiemblan a la embajadora francesa mientras que yo la pongo en su lugar cuando se le suben los humos y se cree que Los Altos es todavía una colonia y que ella es la virreina. Mire, mi último acto como viceministro de seguridad fue finalmente lograr sacar a ese monstruo del hospital y ponerlo donde debe estar. ¡En la cárcel!

Una de sus últimas acciones desde el ministerio había sido, efectivamente, en la mañana de su penúltimo día, llamar al fiscal del caso de Charles para decirle que ahora sí era el momento de mandarlo a la cárcel. Le indicó en qué tribunal debía poner la petición porque allí tenía él a un juez «de confianza», que era otra forma de decir que ya lo había comprado con promesas de un buen puesto en una hipotética administración suya y una buena inyección de efectivo. El fiscal había puesto la petición de inmediato y el juez había fijado la audiencia para la tarde misma, algo extraordinario en la desbordada justicia alteña.

La defensa de Charles se había enterado del movimiento y habían logrado llegar a la hora indicada; pero, en menos de quince minutos, el juez había dictaminado que el francés tenía que ser transferido a la cárcel preventiva. Sin darse por vencido, el abogado defensor había bajado literalmente corriendo al tribunal de amparo, que estaba cuatro pisos abajo en el mismo edificio, y había interpuesto un recurso de inmediato. Sabiendo que normalmente las resoluciones tardaban hasta un mes en salir, el abogado se había ido a descansar a su casa con la idea de, al día siguiente, hacer el viaje de la capital a Chepiltenango para visitar a su defendido en el hospital e informarlo sobre las peripecias del día anterior. Su sorpresa fue mayúscula al llegar al hospital y encontrarse a una enfermera tendiendo la cama de Charles. Esta le indicó que unas horas antes un contingente de la Policía y de guardias penitenciarios habían llegado al hospital y se habían llevado a su cliente. El recurso de amparo había sido rechazado por el juez en un tiempo récord y había llegado la orden de que el linchado de Arretenango fuera trasladado a la cárcel preventiva en la capital.

El fin de semana siguiente los dos mítines, el del sábado y el domingo, habían sido particularmente virulentos. Cabral atacó a todo mundo: al Gobierno actual; a sus oponentes; a la prensa de tendencia izquierdista, que denunciaba sus tretas populistas; y, por supuesto, a Charles Dubois. Todo iba bien hasta que saliendo del último mitin un balazo había resonado en la plaza. El comisario Édgar Duarte Pereira se había tirado entre el candidato y el tirador, y había

desaparecido luego de vista. En la confusión, el cabo Guamuch se había llevado a Cabral hacia el vehículo blindado, lo había tirado sin ceremonia en el asiento trasero y el chófer había partido en tromba. Cuando el caos se había disipado, todos pudieron ver que al pie de la tarima yacía el comisario retorciéndose de dolor en un charco de sangre.

Al día siguiente, un tumulto en la puerta de su habitación del hospital le había indicado a Duarte que Cabral venía a visitarlo. Puso el periódico que estaba leyendo sobre la mesita de noche; el titular decía: «Atentado contra candidato Remberto Cabral» y estaba ilustrado con una foto tomada desde lo alto, donde se veía una mano con un revólver, el comisario displayado delante y el candidato detrás con la cabeza agachada. Ya lo habían avisado de que llegaba, así que se había peinado el pelo y el bigote y había pedido una sábana negra sobre la cual puso el brazo enyesado para que saliera mejor en las fotos. Finalmente, se puso orgullosamente el kepi de su uniforme de policía.

La sesión de fotos y de vídeo había salido muy bien. Cabral se había inclinado sobre él y le había agradecido profusamente el que le hubiera salvado la vida. Le dijo que eran policías valientes y arrojados como él los que el país necesitaba y que él debería ser un ejemplo para toda la fuerza pública. Aclaró, para respetar la ley sobre la propaganda política, que aquella visita no era un evento de campaña, sino simplemente a un amigo que le había salvado la vida y que los periodistas apostados frente al hospital le habían sorprendido al bajar del carro blindado en el que se conducía a todas partes. Finalmente, pidió con toda la amabilidad a los periodistas que se retiraran para tener unos minutos de privacidad con aquel hombre que desde el día anterior consideraba como un hermano.

—Gracias, gracias —dijo Cabral empujando amablemente al último periodista fuera de la habitación. Cerró a puerta y echó el pestillo. Luego se acercó a Duarte hablando muy quedo—. ¿Qué putas don Édgar? ¿Qué pasó? ¿No quedamos en que iba a ser una salva? ¿Mire cómo lo dejaron a usted? Y lo peor: ¡por poco y me matan a mí de veras!

—Tranquilícese, licenciado —le respondió Duarte un poco indignado por la última aclaración del candidato—. Todo fue como habíamos hablado, sin peligro alguno para usted, solo que algo salió mal. Yo le dije clarito al burro del... —se retuvo al darse cuenta de que el nombre del tirador era algo que el candidato no necesitaba ni quería conocer—, al cabrón ese que tirara cuando nos hubiéramos bajado de la tarima, pero no sé qué le pasó, si le entró pánico o se le fue el tiro, pero el asunto es que desenfundó cuando todavía estábamos arriba. De dicha lo vi porque me dio tiempo a ponerme en posición cubriéndolo a usted, como habíamos quedado.

—¿Pero entonces? ¿Cómo fue que vino usted a parar aquí?

—Como le dije, todavía estábamos arriba de la tarima, pero no contábamos con el gentío que se subió y que ya no me dejaba ver dónde estaba la orilla. Cuando vi la pistola y me tiré sobre usted, di el costalazo desde arriba en el puro cemento del suelo. ¡Nadie intentó agarrarme! Caí sobre el hombro y me lo disloqué.

—¿Pero había sangre?

—¡Porque di con la cabeza en una silla! —Se quitó el kepi y mostró al candidato la herida que iba desde una ceja y que se perdía en su espesa cabellera negra—. Dieciocho puntos,

licenciado. Por eso fue por lo que las tomas salieron bonitas, con sangre y todo, y que le pedía a la Ceci que cambiáramos la historia...

—¡Que la bala le había rozado la cabeza! —dijo Cabral alzando las cejas—. Lo vi en el periódico. Imagínese, con todo este vergueo no he tenido ni tiempo de hablarle a la Ceci para que me diera detalles. Me alegra entonces que todo esté bien.

—Y el coronel, licenciado, ¿cumplió?

—¿Y cómo!? Qué susto nos dio ese cerote después de lo del cateo, pero salió bueno que se uniera a la causa. En el centro preventivo había un muchacho que habíamos agarrado en uno de los cateos a los narcos. Pues resulta que ese muchacho era empleado cercano de un competidor del coronel que encima le hizo un tumbe de unos paquetes de coca hace unos meses y nuestro amigo andaba con ganas de que se las pagaran. Así que, ayer por la mañana, lo sacaron unos guardias penitenciarios y se lo llevaron al cine todo el día. Al rato de que lo habían llevado de vuelta, el alcaide de la cárcel recibió una llamada anónima diciéndole que ese muchacho algo tenía que ver en el atentado contra mí y catearon su celda y ¿qué cree que encontraron?

—¡La pistola! —respondió Duarte con una sonrisa.

—¡Exacto! Así que ahora tenemos autor material y ¡hasta autor intelectual!

Otro beneficio del «atentado» era que, a pesar de la prohibición de hacer campaña durante la semana previa a las elecciones, Cabral había logrado tener muchísima exposición, pues su nombre aparecía por todas partes en las notas de los periódicos y en los noticiarios de radio y televisión. A pesar de que algún otro candidato había puesto una queja contra de él, la autoridad electoral no podía hacer nada: él estaba callado, respetando la ley. Su única intervención pública se había limitado a un escueto comunicado agradeciendo a Dios que él y todo su personal se encontraran bien luego de lo que parecía ser un acto de venganza de parte de los criminales a los que había perseguido durante su gestión en el ministerio.

El número casi cinematográfico puesto en escena por el comisario y su patrón tuvo el efecto deseado y le dio ese pequeño empujoncito que le faltaba en los números para ponerse primero en la intención de voto. Una semana después, ya en la madrugada del lunes, el comisario se encontraba sentado a la mesa donde estaban el candidato y todos sus colaboradores más cercanos. El ambiente era tenso cuando finalmente el tribunal electoral en pleno había salido para informar de que, computado el ochenta por ciento de los votos, el virtual ganador de la presidencia era Remberto Cabral. Todos los convidados, excepto el comisario, saltaron al unísono de la mesa abrazándose. Duarte, discretamente, se levantó y caminó lentamente hasta una ventana cercana que estaba abierta. Se sentó en el dintel, se puso un cigarrillo en la boca y lo iba a encender cuando sintió que alguien lo empujaba por la ventana al mismo tiempo que lo retenía. Se giró asustado para encontrarse cara a cara con el presidente electo, que sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué putas, don Édgar? ¿No va a celebrar con nosotros, comisario? O quizás sea mejor decir: ¿no viene a celebrar con nosotros, señor director de la Policía Nacional?



Se despertó sobresaltado y sudoroso. No por ser el nuevo director de la policía la pesadilla lo dejaba dormir tranquilo. El mismo maldito sueño, aunque desde hacía algún tiempo creía notar un cambio: entre los gritos que escuchaba percibía un ligero acento gutural. Se sentó en el sofá, recogió la petaca del suelo y le dio un trago. El *whisky* tenía mejor sabor, cierto, pero era menos efectivo para hacer pasar el susto de la pesadilla. Le dio otro trago y se dirigió al escritorio.

Se sentó en su silla de director y abrió el maletín. Sacó un par de expedientes que ya le había pasado el nuevo ministro luego de su nombramiento, incluyendo la investigación sobre el «balazo» que él mismo se había llevado, y los puso sobre la mesa. Sacó también dos fotos, una de su hijo, que estaba ya en la universidad, y la otra de su hija adolescente, aquella cuya cara había puesto mentalmente en el cuerpo de la occisa de Arretenango. Notó entonces sobre la mesa varias llaves de diversos tamaños agrupadas por un anillo de acero al que le faltaba el llavero. Tomó la más pequeña de ellas y quitó la llave a la gaveta más alta del escritorio, lo cual retiró la seguridad a las demás. Las abrió una por una: todas estaban vacías. Dejó la última, la más baja, abierta y de las profundidades de su maletín sacó una vieja caja metálica, pintada en franjas diagonales rojas, blancas y azules. La contempló unos segundos y se preguntó por qué le era imposible deshacerse de ella. Sin encontrar una respuesta puso la caja en la gaveta, la empujó hasta el fondo y la cerró. Dentro de la caja, los utensilios del barbero estaban limpios y brillantes como siempre, listos para el próximo cliente.

Epílogo

La pesada puerta se cerró detrás de sí con un ruido metálico. En el centro de la habitación había una cama para dos sin sábanas; en el colchón se distinguían algunas manchas que era mejor no preguntarse de dónde venían. Además, había una mesita con dos sillas y todo estaba iluminado por la luz que entraba por una ventana colocada a cuatro metros del suelo y atravesada con unos barrotes de grueso acero que proyectaban una sombra en forma de cruz en la pared opuesta. En una esquina había un retrete sin nada para dar privacidad y un lavamanos, ambos metálicos.

Se acercó a una de las sillas y la contempló asqueado ante la perspectiva de tener que poner en ella el trasero de su traje italiano, cosido a la medida en Florencia. El ruido de la puerta que se abrió le trajo un respiro de alivio al darle la excusa para mantenerse en pie. En el umbral, dos guardias penitenciarios escoltaban a su cliente. Lo empujaron sin ningún miramiento hacia el interior de la habitación para visitas conyugales del Centro de Prisión Preventiva para Varones, el único sitio de la prisión que la insistencia del licenciado Pierre Luis Martínez Lepecheur había logrado conseguir para garantizar a su cliente la privacidad que la ley le garantizaba durante las discusiones con su abogado. El pobre hombre trastabilló hasta enterrar la cara en el asqueroso colchón, al mismo tiempo que la puerta se cerraba con el característico chirrido.

Charles Dubois había sido transferido ese mismo día del hospital en Chepiltenango a la prisión de forma exprés. En el hospital nadie supo o quiso darle razón sobre donde estaba. De hecho, desde que la enfermera Amparo Jiménez había sido hallada muerta en el río, a unos kilómetros del puente que conectaba el barrio en el que vivía con el centro de la ciudad y desde el cual los investigadores habían concluido que había saltado para terminar con sus días, la comunicación con el hospital había prácticamente cesado. Las enfermeras y los médicos le volteaban la cara para evitar saludarlo. Ya ni siquiera se molestaba en llamar por teléfono; pues, en cuanto sabían que la llamada era para Charles, las secretarias colgaban sin ningún reparo. Había tenido que violar la ley para poder comunicarse con su cliente dejándole un teléfono celular que habían escondido en el bacín al pie de la cama del prisionero, pero los oficiales que se lo habían llevado aquella mañana habían actuado tan rápido que no había tenido tiempo ni siquiera de voltear a verlo.

La habitación quedó en silencio. El único ruido que se escuchaba era la débil respiración del prisionero. Charles, con la cara todavía enterrada en el inmundo colchón manchado de secreciones, dejó finalmente escapar un quejido y lentamente se incorporó hasta sentarse. Estaba extremadamente delgado y su piel tenía un tono amarillento por la falta de sol. Se movía lentamente, pues apenas había comenzado la fisioterapia para recuperar el tono muscular de las piernas que había tenido enyesadas durante meses. Tenía el pelo disparejo, largo de un lado y corto del otro, del que le habían rapado en el hospital cuando le habían operado la cabeza.

—Pierre, ¿qué pasó? —preguntó a su abogado en francés—. ¿Cómo vine a parar aquí?

—Me temo que alguien de arriba puso presión para que te trasladaran —respondió el abogado quien, gracias a su madre francesa, dominaba el idioma a la perfección. Fue en tiempo récord. A las siete de la mañana un juez rechazó el amparo que había interpuesto, a las siete y media pasaron por la oficina para dejar la notificación aprovechándose de un tecnicismo que dice que, si tu defensor es la Defensoría Pública, basta con dejar la notificación en la sede para que se dé el acto por notificado. El problema fue que yo no fui a la oficina hoy porque habíamos quedado en que nos veíamos en el hospital y me fui directamente de la casa para allá. Cuando llegué, ya te habían traído y ya sabes cómo me tratan en el hospital de un tiempo acá.

—Este lugar es horrible, Pierre —dijo Charles luego de una pausa—. Me metieron en una celda minúscula. Hay tres plataformas de concreto en la pared, una sobre otra para servir de camas, pero yo soy el sexto ocupante de la celda. No sé ni dónde voy a dormir esta noche, no sé si me podré acostar, no sé... —Charles se cortó. Suspiró profundamente, con la mirada perdida—. Ya no sé nada.

Pierre Luis le tendió una mano que su cliente estrechó. Firmemente lo tiró hacia él y lo puso en pie. Quería verlo de pie y fuerte frente a la adversidad sin mencionar que aquel gesto le evitaba frotar el casimir italiano contra las porquerías esparcidas por cientos de prisioneros sobre la otrora blanca tela del colchón. La profunda compasión que sentía por él no le impedía sentir también orgullo: sin importar qué tan adversas fueran las circunstancias, Charles Dubois, el hombre inocente acusado de un crimen que no había cometido, no cedía al patético impulso de llorar.

—No te preocupes, amigo mío —lo reconfortó el abogado—. Sabíamos que este momento iba a llegar tarde o temprano, que sería imposible mantenerte en el hospital durante todo el proceso, pero vamos a sacarte de aquí. Y te aseguro que vas a salir por esa puerta con la frente en alto, como un hombre exonerado de toda culpa, como te mereces. Este no es el fin de la lucha, mi amigo, es solo el inicio.

À suivre...

Reservados todos los derechos. La reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el consentimiento del autor queda prohibida.

Copyright © Ignacio Solórzano 2019 (texto y cubierta)